

**Identidad, representación social y construcción de territorio en las mujeres de la vereda
El Porvenir de El Carmen de Viboral, Antioquia**

LAURA ALEJANDRA GÓMEZ NARVÁEZ

Trabajo de grado

Presentado como requisito para optar por el título de Psicóloga

Asesora:

ADRIANA OSPINA VÉLEZ

Psicóloga

Magíster en Psicología Comunitaria



**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
EL CARMEN DE VIBORAL
2019**

Agradecimientos

Pienso que si algo en el mundo merece redundancia es la gratitud hacia los otros, aquellos que nos han acompañado durante nuestro tejido que es la vida. A todas las personas que he pensado durante este proceso, agradezco sus hilos y sus diversas formas de acompañarme; no hay palabra que abarque mi sentir frente a todos ellos y sobre este proceso.

Mi gratitud y amor infinito a las mujeres de la vereda El Porvenir, me han mostrado las transformaciones del dolor, la belleza posible en que se convierte una tragedia. Me han enseñado la luz que aguarda una grieta; sus manos son labranza y también son la caricia. Yo al igual que ellas, me transformé...

A la comunidad de El Porvenir, que me han recibido con amor y cobijo, mostrándome lo que para ellos significa la vida en comunidad y la forma en que una mirada puede enseñarnos tanto sobre lo esencial.

A Yoli Orozco, una mujer mágica, agradezco su acompañamiento y su fuerza, su paz y al mismo tiempo su movimiento, agradezco su semilla y todas sus enseñanzas que ha puesto en mí. Ella es el viento que moviliza los árboles, ella es impulso en su comunidad.

Agradezco desde lo más profundo de mi historia a Adriana Ospina, compañera de este tejido. Cuido cada una de sus palabras, enseñanzas y sensibilidades frente al trabajo comunitario. Siento fortuna de este ciclo que culmina en su compañía, la coincidencia es perfecta.

A mis hilos cercanos, agradezco a Laura Osorio quién ha sido mi compañera de creación y arte; a Alejandro Trujillo, el ser más cercano a mi corazón, él es la molécula en expansión; agradezco a Ramiro Osorio quien me ha acompañado con amor en este proceso.

Agradezco a mi padre que cada día me enseña acerca de la humildad y del amor hacia los otros.

Por último, agradezco a todo el linaje de mujeres que me acompaña y se hacen presente en esta existencia que porto, mis ancestas. Cada paso que doy es por nosotras, para recuperar nuestra memoria, para sanarnos, para ritualizarnos.

Tabla de contenido

	Pág.
Agradecimientos	I
Resumen	1
Introducción	3
1. Antecedentes	7
1.1 Las mujeres rurales en el mundo y en Latinoamérica: aproximaciones generales	7
1.2 Mujeres tejedoras de territorios: una mirada particular a Colombia y Antioquia	10
2. Planteamiento del problema	18
3. Justificación	30
4. Objetivos	35
4.1 Objetivo general	35
4.2 Objetivos específicos	35
5. Marco teórico	36
5.1 Una perspectiva psicosocial de la identidad	36
5.1.1. ¿Qué es la perspectiva psicosocial?	36
5.1.2. Identidad individual, de género, social y de territorio.	40
5.2. Las representaciones sociales en torno a la mujer rural	51
5.2.1. ¿Qué se entiende por representaciones sociales?	51
5.2.2. Aproximaciones al concepto de mujer rural.	59
5.3 Mujer, participación y territorio	63
5.3.1. La participación desde la perspectiva Social Comunitaria.	63
5.3.2. Habitándonos: territorio y territorialización..	73
5.3.3. Mujer, territorio y conflicto armado: mirada al contexto colombiano.	83
6. Metodología	88
6.1. Contexto y población	90
6.2. Recolección de información	91
6.3. Sistematización y análisis	96
7. Resultados	97

7.1. Transformación de la mujer en la vereda El Porvenir	97
7.1.1. Mujeres de El Porvenir: hogares de la montaña.	97
7.1.2. Del hogar a la comunidad: tradiciones, experiencias y transformaciones socioculturales de las mujeres.	103
7.1.3. La mujer en el conflicto armado.	119
7.2. Imaginarios de las mujeres de la vereda El Porvenir, una perspectiva de la comunidad	133
7.3. Autopercepciones del ser mujer: identidades diversas	143
7.4. El territorio como escenario formador y de transformación. ¿Qué significa el territorio para las mujeres?	158
7.4.1. Habitando el territorio: saberes y prácticas de la mujer.	175
7.5. Participación de la mujer en el territorio: mujeres que unen memorias	181
7.5.1. Un panorama nuevo de participación de la mujer.	190
8. Conclusiones	194
Bibliografía	196
Anexos	208
Tabla 1: Población participante del proyecto de investigación	208

Tabla de Ilustraciones

	Pág.
Fotografía 1. Mapa de la vereda El Porvenir	19
Fotografía 2. Vereda El Porvenir	21
Fotografía 3. Consuelo ordeña en la mañana	98
Fotografía 4. Mujer ancestra	103
Fotografía 5. Mujer antigua, mujer sabia del territorio	116
Fotografía 6. Huellas de la guerra, zona minada.....	121
Fotografía 7. Dioselina y Eugenio cantan "Mi vereda", canción que narra su experiencia del desplazamiento	127
Fotografía 8. Dioselina habita su territorio	131
Fotografía 9. Magdalena la madre, ella manda en casa	133
Fotografía 10. Dioselina puede ahora cuidar de sus gallinas	144
Fotografía 11. Mujer y maternidad	145
Fotografía 12. Mujer y tradición gastronómica.....	148
Fotografía 13. Mujer y elaboración de licores artesanales.....	152
Fotografía 14. Muestra gastronómica tradicional en El Festival de la Montaña.....	153
Fotografía 15. Magdalena y el descanso del camino	155
Fotografía 16. Mujer en su exploración como territorio	158
Fotografía 17. El estar y la memoria del río.....	159
Fotografía 18. Compartir comunitario a orillas del río	162
Fotografía 19. Mujer, contemplación y memoria.....	165
Fotografía 20. Mujeres que cuidan la tierra	167
Fotografía 21. Mujer manos de tierra.....	171
Fotografía 22. Linaje y memoria. Dolly, segunda generación en el territorio y Maria de Mar su nieta, cuarta generación.....	173
Fotografía 23. Ganadería y cuidado de los animales	175
Fotografía 24. Comida tradicional del territorio	178
Fotografía 25. Sancocho en las “trojas”. Lugar donde se guarda la semilla y la cosecha	180
Fotografía 26. Mujeres, cantos y memoria.....	181

Fotografía 27. Intercambio de tradiciones.....	183
Fotografía 28. Comité de mujeres y organización para el Día del Campesino.....	185
Fotografía 29. Mujeres y organización de festivales.....	187
Fotografía 30. Mujeres y su porvenir	191

Resumen

La finalidad de la presente investigación es indagar por los factores sociales e históricos que han permitido construir la identidad de las mujeres de la vereda El Porvenir, configurando unos modelos participativos dentro del territorio, promoviendo la defensa, protección y desarrollo comunitario. Para recopilar la información, se emplearon los métodos etnográficos y fenomenológicos, permitiendo hacer una descripción de la vida cotidiana. Con ello se logró indagar por los símbolos y las representaciones sociales que han conformado la identidad de las mujeres antes, durante y después del conflicto armado, posibilitando así un acercamiento a profundidad al fenómeno social a investigar.

La investigación se efectuó con 37 habitantes de la vereda El Porvenir del municipio El Carmen de Viboral. Se realizaron 4 inmersiones al contexto, 6 entrevistas semi-estructuradas a mujeres, 2 grupos focales (uno con hombres y otro con mujeres) y 3 talleres participativos con niñas, niños, jóvenes y adultos mayores. Con todo ello, se logró dar correlación a la información recopilada acerca de la percepción sobre las mujeres en la vereda.

Para el análisis de los resultados y de las categorías emergentes, se empleó el método narrativo y etnográfico, tomando como principal instrumento las transcripciones de los discursos de la comunidad, encontrando así imaginarios, autopercepciones y vivencias de las mujeres a lo largo de la historia de la comunidad.

Entre los resultados de esta investigación se evidencian como las circunstancias socio-históricas que experimenta un territorio, configuran la identidad de las mujeres desde la percepción de sí mismas y de otros sobre ellas, transformando sus prácticas, su pensamiento y sus creencias. También, se evidenció la importancia de la participación de las mujeres en espacios públicos para el fortalecimiento y desarrollo de sociedades más equitativas e inclusivas.

Palabras clave: representación social, imaginarios, mujer rural, construcción de territorio, mujer y conflicto armado, participación comunitaria.

Introducción

La presente investigación busca indagar por los factores socio-históricos que han configurado la identidad de las mujeres rurales, específicamente en el territorio del cañón del río Melcocho de la vereda El Porvenir. Si bien nos acercaremos al contexto de la mujer en el conflicto armado, también se abordarán otros acontecimientos y representaciones sociales que de igual manera han influenciado a los constructos e imaginarios de la identidad de la mujer.

El acercamiento a la historicidad de las mujeres en el contexto de Occidente nos lleva a explorar sobre sus concepciones en lugares como España, Latinoamérica, Colombia, Antioquia, y finalmente en el contexto local, El Carmen de Viboral, proponiendo una reflexión sobre el ser mujer en ámbitos rurales y el papel emancipador que han venido representando en la configuración de procesos transformadores, resistencias sociales y culturales, permitiendo así unas nuevas formas para la concepción de la mujer y prácticas desarrolladas dentro de su territorio.

Indagar por las prácticas de las mujeres desde los años 80 hasta la actualidad, posibilitó un mirada más cercana a los aspectos tradicionales cimentados en el territorio y sus posibles transformaciones hasta ahora, permitiendo analizar y comprender dichas construcciones como procesos históricos que responden a una serie de eventos que modifican tanto el territorio como la interacción social.

Para comprender este fenómeno se generan algunos interrogantes como ruta metodológica: ¿cuáles son los espacios y formas de participación de las mujeres en su comunidad? ¿Cuáles son las representaciones sociales que se ha construido los hombres, jóvenes y niños sobre las mujeres de la vereda El Porvenir? ¿Qué percepciones tienen de sí mismas las mujeres de El Porvenir? ¿Qué percepciones tienen del territorio las mujeres de la vereda El Porvenir?

Comprender la importancia de la mujer en la construcción del territorio y reconocer sus prácticas, es fundamental para fortalecer los procesos de identidad de las mujeres rurales en sus diferentes ámbitos, al mismo tiempo genera una apropiación de las tradiciones culturales y sensibiliza a los habitantes del territorio sobre la importancia histórica que tiene la mujer en la construcción de comunidad. También, esta investigación dignifica la labor de la mujer y permite visibilizar sus derechos en el contexto, al mismo tiempo que permite resaltar el rol de las mujeres en el escenario de conflicto, posconflicto y construcción de memoria.

Este proyecto retoma en el marco teórico los conceptos de identidad social, territorial y de género, como eje transversal al proceso investigativo. Además de las representaciones sociales, el concepto de mujer rural, territorialización y territorio, participación y mujer en el conflicto armado. Todo ello con el fin de comprender la incidencia de las mujeres campesinas en la construcción del entorno social, familiar y comunitario.

La utilización de los métodos etnográficos y fenomenológicos, así como la entrevista semi-estructurada, la observación participante, grupos focales y talleres participativos, propició

el acercamiento a la vida cotidiana de la comunidad y a sus prácticas familiares, sociales y comunitarias, abordando el papel de las mujeres en los distintos escenarios temporales del territorio. Para el análisis de la información se empleó las diversas narrativas de las mujeres y la comunidad para la comprensión de las transformaciones, procesos, prácticas y percepciones de la mujer rural.

Esta investigación contiene cinco capítulos en los que daremos respuesta a los interrogantes anteriores. En el primer capítulo, “Transformación de la mujer en la vereda El Porvenir”, analizaremos los posibles factores que han incidido en la transformación de la identidad de la mujer en la zona, tales como el conflicto armado, la educación, los colectivos que intervinieron socialmente la comunidad y la concepción de otras feminidades distintas a las conocidas en el territorio.

Consecutivamente en el segundo capítulo, “Imaginarios de las mujeres de la vereda El Porvenir, una perspectiva de la comunidad” nos aproximaremos hacia las percepciones y significantes que han construido los hombres y jóvenes de la vereda respecto al ser mujer en los escenarios rurales, educativos y familiares. Durante el tercer capítulo, “Autopercepciones del ser mujer: identidades diversas”, se abordarán las múltiples maneras en que las mujeres se perciben a sí mismas en todos los espacios comunitarios y la importancia fundada en sus prácticas, roles, tradiciones culturales en la localidad.

En el capítulo cuatro: “El territorio como escenario formador y de transformación. ¿Qué significa el territorio para las mujeres?”, presenta las diferentes formas de habitar y simbolizar

el espacio rural, describe las prácticas que la mujer desarrolla en el territorio, y las relaciones que ellas tejen dentro de este y con este.

Finalmente dedicaremos el capítulo cuarto para reconocer los procesos de construcción de memoria y participación comunitaria de las mujeres, titulado: “Participación de la mujer en el territorio: mujeres que unen memorias”.

1. Antecedentes

De entrada, iniciaremos por recopilar brevemente en un estado del arte las investigaciones significativas que se han realizado sobre la mujer rural y el territorio en Latinoamérica, Colombia, Antioquia; específicamente en el Oriente Antioqueño y en particular en el municipio El Carmen de Viboral.

1.1 Las mujeres rurales en el mundo y en Latinoamérica: aproximaciones generales

En las últimas décadas, las mujeres en la ruralidad han venido incentivando nuevas maneras en la concepción de su entorno, transformando sus medios productivos y las alternativas que estas van construyendo en su economía, siendo desarrollos de carácter importante para generar nuevas estrategias de participación comunitaria y desarrollo de su comunidad (Porto et al., 2015).

Estas alternativas sobre la visión de la ruralidad y la mujer en ella, han posibilitado reducir de a poco la brecha de género y permitir en las mujeres una mayor apropiación de las actividades del campo y en la creación de otras formas de mercado e ingresos económicos. Por ejemplo, como señalan Baylina y Salamaña (2006) “la división del trabajo dentro de la familia y de la sociedad rural lleva a la explicación de la desigualdad y con ello a considerar las relaciones de género como centrales para analizar la distribución y el ejercicio de poder en las unidades familiares, las instituciones y la comunidad rural en general” (p.101). Así, al estar presentes las mujeres en la actividades económicas como lo hacen los hombres, la equidad de género se proyecta como asunto político en el contexto, transformando las maneras presentes en el relacionamiento familiar (doméstico) y comunitario (público).

Al igual que en artículo anterior, se encuentra en la investigación realizada por García (2003) la importancia de las mujeres que residen en la implementación de escenarios políticos, culturales y sociales, donde la construcción de una nueva ruralidad les permite, además, asumirse como mujeres responsables de los asuntos de género y su empoderamiento en el territorio, lo que deviene en la construcción de sociedades más igualitarias y equitativas, desde el hacer público hasta las prácticas económicas y sociales.

A diferencia de las mujeres de los espacios urbanos, las mujeres rurales tiene una mayor implicación asociativa y en procesos sociales. Sánchez y Jiménez (2013) refieren que estas características pueden deberse a un efecto hábitat, que consiste en el “(...) tamaño reducido de la población, una red social más próxima, un mayor sentimiento de pertenencia y una participación en la esfera pública, generando con esto nuevas estructuras de sociabilidad” (p. 234). Desde este enfoque, las mujeres rurales cuentan así con recursos grupales sostenibles que dan facilidad a los procesos de formación y generación de estrategias de afrontamiento, dando mejor movilización social y política, portando un lugar a nuevas formas de cooperación en contextos de vulnerabilidad social.

Aproximándonos al contexto de Latinoamérica, el modelo de “nueva ruralidad” se ha venido implementando en el desarrollo de los pueblos rurales, sin embargo, en la práctica de este modelo se evidencia varias diferencias a las implementadas en países europeos. Mientras que en Europa se piensa la ruralidad como una continuidad de la ciudad, un tipo de urbanización del campo, generando entre estos contextos una conexión de interdependencia en

términos de producción económica, con estrategias productivas que atraen al público de la ciudad al campo, esta atracción de los ciudadanos se hace a partir de la implementación de los valores de la ciudad en el campo, construyendo unas concepciones del campo más cercanos al contexto de ciudad. Caso contrario, en Latinoamérica las actividades agrícolas y campesinas se presentan más ajustados a modelos tradicionales, por tanto las nuevas ruralidades más que implementar comodidades y adaptar sus prácticas a los foráneos y turistas, proponen un fortalecimiento del campo desde sus saberes ancestrales sin dejar de lado las nuevas técnicas industriales de innovación en el campo, conservando estas connotaciones más silvestres y naturales.

Desde una perspectiva latinoamericana, el territorio es protagónico en el momento de la construcción de tejido y concepción de la vida cultural, social y política, pues adquiere importancia en la conformación de las maneras en cómo una comunidad representa las formas de convivencia y se estructura a modelos horizontales o jerárquicos. Al respecto, Shmite (2009) enuncia que el territorio es el resultado de la confluencia de diversos actores y variables sociales, económicas y políticas “(...) donde la gestión y la toma de decisiones sobre los procesos productivos, adquieren un rol relevante en el diseño de las relaciones de género que se concretan en el espacio rural” (p.3). Por esto, para la vinculación de actividades creativas y de reconocimiento del entorno social y cultural, es importante la presencia de la mujer rural que fortalezca su identidad tanto individual como comunitaria.

La participación de la mujer en la construcción comunitaria manifiesta el desarrollo de las comunidades, pues es la estrechez de esta relación con su territorio lo que indica su posición

frente a la transformación del lugar. La mujer en la búsqueda de mejorar su bienestar va directamente hacia los factores de afectación, llevando esto una fuerte interacción con la comunidad y refuerza el sentimiento de pertenencia (Buendía y Carrasco, 2013). Mientras que en modelo de nueva ruralidad europeo, el empoderamiento de la mujer no se da a partir de la apropiación de los problemas comunitarios, sino que a partir de la consecución de recursos económicos. Dadas estas condiciones se empieza a ver la diferencia en el simbolismo y ser mujer en Latinoamérica y Europa.

Estos mismos autores, resaltan que a mayor incidencia de mujeres activas en la ruralidad, hay un mayor incremento de alternativas y nuevas visiones desde el ámbito cultural y económico, permitiendo una reestructuración del espacio rural con actividades como el turismo, ocio y servicios, todo en pro de la conservación ambiental. En efecto, la imagen de la mujer participativa es un ejemplo de un medio rural lleno de posibilidades, nuevos recursos sociales, políticos y económicos.

1.2 Mujeres tejedoras de territorios: una mirada particular a Colombia y Antioquia

No solo desde la actualidad la mujer ha impartido sus acciones hacia el hacer social, con esto ha generado transformaciones en toda la constitución de unas ideologías y de una cultura. Las mujeres en el Caribe colombiano desde tiempos de la colonia, cuenta Solano (2007), buscaban emanciparse de los roles en casa, practicando trabajos en otros escenarios comunes de lavandería, cocina y planchado, obtenido ingresos propios y liberándose de los prejuicios sociales establecidos. Además de esto las mujeres construyeron aldeas y pueblos, construían caminos y organizaban socialmente estructuras de convivencia, basándose en la

condescendencia, la tolerancia y la convivencia, a diferencia de las formas tradicionales autoritarias del hombre entre etnias.

Durante estas prácticas, las mujeres en defensa de la familia, promotoras de la vida y la crianza de sus hijos, socializaban las costumbres ancestrales a las generaciones nuevas, transmitiendo con ello la identidad negra y las formas morales para relacionarse con los otros, entendiendo esto como una forma de socialización entre las comunidades (Solano, 2007).

Las mujeres rurales en Colombia, en regiones como Tumaco y Boyacá se ha enfocado en fortalecer sus actividades económicas, llevando en la cotidianidad una multifuncionalidad del campo, permitiendo con esto la conservación de sus tradiciones en el hogar y expandiendo estas actividades a escenarios comunitarios como el hacer educativo, los restaurantes escolares y las reuniones colectivas. Como resultado, la mujer rural dejó de desempeñar únicamente su rol de ama de casa para vincularse a actividades comunitarias (asociación padres de familia, papeles importantes en las JACS, promoción social y grupos culturales) y conformación de asociaciones productivas pesqueras y acuicultura, empoderándose de sus recursos económicos y adquiriendo herramientas para la construcción social en la ruralidad (Farah y Pérez, 2004). Ciertamente, en este tránsito de espacios y contextos la mujer ha modulado y migrado de la casa a la plaza, del espacio íntimo y doméstico al espacio político y comunitario.

A diferencia de las posibilidades de desarrollo social que han tenido otras regiones del país en cuanto a género y economía, investigaciones realizadas en el Putumayo han mostrado el abandono y la ausencia de Estado, siendo este la principal causa de pobreza y despojo. Las

mujeres rurales del Putumayo frente a esta negligencia en el desarrollo de carreteras y economías rentables, ha tenido que desempeñarse laboralmente en la siembra ilícita de coca, siendo esta la única economía con posibilidad de sustentar su familia y agrupar la comunidad. A raíz de estas actividades productivas que emergieron en contextos de violencia, presencia de actores armados, narcotráfico y abandono estatal, el Estado ha tomado para la erradicación de la coca el glifosato, el cual ha provocado graves enfermedades y daños en la seguridad alimentaria, pues el glifosato aparte de erradicar la coca, también elimina los cultivos de yuca, plátano; afecta de igual modo la diversidad nativa y los animales de los cuales se alimentan, siendo estas medidas una cadena de pobreza social y ambiental (Bautista et al., 2018).

Bautista et al. (2018) señala que como alternativa de cambio en la región del Putumayo, en el Acuerdo Final para la Paz, se ha establecido la importancia de transformar esa figura marginada que ha tenido la mujer rural en este territorio, siendo esta de vital importancia para el desarrollo integral del campo y la sustitución de los cultivos, desvinculándolas de la ilegalidad y construyendo alternativas para el sostenimiento del territorio y de la economía de las familias campesinas.

En línea con lo enunciado anteriormente, en diferentes regiones del país la ausencia del Estado ha enmarcado luchas por mujeres que aún se sostiene perseverantemente, enfrentándose con lozanía a los fenómenos de violencia, impunidad, protección del territorio y riqueza, siendo altamente vulnerables, pues la defensa del territorio pone en riesgo la integridad de ellas y las denuncias hechas a el Estado no reciben respuesta alguna, por lo que ellas deben apelar al autocuidado y las redes de solidaridad cercanas. En la revista virtual Salve

la selva (2012) se expone los casos por ejemplo de mujeres en el Chocó, Putumayo, Valle del Cauca y Meta que han generado formas de resistencia ante el conflicto armado y por tanto han sido re-victimizadas por el Estado y estigmatizadas socialmente. Con todo ello, se ha generado mecanismos de defensa comunitaria en pro del cuidado de la tierra, diversidad y cultivo, siendo estas mismas quienes lideran acciones de protección, cuidado y justicia, a partir de asociaciones para las mujeres vulnerables, en una lucha por la recuperación de su dignidad, paz y protección de los recursos y sus tierras.

En el departamento de Antioquia el contexto rural y los modos de vida campesina se han transformado significativamente con el conflicto armado, puesto que los hombres están incursionando en otras actividades económicas o se vinculan a grupos armados, marcando nuevas tendencias ubicando a las mujeres como únicas responsables de las actividades agropecuarias. Dadas estas circunstancias, el acceso a la tierra permite una mayor viabilidad en el desarrollo de propuestas de producción agroecológica. Según Zuluaga (2011), “ ellas suelen utilizar y conservar mayor diversidad ecológica (número de especies de flora y fauna), pero a pesar de su riqueza biológica, estos sistemas diversos han sido ignorados, devaluados y despreciados, porque no generan dinero en el corto plazo” (p.59). Considerando los hallazgos de esta investigación, se evidencia que es importante adquirir un reconocimiento de las mujeres como sujetos de derechos agrarios, dadas las actividades que ahora practican y antes no se consideraban, ya que en caso contrario, la economía campesina se haría más vulnerable de lo que actualmente es, siendo la mujer promotora del impulso y desarrollo agrícola (Zuluaga, 2011).

En el Oriente de Antioquia el proceso de emancipación de la mujer frente a las dependencias económicas matrimoniales ha sido puntual en las investigaciones, haciendo visible el poder y la dominación propios de una tradición machista y patriarcal que han tenido los hombres a partir del dinero hacia sus cónyuges, inhabilitando por ende su autonomía e independencia, condicionando sus actividades únicamente al ámbito doméstico. Al respecto, Villegas y Rojas (2017) señalan que “la autonomía ha requerido por parte de estas mujeres, oponerse a una contexto social en el cual el papel de la mujer radica en los quehaceres de la casa, la atención a los hijos y el esposo, para dar paso a la construcción de una organización social que busca reivindicar el papel de la mujer como constructora de desarrollo” (p. 55). Sobre esto, se puntualiza en la importancia de los procesos de emancipación de las mujeres como reflejo de su empoderamiento, de sí mismas, su familia y su comunidad, promoviendo con estos cambios un control del desarrollo en las comunidades, dando paso a la construcción social en búsqueda de un desarrollo social, económico y productivo más equitativo entre hombres y mujeres.

En el caso concreto de la vereda La Morelia del municipio de Sonsón encontramos una fuerte presencia agrícola por iniciativa de las mujeres. En las últimas décadas se ha presentado un cambio de la cotidianidad campesina en términos culturales, aportando a ella nuevas connotaciones a los roles de la mujer, dado a que en la actualidad se ha venido desempeñando funciones importantes en el desarrollo de su comunidad. Así, la incorporación de la mujer a la agricultura ha generado transformaciones ideológicas en el contexto, pues el incremento de actividades laborales agrícolas en las mujeres crean algunas diferencias con el hombre, designando por tanto nuevas funciones a este (Marín, 2017).

El autor Marín (2017) refiere que “la mujer tiene una infinita gama de funciones que van más allá del hogar y la familia, también la agricultura, y es de gran admiración el valor que tienen para ser parte de una labor que implica gran esfuerzo, demostrando su capacidad emocional y física y el emprendimiento para tener un desarrollo económico” (p.7). Debido al despojo de tierras y el desplazamiento a las zonas urbanas causados por el conflicto armado, ha generado que las mujeres tomen estas iniciativas productivas y se hagan cargo de ocupar esos vacíos que han dejado los hombres en pro del fortaleciendo de su territorio rural.

Aproximándonos a un contexto más claro y cercano al desarrollo de esta investigación, en el municipio de El Carmen de Viboral en la Vereda cercana Rivera, se llevó a cabo una investigación antropológica, donde la caracterización de la mujer rural ha reflejado un empoderamiento del trabajo fuera de casa dirigido hacia el liderazgo comunitario, pero también reflejando una manera de ser mujer, con alteridad en sus narrativas tradicionales, católicas y con limitaciones a la feminidad. La mujer en este lugar se ve abocada a trabajar más en el campo, buscando ingresos económicos que le permitan acceder a artículos para su familia, salir de casa sin dar explicación y sentirse autónoma en sus decisiones económicas, sin dejar de lado sus actividades domésticas propias de la economía del cuidado (Martínez, 2015).

No obstante, este escenario se convierte en un lugar de explotación y desigualdad de género, por ejemplo en la zona del Oriente antioqueño el trabajo en los floricultivos consta de una frecuente siembra, producción y comercio de flores que en su mayoría “las operarias son madres cabeza de familia –el 69% de las mujeres contratadas (Garzón Hernández y Pedraza,

2013), sin cualificación y admiten altos grados de explotación laboral para sostener con el salario a sus hijos e hijas porque es muy difícil encontrar otro empleo” (citado en Gonzáles, 2014. p.17). Además de estas actividades productivas mal remuneradas y de extensas horas laborales, las mujeres debe hacerse cargo de los haceres en el hogar sin recibir ningún ayuda económica o en especie de los hombres. Sin embargo, pese a que sea forzoso y mal pago su labor en el campo, las mujeres prefieren hacerlo, además agradecen la oportunidad, pues esta posibilita para ellas la emancipación económica y búsqueda de su libertad.

A manera de análisis, las formas en que se ha concebido la mujer rural a lo largo del tiempo y según los contextos sociales y culturales, tienden a diferenciarse mucho, evidenciando con ello la importancia de comprender cada contexto en particular la historia de la mujer y la su estancia en los modelos actuales. Según las investigaciones la capacidad adquisitiva y proyección económica es lo que posibilita la apertura de la mujer en la ruralidad hacia otras formas de reconocimiento y participación, dado lo anterior es importante visualizar qué otras formas favorecen el impulso a las mujeres a reconocerse y hacerse partícipes de movimientos autónomos, a parte del dinero y sus actividades productivas.

En las culturas rurales latinoamericanas y haciendo énfasis en las tradiciones antioqueñas, se evidencia aún un machismo marcado y dominación del hombre mediante los ingresos económicos, limitando de este modo el progreso de la mujer en todos los posibles escenarios de actuación e intervención. Frente a ello, para la emancipación de la mujer es importante que inicie una búsqueda de alternativas remuneradas, pero estas a la vez las ponen en una situación de sobrecarga, por lo cual es importante buscar qué alternativas poseen las mujeres rurales de El

Porvenir para solventar esa carga en sus labores, determinando si estas formas son frecuentes o tendenciales en los contextos rurales del municipio de El Carmen de Viboral.

Las investigaciones abordadas se han inclinado a la posición de la mujer hacia sus prácticas en la tierra, su comunidad y su familia desde una perspectiva externa, pues no se considera lo suficiente su discurso en medio de las transformaciones que las rodea. Enmarca esto un foco importante para futuras investigaciones que consoliden un constructo de identidad de las mujeres rurales a partir de las narrativas de las mismas, que den valor y visibilización a sus perspectivas. En vista de lo abordado, es importante en los desarrollos rurales un enfoque de género donde los roles domésticos, productivo y socio-culturales sea equilibrados, generando de este modo un relacionamiento horizontal y unas oportunidades de transformación igualitarias para los géneros.

En la vereda El Porvenir no se han llevado a cabo investigaciones que visibilicen al tema de las mujeres campesinas desde el área de ciencias sociales, por lo tanto es un tema no abordado a pesar de la importancia en el reconocimiento de la diversidad cultural municipal, las dinámicas y transformaciones sociales debido al conflicto armado. Reiterando, el papel de las mujeres en un contexto de conflicto armado continúa siendo poco abordado en la región.

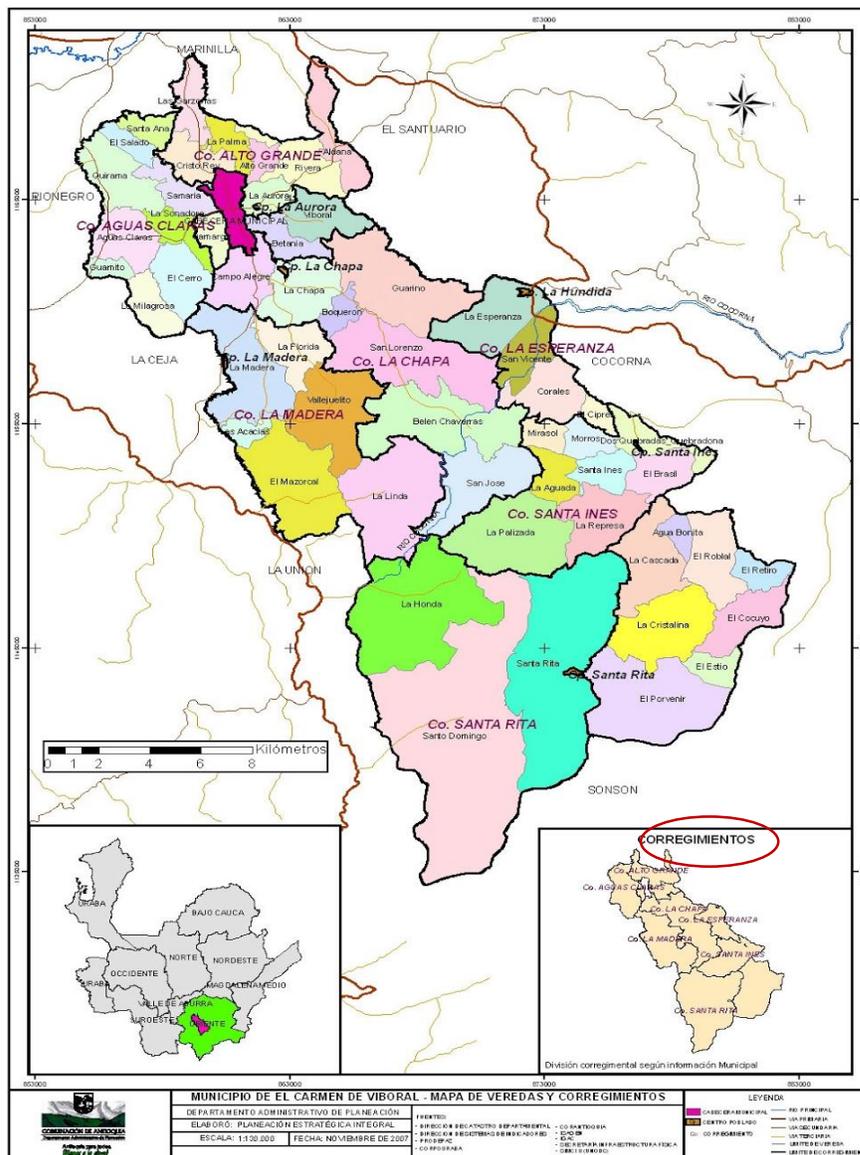
2. Planteamiento del problema

En este capítulo abordaremos la problematización de la investigación a desarrollar, comprendiendo desde el contexto socio-histórico y geográfico unas dinámicas cotidianas, un modelo cultural y las transformaciones por las que ha pasado el territorio El Porvenir.

El Carmen de Viboral es un municipio del departamento de Antioquia, su ubicación es en el altiplano del Oriente antioqueño y el valle de San Nicolás. Limita con municipios como Marinilla, Cocorná, Santuario, La Unión, Sonsón, La Ceja, Abejorral y Rionegro. El Carmen es un territorio con 7 corregimientos rurales y 54 veredas, su extensión territorial es de 448km², su área urbana es de 2.44km² y 445.56km de su zona rural. Cuenta con 46.751 habitantes y de ellos 16.453 son de la zona rural según el censo poblacional del 2015 del DANE (Carmen de Viboral, 2018). Este municipio lleva una trayectoria en la conservación de sus territorios y sus tradiciones, dentro de ellas la tradición ceramista y agrícola forman una fuente importante de empleo y economía, conformándose como factores representativos en las actividades rurales, campesinas y locales del municipio, teniendo las mujeres una fuerte participación en floricultivos, agricultura, pintura y creación artesanal, siendo ellas portadoras de la identidad carmelitana.

La vereda El Porvenir es un territorio perteneciente al corregimiento de Santa Rita ubicado en el Cañón del Melcocho, se localiza sureste del municipio de El Carmen de Viboral. En este territorio que es un escenario de matices de verdes, ríos y montañas, nos encontramos el río Melcocho, el cual es considerado uno de los ríos más limpios de Latinoamérica, y se ha

configurado además, en un eje transversal y un referente geográfico para esta subregión del municipio.



Fotografía 1. Mapa de la vereda El Porvenir

Los primeros habitantes El Porvenir fueron grupos indígenas, de los cuales no hay mucho conocimiento, por lo que muestra de su presencia sólo se han encontrado algunas piezas de orfebrería como narigueras y aretes. En la década de los años treinta apoyados en la demanda

de madera para la conducción del ferrocarril de Antioquia dos familias, los Orozco y los Martínez, comenzaron a talar el bosque virgen y adentrarse en el territorio. Debido a esta demanda maderera se promovió la colonización y asentamiento de más familias, que con el tiempo crearían un tejido social que permitiría dar forma inicial a la comunidad que hoy habita este territorio. El proceso de colonización y poblamiento se dio a partir de la tala de bosques y construcción de casas de madera, con la presencia de familias provenientes de Sonsón, Argelia y Abejorral principalmente. En un primer momento las familias continuaban con una tradición nómada y fue a partir de la exploración de nuevas maneras productivas como la agricultura, la ganadería, la apicultura y la pesca artesanal, que la comunidad empezó a arraigarse al territorio de una manera más permanente. En consecuencia, a consolidación y estancia de la comunidad en el territorio, se vio reflejada a partir de la construcción de una escuela veredal para la formación básica primaria.

Esta fue la dinámica en la que vivió la comunidad de El Porvenir hasta los años 90, que posteriormente se vio interrumpida entre 1990 y 2005 con la incursión de distintos grupos armados (guerrillas, paramilitares, ejército) que de manera directa asediaron la población debido a su ubicación geoestratégica que permitía una conexión con la autopista Medellín - Bogotá creando un corredor para el tránsito entre las subregiones del páramo (Sonsón, Nariño, Argelia), la subregión de Bosques (San Francisco, Cocorná, San Luís) y la subregión del Magdalena Medio (Puerto Triunfo, La Dorada) (Trujillo, 2018).



Fotografía 2. Vereda El Porvenir

Pese a que la comunidad fue víctima de diferentes impactos de la guerra, entre desplazamientos forzados, torturas, asesinatos, desapariciones forzadas, secuestros, reclutamientos y extorsiones, esto los obligó a dejar su territorio por varios años (Trujillo, 2018). Luego del cese al fuego y la pacificación del Oriente antioqueño, a partir del 2006 la comunidad vio posible emprender procesos de retorno al territorio con resultados que permiten ver familias reincorporadas a su lugar y proyectando su existencia sobre su territorio. Así, en la actualidad después del retorno a la vereda, para el año 2019 en el territorio El Porvenir residen cerca de 23 familias.

La experiencia del conflicto armado en El Porvenir, marcó unos modelos distintos de interacción, de relacionamiento y de percepción en la comunidad, renovando conceptos del sí

mismo, los otros y su territorio. La autonomía política y capacidad organizativa instaurada, se trasladó a fuerzas de grupos armados externos conformado por hombres y mujeres, desplazando los roles comunitarios y sociales de este territorio hacia un dominio y una ley impuesta. Fue así como la identidad, la representación de género y los roles económicos, se formularon como un aspecto de transformación y transgresión a sus dinámicas ya conocidas.

Por los procesos que ha atravesado esta comunidad no es posible pensar una idea de mujer de manera lineal a lo largo de la historia, puesto que al ser un comunidad formada por personas que se han adaptado a condiciones muy diferentes de contextos sociales y vivencias personales, especialmente durante el tiempo de desplazamiento en el conflicto armado, con la migración del campo a la ciudad no es posible establecer con claridad una identidad de las mujeres, que como resultado a las diferentes perspectivas y estereotipos sociales, se ha gestado y (de)construido una forma de ser mujer que hoy subyace en el seno de esta comunidad campesina del Melcocho.

La conceptualización de mujer rural o mujer campesina no parece lograr una definición general que abarque sus diversas manifestaciones, así como en sus conocimientos y prácticas enmarcados en su rol de ser/hacer. Es claro que, la existencia de la mujer en la tierra no obedece a una causa universal o genética única, sino que al igual que el hombre ha sido un constructo histórico producto de la transformación de las sociedades primitivas, medievales y modernas, por lo que actualmente es posible encontrar una diversidad en las maneras de feminidad y masculinidad a lo largo del mundo, debido a que cada una estos roles de género tienen una estrecha relación con el devenir social e histórico de una comunidad. Es por ello que no tiene

sentido hacer consideraciones universales sobre la mujer, sin embargo, es posible acercarse a una forma en que se constituye la mujer en Occidente desde su devenir histórico.

Ahora bien, si hablamos de mujeres pertenecientes a la ruralidad cuyas prácticas, roles y comportamientos tienden a verse similares, no nos referimos a ellas como un grupo homogéneo, sus roles son impuestos por una construcción social que estructura un ordenamiento de un colectivo, pero lo que conforma su identidad abarca más que solo sus actividades. Al describir la condición de mujer, estamos indicando que aunque ellas comparten unos haceres generales, las diferencian sus historias de vida, sus experiencias y la posición que ocupan en su lugar social (Ospina, 2009). Por ello no es posible envolvernos en el concepto de ser mujer como algo único y permanente, ya que al formar parte de las ficciones sociales construidas y configuradas en cada generación, esta condición tendrá variabilidad según el contexto histórico, la percepción de cada una, la biografías que las han conformado y según esto “cada mujer experimentará esta condición de acuerdo al nivel de acceso y control que tenga de ciertos recursos materiales, sociales, simbólicos, políticos, etc” (Ospina, 2009, p.21).

El concepto de la mujer rural ha tenido diferentes variaciones según la región que habite. Así, la búsqueda inicia desde una perspectiva de primer mundo, pasando por las visiones latinoamericanas, instaurándose entre ambos lugares una conceptualización similar pero con adaptaciones sociales un tanto separadas. Por ejemplo, en Colombia y puntualmente en la región Andina, en la que está inmerso el municipio de El Carmen de Viboral, estas formas de concepción de la mujer en la ruralidad se han consolidado simultáneamente con las visiones de interacción en el campo en América Latina.

La perspectiva de mujer al ser expuesta a una construcción histórica, implica que exista una fase de socialización donde una serie de procesos psicosociales permiten el emerger del ser individual como parte de una sociedad, estructurando simultáneamente su yo individual (identidad personal) y generalizado (identidad social). De esta manera, cada una de las mujeres erigirá unos esquemas valorativas que les permitirá construir un criterio para habitar el mundo de determinada manera, de acuerdo con intereses, exigencias y principios sociales (Ospina, 2009).

Desde la perspectiva de Occidente la socialización de las mujeres rurales las han considerado como una herramienta para el desarrollo de los pueblos dentro de la nueva ruralidad, este último concepto se enmarca en la pluriactividad y multiactividad en el campo, pues ya no se considera solo desde la producción agrícola. El campo se transforma en un escenario de construcción social, económica, política y cultural. Donde las mujeres tienen principal rol en la búsqueda de alternativas económicas y en los temas de género dentro de la comunidad.

En algunos contextos se ha modificado paulatinamente sus condiciones laborales y salariales, hacia una incursión a otros espacios de acción y prácticas alternas a las realizadas en casa, como tomar roles en los ámbitos participativos de su espacio rural y procesos de cambio; pero a su vez sin abandonar sus roles asignados históricamente (Sánchez y Jiménez 2013). En esta perspectiva, se ejemplifica la importancia de la mujer en el desarrollo de disyuntivas económicas ancladas a actividades estereotipadas con la participación de género.

Es así como las mujeres en el contexto se ven como eje importante para la búsqueda de diversos cuidados y alternativas para el mercado, sumado al mantenimiento de la familia, la educación, el trabajo y la instauración de los valores morales en la comunidad desde los ejes nucleares, fortaleciendo de este modo su territorio a partir de lo económico (García, 2003). Siendo la participación de las mujeres estancia transformadora de su contexto, ellas a partir de las actividades económicas que vinculan desarrollos políticos y sociales, ha constituido en la contemporaneidad un papel principal en la construcción de género, ampliando los significantes de ser mujer en una comunidad desde las actividades que practican y el empoderamiento económico que pueden alcanzar por sí mismas (Porto, Villarino, Baylina, García y Salamaña, 2015).

Partiendo de los planteamientos europeos del fortalecimiento de las mujeres en el hacer económico, Latinoamérica se ha ceñido a los planteamientos de las nuevas ruralidades, siendo esto alternativas desde el ingreso y la construcción del territorio. Shmite (2009) refiere que el lugar que le es dado a una mujer en una comunidad es considerado según el lugar de producción que ocupe, siendo este relevante o no. De acuerdo a cómo la mujer organice su gestión productiva, tiene valor en la toma de decisiones respecto a su comunidad, siendo el sector económico lo que posibilita a la mujer ser considerada partícipe y transformadora en su contexto.

Las actividades en las que participa la mujer en el campo no se limitan solamente a las agrícolas y agropecuarias, sino que el campo también se constituye para ellas como escenario cultural, educativo, político y con alternativas económicas como lo son el turismo rural y la

producción de artesanías. Estos últimos son procesos económicos especialmente liderados por mujeres, lo cual ha llevado a una reconsideración de los roles impartidos en el territorio y una construcción en la equidad de género a partir del empoderamiento de la mujer promovido por su mayor autonomía económica, que a su vez es consecuencia secundaria del modelo capitalista que promueve una mayor productividad económico del campo (Buendía y Carrasco, 2013).

Acercándonos al contexto colombiano la mujer tiene un papel bastante significativo en la construcción de sociedades desde la gestión organizativa de la familia, las relaciones personales y el cuidado de la vida. En el Caribe colombiano, por ejemplo, la mujer ha hecho parte de la conformación de identidad caribeña, desde la estructuración de estereotipos de género, hasta la creación de las culturas nativas de la región. La cultura y el entramado social penden de la presencia de las mujeres en procesos de resistencia a partir de su rol en las casa, pues el hogar es el lugar de poder de la mujer y desde allí se desplegaba su papel en los hábitos sociales. Así, las mujer al estar en la defensa de la familia, crianza y socialización de las costumbres ancestrales a las nuevas generaciones, ejercen control social influyendo en los modos de interacción (Solano, 2007).

El empoderamiento gradual que han ido reclamando las mujeres sobre los recursos económicos de su contexto y su participación en la actividades agrícolas en algunas comunidades, ha permitido una participación en la toma de decisiones, en cuanto a sí mismas y su comunidad en general, esto resalta que entre más autonomía tenga las mujeres en sus prácticas, más poder decisivo van a tener en la comunidad de la cual hacen parte.

Desde esta perspectiva, el conflicto armado podría considerarse como un agente que ha contribuido a la modificación y el desplazamiento de los roles de género en el trabajo,

impactando con más visibilidad en los modelos económicos dirigidos por el hombre en este tiempo y posibilitando de manera indirecta un espacio vacío en que las mujeres se hicieran más partícipes en las actividades de la comunidad, por tanto han ido adquiriendo más conocimiento de su territorio, empoderamiento y liderazgo. Como resultado, con el conflicto que devino en el desplazamiento y desarraigo, no sólo se desestructuraron las familias sino que se diversificaron tanto los roles masculinos como femeninos en contextos urbanos complejos. Este fenómeno se aborda como una consecuencia del conflicto armado que impactó en el orden familiar tradicional. El rol histórico y social del hombre como recolector y quien da el sostenimiento económico a su familia, se fue modificando tras la reclusión de ellos para la guerra, sus muertes y desplazamientos; así, la ausencia del hombre dentro de las prácticas sociales tradicionales, movilizó a la mujer hacia entornos de desarrollo y reproducción económica, siendo este un espacio ocupado por ellas para el soporte de su familia.

En las comunidades rurales aún hay mucho machismo, eso lleva a que las mujeres no ejerzan por sí mismas unas actividades decisivas ni participativas en los escenarios políticos, dependiendo únicamente de la emancipación económica para alcanzar cierto estatus participativo en la comunidad. Además, los oficios excesivos que de la mujer desempeña: sus labores de madre y sumando a las actividades del campo y la construcción social, son formas de explotación de los roles de la mujer en la particularidad del territorio rural. Se ve de este modo un aumento en la carga de actividades cotidianas como precio de la libertad y la autonomía en estas mujeres (Martínez, 2015).

Por todo lo anterior, se muestra la importancia de establecer, no sólo desde el reconociendo económico y productivo de la mujer, un escenario de fortalecimiento e inclusión,

donde la conservación de tradiciones y la transformación cultural, permitan potenciar estructuras sociales que hagan visibles los valores identitarios de las costumbres campesinas, y a su vez posibiliten la equidad de género para hombres y mujeres en el territorio.

En el caso particular de la vereda El Porvenir del municipio del Carmen de Viboral, la mujer rural ha tenido una importancia representativa en la construcción de este territorio tanto en el ámbito familiar, comunitario, como en el escenario educativo, resaltando en este último el papel de docente que ha desempeñado históricamente la mujer en el contexto (Gabriela Hernández, E2). La presencia de ellas en los escenarios de salud pública, cuidado del hogar, participación, liderazgo y organización comunitaria, y también económica, ha generado una perspectiva de mujer con desempeño en diversos espacios que van a lo público y lo privado. Sin embargo, y a pesar de dichos aportes en estos campos, por parte de la comunidad y de las mujeres en general, se desconocen aún las dinámicas de dichas mujeres, su trayectoria y las actividades que han posibilitado en el tiempo la conformación de un tejido y un ordenamiento comunitario, en el cual la mujer cumple un papel fundamental.

Frente a esta problemática, es importante destacar el desarrollo de propuestas de investigación que reconozcan a la mujer dentro de este contexto rural lejano, a partir de un análisis de las dinámicas sociales, económicas y culturales que determinan las mujeres, oficios y roles en la cotidianidad del territorio, reconociendo sus maneras de hacer en el espacio doméstico y sus prácticas sociales en espacios participativos y comunitarios. Además de esto, y considerando que la comunidad de El Porvenir vivió el conflicto armado, es importante observar los roles que las mujeres desempeñaron durante este periodo de la historia reciente del país. Con esto, dar reconocimiento y consideración a los roles que las mujeres han realizado a

lo largo de su historia en este vereda, permitiendo visualizar la importancia que ella tuvo en su resistencia, permanencia, defensa y construcción del territorio.

Por todo lo anterior, en este proyecto se plantean diferentes preguntas que buscan indagar por el significado, representaciones e imaginarios históricos y sociales de los cuales se ha construido y transformado la mujer rural o mujer campesina de El Porvenir, a través de la vivencia, el desarraigo y el retorno en este territorio; a su vez reflexionar sobre las prácticas y roles que esta desempeña en el contexto rural, doméstico y público. En este sentido, algunas de las preguntas que orientan esta investigación van dirigidas a indagar por:

- ¿Qué factores socio-históricos y culturales han configurado la identidad de la mujer rural de la vereda El Porvenir de El Carmen de Viboral, antes, durante y después del conflicto armado?

- ¿Cuáles son los espacios y formas de participación de las mujeres en su comunidad?

- ¿Cuáles son las representaciones sociales que se ha construido los hombres, jóvenes y niños sobre las mujeres de la vereda El Porvenir?

- ¿Qué percepciones tienen de sí mismas las mujeres de El Porvenir?

- ¿Qué percepciones tienen del territorio las mujeres de la vereda El Porvenir?

3. Justificación

Desde una perspectiva histórica, la mujer ha estado a cargo de diversas actividades sociales y culturales en su comunidad y en sus hogares, siendo estos importantes para el desarrollo y conservación de los pueblos, tanto desde una perspectiva económica como social. Debido al orden hegemónico impuesto por lo masculino, las labores de las mujeres en general han sido invisibilizadas, desvaloradas y sometidas a un desarrollo que no van más allá de sus domicilios, fortaleciendo la creencia de que la realización de la mujer se dota de sentido solo junto a un hombre, configurando una identidad de ser mujer respaldada por la figura masculina (Ospina, 2009).

Ahora bien, abordando este fenómeno desde un contexto rural, estas prácticas que desdibujan la importancia de la mujer campesina se presentan más arraigadas, presentándose violencia de género, explotación laboral y sobrecarga de actividades en la mujer. La vulneración constante a la autodeterminación de la mujer es un escenario repetitivo, siendo sometida a labores hogareñas, trabajos mal remunerados y largas jornadas de trabajo sin reproducción de plusvalía, ignorándose así estas maneras de violencia sin generar mayor ruido en la comunidad ni en el contexto general.

La reproducción biológica y simbólica, representan pues una importancia fundamental para el sostenimiento cultural y social de un territorio, promoviendo unas actividades encaminadas a la alimentación, manutención y cuidado de los otros dentro de unas prácticas comunitarias, que a su vez se encargan del mantenimiento de unos valores, costumbres y hábitos sociales, reproduciendo así un sistema social. Dado a que ese tipo de actividades se

desarrollan en el hogar, a consecuencia de la división sexual del trabajo, las mujeres son las que se hacen cargo de ellas sin presentar un reconocimiento ni remuneración (Gutiérrez, 2015).

Es por lo anterior que el presente proyecto investigativo, se enfoca en visibilizar, reconocer y exponer los roles y prácticas que componen la identidad de la mujer campesina en torno a su territorio en la vereda El Porvenir del municipio El Carmen de Viboral, permitiendo además, entre ver la particularidad y las diferentes formas de ser mujer según el territorio, el contexto histórico y social que compone a una comunidad. De este mismo modo es esencial distinguir la importancia en la apropiación del territorio por las mujeres, pues en ello se generan acciones participativas que inciden en un ordenamiento territorial, un desarrollo comunitario y una relación íntima con el espacio.

Además, con esta investigación se quiere hacer visible la transformación de estas mujeres en una trayectoria temporal y analizar qué elementos e hitos han generado que las mujeres de una comunidad tan alejada de la zona urbana, no solo se desempeñe a través de los hábitos hogareños, sino que también, se hagan cargo de funciones políticas, económicas y educativas de la vereda, que brindan un escenario de inclusión en el empoderamiento de la mujer en esta zona. También la mujer campesina de El Porvenir se ha encargado de aportar a los procesos de apoyo médico, organización de festividades, conservación de las tradiciones, cuidado de la familia y al mismo tiempo han sido participativas en la toma de decisiones de la comunidad, haciendo de su construcción de identidad como mujer rural un escenario de transformación, pues su lugar en la vereda no ha sido supeditada a los haceres únicamente domésticos.

Teniendo esta región como antecedente la presencia de grupos armados, es importante resaltar el papel y las experiencias vividas por las mujeres durante este conflicto que modificó sus dinámicas familiares y comunitarias, llevando a la mujer a generar estrategias representativas en la construcción de un nuevo tejido y recuperación comunitaria, además de modelos de convivencia y procesos de retorno a su tierra.

En consecuencia, la vulneración de tradiciones familiares y arraigo de esta comunidad ahora se han ido configurando en nuevas formas de convivencia y territorialización más organizadas, recuperando y manteniendo a pesar de la guerra y el desplazamiento unas formas sociales, tradicionales y culturales. Por ello, la mujer se ha convertido en un eje generador y reproductor de identidad dentro de un contexto rural, resignificando y transformando su territorio. Es así como uno de los ejes importantes a tener en cuenta en la investigación es la visibilización de las funciones que han tenido estas mujeres en la tránsito del conflicto, reparación y las formas constitutivas de su territorio como espacio esencial para sí mismas, como un espacio que es habitado y las habita.

Reiterando, la mujer representa vital importancia en el mantenimiento de las tradiciones culturales, estableciendo una resistencia desde su conformación y generando riquezas de identidad en el municipio. El poco énfasis que se ha tenido en la visibilización de la mujer en todas sus acciones cotidianas, ha negado la importancia de esta en su territorio, problematizando jerarquías e inequidades desde su misma comunidad.

La acción de conocer a profundidad las dinámicas de las mujeres rurales, no solo permite la sensibilización hacia las historias personales, también implica un acercamiento a la historia colectiva que guarda a sus ancestras en el territorio, evidenciando todo un linaje de transformaciones y a su vez acontecimientos sociales de vulneración, violencia y discriminación, siendo estas situaciones que han generado en las mujeres posturas organizativas y de apoyo mutuo, en la búsqueda de alternativas más inclusivas y comunitarias.

Considerando estas múltiples formas de violencia contra la mujer que se dan en el contexto rural, el presente proyecto puede generar procesos de sensibilización en las comunidades rurales, que busque dignificar la labor femenina y se den garantías a los derechos de la mujer en este contexto.

Se considera que el contexto en el que se desarrolla este proyecto no ha tenido un abordaje investigativo a partir las ciencias sociales a pesar de tener como antecedente la vivencia del conflicto armado, por ello es necesario elaborar investigaciones desde una perspectiva psicosocial que permitan resaltar la importancia de las de las mujeres en las comunidades en la reconstrucción social del territorio y en la valoración de las mismas en este contexto, además de dotar de importancia las prácticas históricas de la mujer en medio de un escenario de guerra y del posconflicto, favoreciendo la construcción de memoria colectiva de las comunidades rurales y de la recuperación de tejido social.

Finalmente, para la psicología social es un deber ético y político visibilizar las comunidades silenciadas en sus territorios, ignorados por el Estado o acalladas por la guerra,

dando un lugar de reconocimiento a los procesos históricos y reconstructivos, a las maneras emergentes de hacer memoria, la conservación de tradiciones y las resistencias sociales, permitiendo a las comunidades y a los escenarios investigativos dar un giro a las perspectivas de los acontecimientos que nos han atravesado, construyendo otros lenguajes, otras narrativas y un conocimiento más próximo a las realidades equidistantes. El acto de trabajar en red y dar voces a las experiencias colectivas e individuales, posibilita un espacio para la transformación, la memoria, el vínculo, la solidaridad y otras alternativas para la búsqueda de soluciones, consolidando comunidades más unidas y fortalecidas.

4. Objetivos

4.1 Objetivo general

Indagar acerca de los factores socio-histórico y culturales que han configurado la identidad en la mujer rural en la vereda El Porvenir y su participación en la construcción de territorio.

4.2 Objetivos específicos

- Describir los espacios y las formas de participación de las mujeres de El Porvenir en su comunidad.
- Identificar las representaciones sociales que se han construido sobre el ser mujer rural en la vereda El Porvenir antes, durante y después del conflicto armado.
- Comprender las percepciones que tienen de sí mismas y de su territorio las mujeres rurales en la vereda El Porvenir.

5. Marco teórico

En el presente proyecto investigativo se abordarán los conceptos de psicología social, identidad, interacción simbólica, representaciones sociales, mujer rural, participación y territorio como ejes importantes para dar respuesta a las preguntas que orientan la investigación desde una perspectiva psicosocial.

Para poder abordar el tema de la mujer rural, su identidad y sus representaciones simbólicas en el territorio, es importante considerar algunos elementos conceptuales que nos permitan comprender el devenir histórico, cultural y social de la mujer en el contexto rural de la vereda El Porvenir..

5.1 Una perspectiva psicosocial de la identidad

5.1.1. ¿Qué es la perspectiva psicosocial? Para dar inicio a la conceptualización de esta investigación, es fundamental esclarecer que como eje transversal se considerará la perspectiva psicosocial mediante la cual se comprenderán las prácticas colectivas como procesos significativos para el desarrollo cognitivo del individuo y también como sujeto generador de transformación o mantenimiento cultural de una comunidad. Desde este enfoque, la perspectiva psicosocial nos acerca a los fenómenos sociales y actividades de grupo, que por medio de sus intercambios e interacciones configuran unas formas de concebir el mundo y comprender lo que pasar al rededor, representado unas conductas específicas y un modelo de pensamiento sobre sí mismo y los otros (Barra, 1998).

Bajo esta perspectiva Barra (1998) expone que la psicología social pretende indagar los niveles de organización de un grupo y encontrar los procesos socioculturales e históricos que determinan las acciones y pensamientos de los individuos ante ciertas situaciones sociales en un territorio. El interés principal, aunque no exclusivo de la psicología social, es entonces “comprender los factores que moldean las acciones y pensamientos de los seres humanos individuales en las situaciones sociales” (p.4). Frente a esta afirmación, se propone comprender los factores estructurantes de un grupo social como eventos que van construyendo una identidad social e individual.

El estudio de la psicología social en las sociedades establece una importancia crucial en el entorno y el intercambio cultural allí presentado, dando sentido a los procesos sociales en el desarrollo de sus propias dinámicas, normas y formas de convivencia, haciendo que estas acciones en sociedad transformen el comportamiento, la construcción de pensamiento, el sistema de creencias, los estereotipos. Todas estas construcciones simbólicas son transformadas constantemente a partir del sistema de relaciones sociales (interacción e intercambio) entre un mismo grupo, sus eventualidades y con otro grupo social (Seidmann, 2006). En este sentido, la psicología aborda la experiencia subjetiva de las personas, tal como se construye en la interacción social, aportando una comprensión de las relaciones sociales y los intercambios activos dentro de un sistema cultural.

Es así como Seidmann (2003) fundamenta que las construcciones sociales y culturales que establecen los individuos, se cimientan a través de constructos básicos en el ambiente social como normas, roles, grupos, organización y redes sociales. De este modo, Barra (1998) postula

que se hace más clara la forma de “comprender las acciones y pensamientos de los seres humanos individuales en las situaciones sociales” (p.4).

Dado al abordaje psicosocial que esta investigación plantea acerca de la transformación de la identidad de la mujer, a partir de sus experiencias en un territorio con características socio-históricas y espaciales determinadas, la psicología social posibilita el foco más cercano para analizar estas normas, organización y redes, y enlazarlas a perspectivas no individuales, buscando los factores cuyos efectos determinan la autopercepción, y las prácticas cotidianas, además de poder comprender la influencia de los fenómenos micro y macro-sociales en una comunidad rural determinada (Seidmann, 2006).

Citado anteriormente, Barra (1998) explica cómo el estatus, el sexo, las acciones, los procesos cognitivos que se configuran en las creencias, pensamientos e ideas, normas y juicios morales, representan categorías que afectan la interacción entre individuos o sociedades. Por ello, esta investigación centra su estudio en los fenómenos sociales que tienen un impacto contundente en el individuo y su organización, por lo cual la psicología social nos presta un amplio rango de análisis frente a condiciones que moldean acciones, sentimientos, creencias, recuerdos e inferencias de los sujetos con respecto a quienes los rodean.

Desde la perspectiva de esta investigación, la psicología social permite visualizar y comprender el funcionamiento característico de los individuos en su colectivo y su entorno microsociedad, dando importancia al entendimiento de las modalidades en que son representadas las interacciones y el ordenamiento de cada individuo dentro de la comunidad. En este sentido,

este trabajo retoma el concepto de psicología social sociológica, enfocándose en la comprensión de las dinámicas culturales y sociales, y en cómo estas influyen el desarrollo, el comportamiento y la cognición del individuo, convirtiéndose al mismo tiempo en un medio para la construcción de sociedades con unas dinámicas específicas. Este enfoque nos permite abordar las representaciones sociales como método para dar cuenta de las construcciones y las prácticas en la vereda El Porvenir de El Carmen de Viboral que repercuten en la transformación de la identidad de la mujer como un proceso dinámico, histórico, cultural y social.

De este modo, la psicología social y las perspectivas planteadas de intercambio, construcción y dinamismo entre el individuo y la sociedad, proponen un acercamiento al análisis de la manera en cómo se configura dentro del territorio una participación femenina, unas redes sociales fortalecidas, una comunidad organizada, una apropiación y un reconocimiento del entorno como posible precedente de este empoderamiento de la mujer.

Tal cual se expuesto hasta ahora, este trabajo investigativo aborda las transformaciones de la identidad de la mujer rural en un contexto socio-cultural, donde el territorio se ha convertido en un elemento base para el cambio y la búsqueda de dinámicas enfocadas en el cuidado, la preservación, la conservación del espacio y lo que da vida social a la vereda El Porvenir de El Carmen de Viboral. Por tanto, es esencial considerar la perspectiva de la psicología social, para una reflexión y análisis de un ordenamiento y unas prácticas comunitarias, y a la vez es preciso retomar el tema de identidad para observar fenómenos de apropiación, intercambio e interacción en la conformación de un sentido comunitario, individual y territorial.

5.1.2. Identidad individual, de género, social y de territorio. Para resolver la pregunta de nuestra investigación es importante tener en cuenta el concepto de identidad desde lo individual y también desde lo colectivo, considerando tanto la identidad que representa a un grupo, como las características subjetivas de cada uno de los miembros de la comunidad. Así, la formación de la identidad surge de significados sociales, sistemas de creencias, normas y tradiciones existentes en un contexto, causando influencia en cada sujeto, adoptando una determinada imagen y siendo esta representada en el colectivo.

Ahora bien, la articulación de un espacio comunitario posibilita la interacción y el diálogo entre los individuos, siendo un intercambio dinámico entre la apropiación del espacio y la convivencia con los otros. Por ello, el individuo transforma su espacio físico y simbólicamente, y a la vez incorpora dentro de su cognición, afectos, prácticas, sentimientos y formas de actuar frente a su territorio y los otros individuos, siendo esto fundamental en su autopercepción como sujeto y su identidad dentro del grupo (Valera y Pol, 1994). Con esto podemos inferir que el sujeto se construye a partir de su contexto, y al mismo tiempo va modificándose desde sus percepciones e integrando su espacio físico donde él mismo se representa y se familiariza con el entorno y su grupo social.

Al enfocar esta investigación en los factores que han transformado la conducta, las prácticas y el orden social de las mujeres rurales en la vereda El Porvenir, es preciso abordar la identidad, también, desde una perspectiva de género, considerando estructuras de roles que se construyen culturalmente. Desde la perspectiva de género, autores como el psicólogo Martín-Baró (1983) en su texto *Acción e ideología*, señala que la identidad por sí misma no determina

conductas y formas de ser o pensar frente a un colectivo, pues la identidad también inscribe en el sujeto ciertas “oportunidades económicas, ciertos roles sociales y unas formas de comportarse frente a la sociedad” (p.43). Según la elección de género, la sociedad o los grupos sociales asignan un conjunto de funciones que se naturaliza dentro de la convivencia reproduciendo formas de subjetividad y unos roles que se replicarán en los géneros y las generaciones, estructurando desde lo implícito una forma determinada de ser mujer y ser hombre, visibles en las prácticas cotidianas. Todas estas implicaciones en el género dependerán de la cultura, el contexto social y político donde se nace, y esta tendrá la función de reproducir, mantener o modificar los patrones culturales y las estructuras de los sistemas sociales (Baró, 1983).

En el caso particular de la vereda El Porvenir, una parte de la identidad de la mujer responde a una multiplicidad de prácticas y cánones determinados por sus tradiciones y legados maternos, haciéndose visible unas dinámicas históricas en la contemporaneidad como la mujer ama de casa y cuidadora de los miembros de su hogar. En la actualidad se ha venido estructurando una identidad de género que no solo se sitúa en las prácticas familiares, sino también en los intereses participativos que se han reflejado en un ámbito comunitario, proyectados a escenarios políticos, educativos, económicos y salud pública.

Fernández (1996) expone que la socialización inscribe al individuo en un mundo social a través de unas dinámicas sociales, conectado a funciones tradicionales vinculadas a una naturaleza sexual. De este modo los escenarios sociales se ordenan bajo una serie de reglas que dan la caracterización de hombres y mujeres, mostrándose desde el inicio un trato diferencial

entre los sexos, y diferentes métodos de crianza según su propio sexo, dotando de representaciones que se involucran con el género y su identidad (citado por Rocha, 2009).

De otro lado, percepciones contrarias afirman que la elección de género dentro de un sistema social concreto no es divisible dentro de un espectro biológico. Ser hombre o mujer en un espacio compartido se configura en un constructo social e histórico, cuyo eje estructural determina unas formas de pensamiento, acciones y relaciones, que a su vez proporciona unos modelos de vida, una facilidad adquisitiva y unas responsabilidades a asumir dentro de una comunidad (Baró, 1983).

En esta investigación comprendemos entonces que el ser mujer no está sujeto a una categoría estática ni ecuánime, ya que la representación de mujer es construida social y culturalmente por los sujetos y colectivos en los escenarios de la vida privada y comunitaria en el que interactúa una población, y que a su vez este espacio se verá modificado por los cambios sociales que ocurran en él. Al respecto, “Sánchez en su análisis de violencia contra la mujer, reconoce que la categoría de mujer no es única, y que las mujeres experimentamos y vivimos múltiples identidades” (citado en Gutiérrez, 2015, p.173).

En ese sentido, la identidad va a dar respuesta a la pregunta sobre el yo, siendo esta afirmación algo indispensable para todo ámbito cultural, pues es donde se escenifican y transforman estas representaciones (Carbajal, 2019). La identidad de género se convierte en un modo particular en que se autodefine y del mismo modo se reconoce un sujeto inscrito en una sociedad, dando en estas dinámicas unos modelos particulares en sus actividades, por lo que

“un modo de ser particular, la propia o singular modulación de las variantes universales de la cultura en el eje del tiempo y en la dimensión del espacio” (citado en Carbajar, 2019, p.53).

Al definir la identidad de mujer rural no solo corresponde mencionar el género como estructurante de la misma, pues antes de reconocerse bajo un género, el sujeto vincula en su construcción lo psicológico y lo social, definiéndose principalmente como individuo partícipe de un grupo, y en su búsqueda como individuo se verá implicado a definirse bajo un género que establecerá una manera dinámica de comportarse y unas actividades a desempeñar en este espacio. Para Fisher (1990), pertenecer a un género delinea partes del sistema social, en función de las condiciones sociales en que se habita, pero las actividades y las prácticas como género no están condicionadas a una sola manera, pues la identidad que es dinámica y estratégica, se modifica de acuerdo a los sistemas y contextos de inserción que pasan por cada sujeto (citado en Carbajar, 2019).

Según Giddens (2002), “la identidad del Yo es un proyecto distintivamente *moderno*, un intento del individuo por construir reflexivamente una narrativa personal que le permita comprenderse a sí mismo y tener control sobre su vida y futuro en condiciones de incertidumbre” (Vera y Valenzuela, 2012, p.273). La definición que una persona hace de sí misma no sólo deriva de su interacción cotidiana, de cómo se observa y cómo actúa, sino de todos los aspectos que cultural y socialmente internaliza en torno a su Yo. Es de esta manera en que los individuos configuran un sentido a sí mismos en función de sus experiencias, percepciones, su historia particular y los intercambios normativos y de valores vividos en una cultura determinada.

La identidad es entonces un proceso social e histórico conectado a un tipo de realidad concreta que se pone en práctica de manera continua en la vida cotidiana. Sobre esto Erickson (1968), pionero en hablar sobre la identidad, se refiere a esta como una manifestación que afirma la unidad de identidad personal y cultural en un individuo, involucrando el reconocimiento de la singularidad, la unicidad y la exclusividad que permiten reconocerse como único, pero a su vez y de manera significativa, es una construcción social, pues recopila las características y significados que una comunidad emplea para categorizar su realidad, que además posee un carácter dinámico envuelto en contradicciones y procesos de cambio (citado en Rocha, 2009).

Desde una dimensión psicosocial la cultura y el territorio son ejes estructurantes para el desarrollo de una identidad, pues ella está impregnada de un carácter histórico y social. Tal cual como lo manifiesta Rocha (2009) “de manera que la forma en la cual una persona llega a definirse a sí misma y concibe su propio Yo, no es un situación estática e inamovible y mucho menos universal, sino que está supeditada a las condiciones históricas de un momento determinado y a su vez, a la variabilidad intercultural” (Rocha, 2009, p.251). También autores como Araya (2002) exponen que la integración de los individuos a diferentes categorías sociales y la descripción a diversos grupos, es lo que constituye fuentes determinantes en la elaboración individual de la realidad social, y esto es lo que genera visiones compartidas e interpretaciones similares de la realidad y los acontecimientos. En efecto, la realidad de la vida en su cotidianidad es una construcción intersubjetiva, un mundo compartido, lo cual afirma los procesos de interacción y al mismo tiempo de comunicación con los otros. Es así como el

lenguaje y el intercambio juegan un papel decisivo al posibilitar el capital social o la capacidad de adaptación y el conocimiento transmitido de generación en generación.

Los rizomas que se tejen entre la identidad y la naturaleza son intrínsecamente afines. Nos mencionan Altman y Low (1992) que la identidad construye con la naturaleza y el territorio una proximidad íntima, moldeando un comportamiento, una manera de ser y pensar. Estudios acerca de la identidad de territorio, demuestran que las personas poseen una identidad forjada con su lugar de nacimiento y crecimiento. Clayton y Opatow (2003) por ejemplo afirman que “existen conexiones emocionales con los aspectos ambientales particulares de los lugares donde las personas han dado forma a sus autodefiniciones individuales” (p.55). Desde este ángulo, se propone entonces que la identidad puede describirse como una forma de dar orden a la información que se tiene de sí mismo y el lugar que lo rodea, y en esta medida dan sentido y conexión con el mundo natural no humano, “basado en la historia, el apego emocional y/o la similitud, que afecta las formas en cómo percibimos y actuamos en el mundo, la creencia acerca de que el medio ambiente es importante para nosotros y una parte importante de lo que somos” (citado en Carbajal, 2019, p.55). Como resultado, la identidad de territorio proviene entonces de la interacción con el mundo natural y de los contratos sociales con los que buscan entenderse a sí mismo y a los otros.

La identidad del lugar es una subestructura de la identidad, y es considerada como un conjunto de cogniciones ligadas a un lugar donde los individuos desarrollan su vida cotidiana y pueden establecer vínculos afectivos y emocionales de pertenencia a determinados entornos. Los vínculos construidos con el territorio son tan importantes como los establecidos con los

diferentes integrantes del grupo, siendo estructurante el espacio y los significados socialmente elaborados referentes a ellos, donde la persona ha ido integrando a sus relaciones espaciales (Valera y Pol, 1994).

Estos mismos autores, Valera y Pol (1994), refieren que a medida que un grupo social se sienta históricamente ligado a un territorio, se definirá con base a esta experiencia y se diferenciará de otro grupo que no comparte la misma historia o memoria colectiva. Por ello se podría decir que una orientación temporal sustentado en sus tradiciones y el espacio demográfico, es suficiente para consolidar la identidad territorial de un grupo y una orientación hacia una prevalencia y transmisión de esta a sus generaciones venideras.

Es importante mencionar que por la lejanía que tiene la vereda El Porvenir hacia los recursos y dinámicas urbanas, la ubicación de las personas en la estructura social ha sido aislada y mantenida bajo costumbres tradicionales, generando con ello un intercambio más cohesionado y una permanencia cultural dentro de su experiencia. Esta poca interacción en los contenidos conversacionales con otros grupos, generan una exposición selectiva y una interacción más interna de sus propias representaciones. Esta experiencia condiciona la relación con la naturaleza desde su economía, sus recursos, sus experiencias sociales y el conocimiento que adquiere sobre el territorio (Araya, 2002).

El entorno se incluye de este modo como un concepto de la identidad social del individuo, centrándose esta relación como parte del conocimiento del lugar y su pertenencia a un entorno concreto, extendiéndose a un significado valorativo y emocional incorporado a esta pertenencia.

Por tanto, las relaciones establecidas entre individuos con el entorno que habitan no solo se limitan a un relacionamiento físico, sino que este intercambio también sucede a manera de un código simbólico, donde los individuos transmiten determinados significados sociales, los interpretan y reelaboran, en un proceso de intercambio constante que enriquece sus perspectivas y realidades sociales, generando lo que Hunter llama *comunidades simbólicas* (Valera y Pol, 1994).

Es entonces el entorno un escenario físico que construido cultural y socialmente como territorio desarrolla en la cotidianidad de los individuos en una elaboración e intercambio constante de interacciones simbólicas que se comparten, afirman y reconstruyen en determinado espacio, creando una territorialidad (identidad asociada al lugar) a partir de identificaciones con él, por medio de un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos (Valera y Pol, 1994). Por eso el territorio habitado por un grupo determinado supera la dimensión meramente física y adopta una dimensión simbólica y social para los individuos y una comunidad.

Para autores como Seidmann (2006), la realidad cotidiana del individuo está objetivizada, es decir, el individuo llega a un ambiente cuyo orden y lógicas están establecidas antes de que el sujeto entre en escena. Es el lenguaje entonces el encargado de inscribir al sistema de símbolos y al designio de los objetos de un entorno específico, disponiendo un orden de sentidos y significados. De otro lado, Pons (2010) explica que “la sociedad o entorno es un tejido de interacción simbólica que crea a la persona, y la persona a través de la interacción, crea la sociedad (Sabucedo, D’Adamo, y García, 1997). Por tanto, la relación entre la psique y

la sociedad es contemplada como algo que va más allá de dos realidades que se vinculan entre ellas, pues ambas constituyen un todo intrínsecamente entrelazado, siendo la dimensión social constitutiva de la dimensión psicológica. La sociedad son los individuos y, además, está dentro de cada uno de ellos” (citado en Pons, 2010, p.25).

Ahora bien, para comprender la forma en cómo los procesos de identidad del sujeto se dan bajo un ambiente de símbolos en interacción e intercambio constante, tomaremos el concepto de interaccionismo simbólico comprendiendo la manera en que el mundo de los significantes da un orden social donde las relaciones entre los individuos son esenciales para la construcción social, cultural e histórica.

A partir de los conceptos del interaccionismo simbólico, Blumer (1982) expone que los seres humanos están inmersos no solo en un entorno en particular que hace a los individuos regularse y crear esferas de comportamiento, sino, que este ambiente está dotado de símbolos en un ambiente físico, permitiendo la adquisición de procesos sensoriales y perceptivos donde se desarrollan los símbolos. En estos entornos sociales se configuran habilidades de aprendizaje, memorización y comunicación simbólica. Los símbolos aprendidos y reproducidos son abstracciones mentales del mundo real, o como se mencionaba anteriormente, son producto “del ambiente psicológico” del grupo social, y son dotados de símbolos que se representan a su vez por medio de ideas, palabras o actos.

Uno de los principios fundamentales del interaccionismo simbólico es que todo sistema social humano está compuesto por la participación activa de personas involucradas en una

acción. Así, la base de los significados construidos socialmente están implícitos e introyectados en la conducta social o en la naturaleza en su relación con tal conducta. Los significantes son entonces las representaciones o contenidos simbólicos que tiene un objeto o un espacio dependiendo de la relación que instaure un individuo con él.

Como lo expresa Mead (1932-1985), la conducta y la forma de relacionamiento del grupo social no solo se abordará desde la observación, sino que se tomarán en cuenta narrativas y relatos que expresan la subjetividad, teniendo cercanía a lo simbólico del individuo y su sociedad; pues la interacción y comunicación surgen como fenómenos sociales con la capacidad no solo de promover una reacción en el otro, sino que estas interacciones tienen una reacción en las comunidades como un todo, es decir, se genera con los propios comportamientos una dinámica organizada.

Con base en lo anterior, la comunicación permite que exista un mejor ordenamiento social y además posibilita inscribir a los sujetos como parte de un grupo específico al ser dotados de significantes. Frente a la perspectiva de Goffman, se señala que “solo la organización social permite al individuo identificarse como ente propio, coherente con su medio y que se asuma, a su vez, como un “otro”. El individuo “es” todos, porque así la comunidad social se convierte en factor determinante en el pensamiento del sujeto” (Mercado y Zaragoza, 2011, p.165).

Es así como la experiencia individual que se encuentra en constante construcción con el mundo, va generando un escenario de símbolos que le dan un sentido, unas acciones y unas formas de relacionarse subjetiva y colectiva creando una narrativa de la vida y del sí mismo,

por tanto una identidad individual y social; es decir, la forma particular en que se experimenta la vida va generando un tipo de vínculo, unos lazos sociales que le permiten al sujeto reconocerse y sentirse parte (apropiarse) de una sociedad o un entorno.

La psicología social, su enlace con la teoría del interaccionismo simbólico y las representaciones sociales nos guiarán hacia el análisis de la identidad de la mujer en la vereda El Porvenir del municipio de El Carmen de Viboral, según su comportamiento, sus actividades y las funciones que desempeña en este territorio. Las interacciones entre individuos y los símbolos impresos en ellas con las que configuran en una sociedad un ordenamiento, un pensamiento colectivo y una participación comunitaria, generando unas funciones en el espacio y un modo de relacionamiento particular.

Otros autores como John Dewey, plantean el interaccionismo como experiencias que se suman a una estructura de pensamiento, en la cual se generan reflexiones prácticas y útiles para la convivencia, la resolución de problemas y una cotidianidad, defendiendo las construcciones de pensamiento y adaptación como actividades ejecutadas desde el ejercicio creativo y constructivo de una comunidad. Esto es resultado de la acumulación de conocimientos, experiencias e interacciones previas introyectadas, evaluadas y estructuradas (Mercado y Zaragoza, 2011).

En el contexto de la vereda El Porvenir, dichas interacciones actuales de la comunidad evidencian un papel activo de la mujer, pues ellas son quienes se han hecho cargo de la educación, cierta parte del área económica, doméstica y además política. Por ello es

fundamental la búsqueda de las interacciones e intercambios que han conformado y transformado su identidad en escenarios de participación social, las actividades dentro de sus casas y en la comunidad, promoviendo una acciones económicas, sociales y culturales en colectivo, posibilitando un mejoramiento político y un cuidado de su territorio.

Para comprender la forma en que ocurre y se construye un ordenamiento social, es importante analizar las actividades y dinámicas cotidianas que representan una realidad social en la mujer rural de la vereda El Porvenir, estableciéndose estas conductas a partir de la interacción con su comunidad, su entorno y consigo mismas.

Para dar un mejor análisis a estas dinámicas a observar, el concepto de representación social dirige a un abordaje desde la construcción interna y simbólica del individuo dotando las imágenes y los objetos que la rodean de símbolos, y modificando o reafirmando su percepción y realidad. Sobre esto, cabe destacar que esta teoría se aborda como eje importante para comprender la transformación de la identidad en la mujer en la vereda El Porvenir.

5.2. Las representaciones sociales en torno a la mujer rural

5.2.1. ¿Qué se entiende por representaciones sociales? En relación con el interaccionismo simbólico y la identidad, las representaciones sociales sintetizan las construcciones simbólicas que actualizan y modifican las formas de interacción de un grupo determinado, siendo estos símbolos influyentes en el entendimiento y comunicación de una realidad compartida. Los constructos culturales como los mitos y los sistemas de creencias son parte de la realidad social que se transmiten y constituyen elementos de carácter simbólico, ya

que poseen la función de dotar de sentido una realidad objetiva, adquiriendo este espacio una representación del sí mismo, y conformándose de manera familiar (citado en Álvaro y Fernández, 2006). Es entonces a través del símbolo que se construye un sentido sobre las facetas icónicas, dotando de cierta identidad y generando un consenso sobre lo ya establecido.

Las imágenes u objetos visibles dentro de una estructura social representan de manera particular algo para cada individuo según la experiencia que haya tenido, y se verá confirmado o provisto a transformarse durante el intercambio con otros sujetos. En estos objetos se inscriben todos los eventos que suceden en una época histórica. Es en este proceso donde la representación forma parte de la construcción histórica del orden social. La imagen representa, por lo tanto, “el campo donde objetivamos y categorizamos todo un acervo de creencias sobre las que se asentaba y se asienta el orden moral, así como los valores y conductas que acompañan a dicho orden. Todo poder se gestiona a través de un sistema ideológico que necesita de una imagen que le represente” (Álvaro y Fernández, 2006, p.75).

Es así como las representaciones sociales corresponden a una contracción y acción del pensamiento, donde el sujeto se relaciona con un objeto y por medio de distintos mecanismos emocionales y cognitivos este objeto se sustituye por un símbolo y de esta manera el objeto es representado de manera simbólica en la mente del sujeto (Materán, 2008). Asociado a esto, Jodelet (1984) plantea que:

Las representaciones sociales se caracterizan de manera más genérica como entidades operativas para el entendimiento, la comunicación y la actuación cotidiana. Esto es, como conjuntos estructurados o imprecisos de nociones, creencias, imágenes, metáforas y

actitudes con los que los actores definen las situaciones y llevan a cabo sus planes de acción. (citado en Materán 2008, p.245)

Se comprende entonces que las representaciones son expresiones de la vida cotidiana producidas a partir de la experiencia del individuo o un grupo poblacional mediante el sentido común, las cuales elaboran por medio de situaciones que tienen algún tipo de afección, como una enfermedad, un conflicto y etapas de crecimiento. También las representaciones sobre los objetos emergen y se transforman de modo dinámico, pues es la experiencia la que posibilita las dimensiones para la construcción de representaciones nuevas.

En este mismo texto se expresa que la representación social implica la construcción o la transformación, ya que en el proceso de representación de un objeto, el sujeto integra a partir de su realidad y esta interpretación se basa en valores, normas, religión, eventos, roles sociales y otros aspectos históricos y socioculturales. La interpretación de esa realidad no es una impresión exacta, esta se transforma y se construye individualmente. Es por ello que la representación se asocia a la comunicación e interacción con otros y las prácticas sociales en una comunidad. Es aquí donde se resaltan los aspectos fundamentales de esta teoría elaborada por Moscovici, en donde las representaciones no solo se componen en la subjetividad, pues también están conformadas en la cultura, la sociedad y el mundo, permitiéndole al sujeto orientarse en un plano material y social, dominando y conformando un código para el intercambio social y la clasificación de aspectos de su historia (Materán, 2008).

Como se ha venido señalando, durante esta investigación se comprenden las representaciones sociales como un conocimiento práctico de la vida cotidiana de una comunidad determinada, haciendo evidente una forma de conociendo, unas experiencias históricas y una socialización en el interior de las dinámicas comunitarias. Este saber es construido mediante la interacción, la comunicación, el intercambio de símbolos y la experiencia en el territorio que va codificando y transformando modelos culturales, estereotipos y formas sociales de convivencia.

En relación a ello, Ragel (2009) habla de las representaciones como un escenario del conocimiento de las comunidades, que alberga su forma de pensar e interactuar con los otros. Dicho antes, estas dinámicas se refieren a la realidad conocida por medio de la experiencia y los significados que revisten unos objetos socialmente valorados colectivamente. Esta cuestión además, lleva a considerar la intimidad entre el sujeto y el objeto de la representación, notándose que el objeto es un prolongamiento, una extensión del comportamiento del sujeto y su definición (concepto e imagen) resulta de su percepción personal y de las informaciones que recibe, asimila, reconstruye y divulga en los procesos de interacción y comunicación social.

Dicho de otra manera, el conocimiento y proximidad con el objeto, se adhieren a la identidad o al self, a un sí mismo del individuo, convirtiéndose este objeto en algo familiar y cercano e insertándose estos objetos a un sistema simbólico del Yo, y unas representaciones compartidas e individuales. Por ello, la vida cotidiana, las prácticas campesinas, la convivencia con el grupo social y las situaciones ocurridas históricamente en la vereda El Porvenir, son los principales escenarios de incorporación y observación de las representaciones sociales.

Para una mirada a profundidad, Moscovici en su libro *El psicoanálisis, su imagen y su público* propone tres dimensiones existentes en las representaciones sociales capaces de brindar mayor análisis al contenido y el sentido de las mismas, por lo que se contemplan la dimensión de la actitud, la información y el campo de representación. Así, explica que en la primera dimensión, la actitud hace atribución a todos los vínculos que se construyen alrededor de un objeto, siendo las relaciones que teje el individuo con el mundo que lo rodea, favorable o desfavorable, traduciendo sus experiencias y valores a sí mismo. Esta dimensión es posiblemente la más perceptible pues su componente conductual y aparente permite ser mejor estudiada dada su implicación comportamental y motivacional (citado en Mora, 2002, p.10).

De otro lado, la dimensión de información corresponde al contenido u organización del conocimiento sobre los objetos representados. Así mismo “esta dimensión conduce necesariamente a la riqueza de datos o explicaciones que sobre la realidad se forman los individuos en sus relaciones cotidianas” (citado en Mora, 2002, p.10).

Como tercera dimensión, el campo de representaciones configura las nociones de imagen, modelo social y organización jerárquica de los elementos. Por tanto el conocimiento de las representaciones sociales posibilita comprender las formas significativas de visión y la interpretación que se le da al mundo. Cuando se integra en el individuo una representación sobre un objeto, conforma un conjunto de actitudes, opiniones, imágenes, creencias, vivencias y valores presentes en una misma representación social (Mora, 2002).

La intención de esta investigación, como se ha expuesto, se centra en comprender por medio de las representaciones sociales los saberes inscritos en las dinámicas campesinas de la vereda El Porvenir y los procesos simbólicos que se relacionan con unos comportamientos, pensamientos sobre la mujer y sus roles en el territorio. Con la descripción de las dimensiones anteriores, se hace más explícito el campo y los fenómenos a observar y analizar durante la investigación, posibilitando una mejor proximidad hacia las dimensiones y la elaboración de las representaciones sociales en dicho contexto. Comprendiendo las visiones particulares y colectivas sobre su realidad y el entorno que los rodea.

Las representaciones sociales se integran entonces al interaccionismo simbólico por medio de los significados puestos a los objetos y transmitidos a través del lenguaje, construyendo colectiva e individualmente un mundo en el que viven. Al respecto, afirma la investigadora Araya (2002) que:

La función de los aspectos simbólicos y de la actividad interpretativa de las personas, sin embargo, no admite que la construcción de la realidad pueda resumirse a su interpretación. Esto significa que las matrices socioestructurales y los entramados materiales en los que están inmersas las personas definen su lectura de la realidad social, sus claves interpretativas y refuerzan en su visión de la realidad una serie de condicionantes que reflejan sus inserciones en la trama socioeconómica y en el tejido relacional. (p.19)

Sobre esto, es evidente que el contexto y lo que pasa en él es estructurante para el desarrollo e introyección de la imagen (significados) de un objeto, conformando un sistema de

normas y valores en los cuales se inscribirá todo un grupo, siendo las características económicas, sociales e históricas lo que determina una institución social.

Dentro de la dinámica de las representaciones sociales, el anclaje, la objetivación y la naturalización son procesos por los cuales las representaciones sociales se configuran dentro de la simbología del sujeto. El procesamiento de anclaje se refiere a la forma en que saberes e ideas sobre un objeto determinado, entran a hacer parte de las representaciones individuales por medio de una serie de transformaciones (Mora, 2002). La función del anclaje es entonces la incorporación de los “objetos” nuevos en información conocida o familiar, dando en este sentido un grado de proximidad al objeto y a la experiencia.

La objetivación por su lado, da cuenta de la incidencia de las estructuras sociales sobre su propia formación y a la vez interviene en los esquemas de representación y cómo estos entran a hacer parte de la elaboración de nuevas representaciones (Mora, 2002). La función de la objetivación por el contrario, es tomar los imaginarios o símbolos ya categorizados dentro de las representaciones del sujeto o el colectivo, desplazándolos hacia los objetos nuevos.

La naturalización descrita por Moscovici es la “transformación de un concepto en una imagen, pierde su carácter simbólico arbitrario y se convierte en una realidad con existencia autónoma” (Araya, 2002, p.36). La imagen sustituye de este modo la realidad, acortando distancias entre lo abstracto y el sujeto. La realidad se convierte en una narrativa realizada por el sujeto y a esto se le llama imagen, y con estas imágenes se construye finalmente la realidad cotidiana. Dicho de otro modo, la naturalización y la creación de imágenes son un proceso

subjetivo con el que se comprende el mundo circundante. “Actuando conjuntamente y por su función integradora, el anclaje y la objetivación sirven para guiar los comportamientos. La representación objetivada, naturalizada y anclada, es utilizada para interpretar, orientar y justificar los comportamientos” (Araya, 2002, p.37).

Para concretar esta conceptualización, entenderemos que las representaciones sociales son una modalidad del conocimiento en que los individuos elaboran entre sí unos comportamientos y una forma de comunicarse. Al respecto, nos aclara Moscovici que “la representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación” (citado en Mora, 2002, p.7).

El papel principal de las representaciones sociales durante esta investigación, recaerá en desarrollar un análisis y una observación de la vida cotidiana a partir de las actividades realizadas en El Porvenir, teniendo acceso a un ambiente social construido por un intercambio, con contenidos actuales e históricos que proporcionará un saber sobre la composición de la identidad de la mujer rural de dicha vereda. Al fundarse las representaciones sociales en categorías simbólicas y figurativas, es posible atrapar a partir de los objetos, sus matices simbólicos que dotan de sentido y símbolos su realidad a partir de las diferentes narrativas sobre su experiencia.

Al centrarse la investigación en la mujer rural de la vereda El Porvenir, es importante indagar por las representaciones sociales que se hacen presentes en su formación como mujer

en dicho territorio, conformando desde estos símbolos un papel activo y participativo dentro de unas dinámicas específicas en el territorio como lo son la educación, el ámbito políticos, la preservación cultural y las festividades comunitarias. A raíz de estas representaciones inmersas y expresas en su comportamiento, la comunidad se ha movilizadado hacia la defensa, la conservación de tradiciones, y se ha construido un sentido de apropiación cultural y territorial, posibilitando a todo el grupo social visualizar problemáticas existentes en el territorio y tomar decisiones sobre los asuntos que los afecta. De este modo, dentro del accionar de la comunidad se ha establecido un tipo de símbolo sobre la comunidad y el territorio que ha orientado algunos actos hacia un mantenimiento del colectivo y una construcción constante de lo que es su entorno. Por ello es indispensable abordar el concepto de mujer rural, comprendiendo de manera más explícita y contextualizada su definición para esta investigación.

5.2.2. Aproximaciones al concepto de mujer rural. El concepto de mujer rural ha tenido diversas aproximaciones, abordándose desde una perspectiva de género y creando categorías desde sus actividades económicas, culturales e históricas, considerando una definición múltiple y a su vez nos señala una suerte de innumerables vulneraciones a sus derechos. Como se expresó anteriormente, no hay una definición exacta para argumentar el ser mujer, pues la diversidad de sus maneras depende de la cultura y la sociedad en que habitan. Para dar inicio y contextualización sobre qué argumentos tomar y hablar sobre las mujeres rurales en esta investigación, se abordará brevemente el papel de las mujeres en el contexto histórico colombiano.

En el contexto Colombiano y también en América Latina, la identidad de género ha estado influenciada por la religión católica, replicando un modelo machista. Desde tiempos coloniales la jerarquía de los hombres se ha hecho presente desde la relación de clases y etnias. Las mujeres blancas de élite fueron sometidas a la castidad, a ser piadosas, serviciales y moralistas, mientras que las indias y mulatas servían como objetos de placer. Cierta número de mujeres en la ruralidad se exponen a numerosas horas de trabajo, y generalmente le son negados algunos recursos y su control sobre ellos, han sido excluidas de la educación, sometidas a violencias y maltratos (Meertens, 2000). La representación de mujer, que es en algunos casos vigente, ha estado inscrita en la reafirmación del hombre, siendo este quien dota de carácter y valor las acciones, el cuerpo y los pensamiento de las mujeres, justificando en un orden cultural todo una negación del sujeto femenino.

Por su lado, Medrano y Villar (1988) encuentran en dos estudios realizados a las mujeres del campo y su función en él, que la economía campesina familiar de la cual hacen parte, genera una depreciación salarial de su mano de obra y a la vez un aumento en sus actividades, debido a las prácticas domésticas, determinan además, la existencia de una doble jornada de empleo y en algunos casos triple jornada de empleo: laboral, agraria y doméstica.

Vemos como la mujer de la ruralidad ha relacionado y acoplado sus saberes agrícolas con tareas domésticas, teniendo extensas horas activas y poca remuneración en su trabajo, convirtiéndose los escenarios de participación cívica y política en un espacio para difundir sus ideas socialistas desde las sociedades obreras en los años veinte y treinta (Meertens, 2000). Es entonces a partir de la participación política y la visualización conjunta de sus problemáticas,

donde las mujeres han construido una nueva perspectiva de sí mismas y han buscado alternativas que promuevan sus derechos sociales y económicos.

Se encuentra en el congreso de la república en la Ley 731 del 2002, que la mujer rural es aquella que desarrolla su actividad productiva en el campo o tenga alguna relación con el entorno rural, así ella no resida en él o su actividad no sea remunerada ni reconocida por los sistemas de medición e información del Estado. Igualmente, de acuerdo con la economía del cuidado artículo 2 de la Ley 1413 de 2010, las mujeres campesinas también desempeñan un trabajo no remunerado realizado en casa, relacionado con el cuidado de las personas del hogar o la comunidad, mantenimiento de la fuerza de trabajo remunerada, haceres domésticos y cuidados generales, los cuales no son percibidos bajo la retribución económica directa, siendo esta categoría de trabajo fundamentalmente importante para el sostenimiento de la economía en una sociedad.

La mujer rural desde la perspectiva de esta investigación no solo se representa en una actividad desempeñada en el campo, ser mujer rural incide sobre una serie de conceptos históricos de luchas, vulneraciones y transformaciones de sus derechos. Sobre esto, Farah y Pérez (2004) argumenta que lo rural trasciende lo agropecuario y agrícola, aportando desarrollo a la formación de la cultura en el campo y por esta misma razón el desarrollo rural debe hacerse paso a una equidad de género.

La mujer rural ha llevado a cabo diferentes actividades en aras de la construcción de una territorialidad, las cuales se han dirigido principalmente a las labores de su núcleo familiar que

se despliega intergeneracionalmente de manera tradicional. Al hablar de una mujer campesina se plantean funciones de carácter comercial y de servicios. Según el libro de Dora Isabel Díaz, *Situación de la mujer rural colombiana*, las mujeres emplean su tiempo para ejercer labores pecuarias, agrícolas, domésticas y artesanales en proporción de tiempo y esfuerzo más elevadas que los hombres. De manera más concreta, las mujeres se dedican al sector terciario de la economía campesina, donde el 50% de las mujeres participan (Díaz, 2002, p.29).

A nivel de la organización comunitaria y del sector público, la mujer rural en Colombia ha logrado incidir de manera importante y generar cambios en cuanto a la inclusión política y organizativa; de igual modo en programas del gobierno, también en el sector privado e internacional, generando mayor participación en diferentes escenarios. Es así como la mujer que habita el campo se va a considerar como un sujeto activo dentro de las actividades rurales que abarcan espacios comunitarios, económico y políticos. A partir de lo planteado anteriormente, entenderemos a la mujer rural como un sujeto social que más allá de desarrollar las actividades antes mencionadas, se consolida como un actor partícipe de los procesos socio-culturales que se dan en un territorio, determinando no solo aspectos familiares, sino también elementos económicos, educativos y políticos, como la participación comunitaria (Díaz, 2002).

Finalmente desde nuestra perspectiva, las representaciones de la mujer rural no solo se buscarán desde un ángulo económico ni doméstico, también estas representaciones se buscarán en los procesos educativos, en los que ella se desenvuelve en la vereda El Porvenir como docente y promotora en la formación de procesos políticos, sociales y culturales que involucran niños y jóvenes de las comunidades rural.

5.3 Mujer, participación y territorio

5.3.1. La participación desde la perspectiva Social Comunitaria. Centrándose esta parte en la participación de la mujer dentro de las dinámicas de organización comunitaria y de sector público, algunas mujeres de la ruralidad colombiana han logrado incidir de manera importante en el manejo de estrategias ordenamiento y transformación social, generando cambios en cuanto a su inclusión en diferentes escenarios políticos y culturales. Esta inclusión hacia una toma de decisiones y una apropiación de sus espacios sociales, proporciona una conexión directa con las necesidades sociales y una capacidad reflexiva de sus propios procesos. Alrededor de ello, Ortiz (1999) manifiesta que “los movimiento sociales podrían desarrollar conciencia acerca de sus necesidades, lo que ya representa un momento de libertad” (p.106). Esto representaría un desplazamiento de los modelos domésticos de la mujer hacia unas acciones colectivas de cambio social, a un autoconcepto de autodeterminación de sí mismas y autonomía.

Respecto a la emancipación femenina, Meertens (2000) menciona que durante las últimas décadas la participación las mujeres campesinas en organizaciones autónomas ha incrementado, destacando por ejemplo el papel femenino presente en las invasiones de predios y tierras en la época de los setenta y ochenta que dio lugar a la conformación de organizaciones indígenas y campesinas, dando una mayor visibilidad en escenarios políticos. Como consecuencia, desde su momento esta irrupción ha generado una serie de conflictos con las contrapartes masculinas en los hogares campesinos y en espacios públicos.

Al hablar del tema de participación es concreto abordar el concepto de empoderamiento, pues en este ocurre un proceso en que se desarrolla habilidades de liderazgo, un acercamiento al poder y está estrechamente relacionado con la participación, la capacitación y la organización de contextos sociales (FAO, 2018). Para acercarnos a una definición más explícita de lo que es el empoderamiento o lo que Rappaport denominó como *empowerment*, comprenderemos esto como un poder que los individuos tienen sobre sus vidas y que les permite una relación democrática en comunidad en la cual participan. Se ve este concepto como emerger de un autoconocimiento que posibilita la apropiación de unas características autónomas y activas, siendo estas compartidas en los escenarios sociales.

Es importante señalar dentro de la participación las acciones individuales que en determinado punto se colectivizan al estar enfocadas en derogar las injusticias y desigualdades sociales, promoviendo alternativas dentro de los sistemas sociales. Rappaport construye el concepto *empowerment* para nombrar el control y responsabilización del sí mismo, llevando a una participación democrática en colectivo (Buelga, 2007).

Ortiz (1999) señala que esta determinación dentro de un sistema relacional donde el ser humano está en constante interacción con su medio, forjando un proceso dinámico cuyo fin son las relaciones dentro de un microsistema en el cual interactúa. Así, el *empowerment* es para esta autora un “proceso por el cual los individuos, grupos, organizaciones y comunidades desarrollan un sentido de control sobre sus vidas, que les permite actuar eficientemente en el ámbito público, permitiéndoles además, tener acceso a recursos, y promover cambios en sus contextos comunes” (p.103). Se comprende entonces como un proceso de autonomía, con la

capacidad de actuar sobre sí mismo sin ejercer un control sobre los otros, incursionando en el ordenamiento de actividades y transformaciones sociales.

En esta misma línea, Ortiz (1999) describe que el proceso del empowerment llevará paulatinamente a unas transformaciones en la búsqueda de la igualdad, derogando las relaciones opresivas y orientándose a un vínculo horizontal. Estos procesos de empoderamiento y emancipación social que se hacen presentes en la participación, posibilitan una apertura al conocimiento de las necesidades comunitarias, al mismo tiempo en que se afirma la autonomía y el poder sobre sí mismas. Las mujeres de la vereda El Porvenir se han permitido abordar espacios políticos, donde la búsqueda de nuevas alternativas económicas y culturales, han posibilitado una convivencia pensada en el bienestar común.

Los procesos de participación e inclusión en los que se adentra la voz de la mujer, hace explícita la petición de las necesidades en la ruralidad, implicando la presencia de muchas mujeres en el estatuto del Estado y presentándose en los movimientos activos rurales. Estos elementos han permitido a las mujeres impulsarse bajo el fortalecimiento mutuo y movimientos organizados, generando en sus comunidades un reconocimiento de sus labores en el desarrollo social e impulso del campesinado (Gutiérrez, 2015). A partir de esto, las mujeres rompen estructuras y prejuicios culturales sobre sí mismas, fomentando una solidez y constancia en los grupos de mujeres. Se cambia así los estereotipos de género sobre la mujer campesina transformando los esquemas sociales de lo correcto. Solano (2006), afirma que la organización de mujeres en escenarios rurales ha permitido una desmitificación del ser mujer,

proporcionando otras lecturas, transgrediendo espacios y dando un nuevo rumbo a las luchas y a las mujeres en su construcción.

De otro lado, Gutiérrez (2015) expresa que todos estos movimientos recuperados por las mujeres provocaron en la región colombiana un ambiente de reconocimiento y autonomía para ellas, pues su labor de campesinas se dignificó salarialmente con el acceso a tierras, créditos y derechos legales y civiles que antes se les habían negado. Con la creación de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (ANMUCIC) en 1985, las mujeres conformaron una organización de carácter femenino independiente siendo las necesidades particulares, sus vulneraciones y sus derechos expuestos a transformación.

Al formar las mujeres parte de una comunidad, estas son reflejo de unas dinámicas y transformaciones que ocurren en su espacio. Acotando a un ámbito participativo, la construcción de otras alternativas organizativas en una comunidad posibilitan la transformación de todo un escenario social. De esta forma, Ospina (2009) describe que a partir de la experiencia de la vida cotidiana y al generarse en el individuo una sensación de apropiación en una comunidad, los afectos, valores y símbolos compartidos se expresan en una conexión emocional, posibilitando cierto tipo de estados conscientes por cada aporte que los miembros realicen. La transmisión de seguridad emocional, tener la confianza de dejarse influir e influenciar en los otros, la sensación de proveer para resolver necesidades son algunos de los logros producto de esta construcción y ese sentimiento de comunidad.

Con lo anterior es posible deducir que la participación activa de las mujeres en un territorio comunitario, y en este caso el territorio de El Porvenir, podría generar unas dinámicas distintas que posibilitan en la comunidad unas formas particulares de experimentar su espacio social. En efecto, a medida en que la voz de las mujeres tienen más consideración y valor dentro del pensamiento de la comunidad, estas formas, necesidades y valores se van modificando en la construcción de la realidad del grupo social, configurando y transmitiendo unos modelos más inclusivos y pensados también para las mujeres.

Ospina (2009) explica que las mujeres a partir de “sus narraciones, sus rituales y los símbolos utilizados, están contando la historia no-dicha y silenciada de una comunidad y de una nación que pareciera debilitarse frente a la imperiosa fuerza del olvido” (p.17). De ahí, la importancia de la presencia y voz de la mujer en los escenarios sociales y políticos nos presenta entonces un instrumento de transformación histórica y política, pues el quebranto de su silencio y la representación a partir de sus realidades muestran otras formas no conocidas y unas maneras diferentes de simbolizar, recordar, construir y transformar un contexto sociocultural, dando alternativas a las prácticas económicas, narrativas y sociales en su comunidad.

Por lo dicho, el papel de la mujer en la comunidad es bastante importante para el desarrollo de discursos y actividades inclusivas que posibiliten una construcción de autonomía donde ellas mismas sean las que se empoderen de sus problemáticas, su contexto y sus alternativas. En relación a ello, Medrano y Villar (1988) expresan que la participación de las mujeres fomenta en ellas una capacidad de poder sobre sí mismas que no se extiende sobre los demás, más bien se propaga en capacidad de fortalecer a los otros. La autonomía es entonces un

proceso de poder al definirse a sí mismas como agentes de cambio y productivas, con capacidades de promover programas y políticas de desarrollo comunitario.

Las organizaciones y colectivos políticos de mujeres se extienden a priorizar los menesteres de las otras mujeres, produciendo en su actividad una lucha en conjunto que facilite y promueva la mejora en todo el grupo, por ello el liderazgo de una mujer pasa a ser liderazgo colectivo, donde las voces se encuentran a hacer justicia sobre las necesidades de toda una comunidad, ellas emplean un trabajo en grupo donde son interlocutoras y gestoras de las necesidades de otras mujeres (FAO, 2018). El liderazgo una mujer pasa a ser liderazgo colectivo constituyendo un grupo de mujeres defensoras multicausales, este movimiento llega a ser motor de visibilidad social y política. Los procesos colectivos permiten el reconocimiento de las otras mujeres como iguales, enmarcando sus movimientos individuales a liderazgos colectivos y horizontales.

Sin embargo los cambios que se han generado a partir de la participación de las mujeres en los escenarios políticos no han excluido las funciones que tienen ellas en las dinámicas domésticas, presentándose estas como un factor de carga dentro de todas las labores desempeñadas en su cotidianidad; el espacio público que ellas han conquistado hace que sus responsabilidades y roles redunden. Medrano y Villar (1988), nos especifican que la división sexual y de género no solo ha incrementado las tareas de las mujeres en su comunidad y familia, a pesar de esto ellas han generado una mayor organización y eficiencia a la hora de desarrollar actividades culturales. Se presenta este factor como un punto focal y de análisis para la equidad de género, viéndose no solo la participación de las mujeres como eje transformador

hacia nuevas formas igualitarias y constructivas de equidad, también mostrando la distribución de roles como otro escenario a replantear.

Continuando en la contextualización del papel participativo de la mujer , el libro de Gutiérrez (2015) *Mujeres indígenas y campesinas*, reconoce que las mujeres participativas de las comunidades rurales han aportado mucho al mejoramiento de sus vidas y del colectivo del que hacen parte, empleando mecanismo y estrategias locales que resaltan la actividad colectiva constructora de paz y otorgando a estas organizaciones una forma de resistencia cultural, social y política.

Esta misma autora Gutiérrez (2015) expone que “en estos procesos las mujeres participan y promueven acciones colectivas y mecanismos pacíficos para la construcción de nuevas opciones de vida y de convivencia, logrando ser reconocidas como actores sociales y como sujeto de derechos para así posicionarse como lideresas en sus comunidades y ganar reconocimiento” (p.195). De igual forma Ospina (2009) expresa, que debido a la dificultad de participación que encuentran las mujeres en los escenarios de políticas públicas a nivel nacional, ellas han encontrado en sus comunidades un espacio de participación social y política representándose de manera tácita a sí mismas en los espacios públicos, generando redes de apoyo y fortalecimiento con las otras mujeres, así desarrollando prácticas de memoria y transformación social.

Estos cambios producto de la participación de la mujer en los escenarios políticos rurales, ha alcanzado un equilibrio desde una perspectiva organizativa y una visibilización paulatina de

la mujer, incurriendo esto en la calidad de vida y en la representación social de las comunidades a las cuales pertenecen. La mujer abordada en esta investigación es también promotora de un cambio social dentro de su territorio rural, donde la incidencia en los espacios políticos ha venido transformando modelos de representación económica y social, de este modo construyendo un lugar para ellas en la comunidad. De otro lado, Díaz (2002) se refiere a la mujer rural desde su participación en procesos de resistencia social expresando lo siguiente:

Las campesinas han participado en forma directa y masiva, en particular en los momentos álgidos de lucha, en las tomas de tierra, en las movilizaciones, en acciones de presión por la libertad de los presos, en la defensa de las comunidades en desalojos y enfrentamientos con la fuerza pública. La presencia masiva de mujeres en períodos intensos de las luchas es una de las características de la participación femenina en el campo y en la ciudad en diferentes países y cumple una función de congregación de la población femenina alrededor de la defensa y apoyo a la comunidad. (Díaz, 2002, p.13)

En consecuencia, las mujeres han tenido una incidencia bastante marcadas en la representación de ellas mismas como promotoras de la lucha y el cambio de su contexto. El cuidado de las mujeres se extrapola también a los espacios comunitarios, liderando procesos donde establecen órdenes sociales y a mismo tiempo territoriales, dejando por entendido la fuerte conexión que tiene esta con su lugar de origen, su tierra.

Es importante para la presente investigación conocer los mecanismos políticos vigentes donde la comunidad se apropia para exponer sus necesidades y abordar los temas de organización comunitaria. En la actualidad las Juntas de Acción Comunal han sido espacios

micro-centrales de la ruralidad, allí la participación pública posibilita la comunicación de sucesos con las cabeceras municipales, además es un espacio de discusión y toma de decisiones en la misma comunidad.

Siendo cada territorio un escenario particular desde su construcción histórico-social, cada comunidad tiene dentro de su conformación social políticas inscritas y un ordenamiento interno. La vereda el Porvenir de municipio del Carmen de Viboral cuenta con un grupo organizado de individuos de la misma comunidad llamado Junta de Acción Comunal, encargada de comunicar y gestionar ante la alcaldía y cabecera municipal problemáticas, necesidades, organización y funciones de su territorio donde las mujeres son altamente participativas e inciden en las decisiones a considerar sobre su sociedad y territorio.

La organización comunitaria adquiere importancia, dado que es allí donde se da a conocer los valores humanos y talentos individuales, resolviendo de forma colectiva las problemáticas sociales, económicas y políticas de un grupo social. Las comunidades dentro de sus dinámicas cotidianas precisan una organización que posibilite la comunicación, la socialización y el desarrollo integral de modelos más justos y ordenados de sociedad y colectividad (FAO, 2018).

En la comunidad de la vereda El Porvenir del municipio del Carmen de Viboral, se organizan a través de las interacciones generadas para la consecución de unos objetivos comunes, por lo tanto, las mujeres pertenecientes a esta comunidad realizan de manera consensuada una serie de actividades relacionadas entre sí que contribuyen a la obtención conjunta de los intereses del grupo. Para ello, el grupo a través de sus líderes coordinan una

organización a nivel familiar, comunitario y municipal, intra-grupal (funcionamiento interno de la comunidad El Porvenir), inter-grupal (relación con otras comunidades cercanas o personas) y trans-grupal (relación con el entorno social y físico), que implica comunicación y la creación de interacciones, redes y estrategias sociales, que propician el desarrollo del grupo en estos espacios de interacción (Jaramillo, 2009).

Es indudable que las Juntas de Acción Comunal son una de las formas organizativas más estables, especialmente a nivel rural, por no decir que la única. Constituyen un canal a través del cual se entretajan la mayoría de las relaciones con otros actores sociales y políticos en el ámbito municipal, en una dinámica que llega hasta las veredas. Estas juntas de acción comunal (JAC), son una corporación de civiles sin ánimo de lucro, están compuestas por habitantes de un sector determinado de una municipalidad y su principal función es unir esfuerzo y recursos para visualizar y resolver necesidades más sentidas de una comunidad rural, sea corregimiento o vereda. El nombramiento legal de las JAC se configura bajo el nombre del territorio y continuo a esto el municipio, departamento o independencia a la que pertenezca. En este caso, la vereda cuenta con Junta de Acción Comunal El Porvenir, municipio El Carmen de Viboral.

La población campesina en el país, y para el caso de El Cañón del Melcocho, entiende que una comunidad organizada, dentro de un escenario de desarrollo social, es la forma más rápida y efectiva de encontrar respuesta a sus problemas de servicios e infraestructura, de influir en el mejoramiento de sus condiciones de vida y de fortalecer su capacidad de participación e interlocución con el Estado y el resto de la sociedad (Comunicado El Porvenir).

La acción de la Junta se manifiesta en la búsqueda y gestión de infraestructura, proyectos organizativos, integración comunitaria y en resolver una serie de necesidades sociales y culturales básicas en el territorio. Así mismo por medio de esta organización se vinculan con otras instituciones y otros actores locales. Dentro de las dimensiones de organización que ocurren en la vereda El Porvenir, las JACs es donde se toma las decisiones más importante para la comunidad, dándose los encuentros de manera regulada y siendo las mujeres quienes proporcionan la mayoría de cronogramas y actividades a resolver, dando guía y desarrollo a la participación de toda la comunidad. Además de este modo organizativo, se han emprendido otros movimientos comunitarios en pro de la visualización de problemáticas, asociación y encuentro.

Particularmente en el territorio El Porvenir, la mujer ha tenido un papel importante e incisivo en el mantenimiento de las tradiciones como parte de su identidad y al mismo tiempo, en la transformación de maneras inequitativa tanto en la vida social, como derechos sobre la tierra, el cuidado de ella y la defensa, creando en sí mismas un espacio de subjetividad donde su voz busca la equidad, sus derechos y la dignidad colectiva. Es así como la participación de las mujeres en dicha vereda tiene lugar a un mejor reconocimiento de sus recursos, una búsqueda de nuevas feminidades y en un tejido de resistencia frente a las situaciones conflictivas.

5.3.2. Habitádonos: territorio y territorialización. El territorio como espacio ontológico representa una importancia crucial para la formación de la identidad de los sujetos inmersos en un contexto, por ello es pertinente abordar la conceptualización de territorio al tratar de comprender la conformación de la identidad. En el caso de la presente investigación,

las mujeres de la vereda El Porvenir se han construido y han tejido su ser actual tras la transitoriedad de múltiples causas que atraviesan su historia, su linaje cultural, sus prácticas y vínculos establecidos entre su sociedad y el territorio que habitan. Para comprenderlo, Escobar (2000) nos define el territorio como un espacio fundamental y multidimensional para la creación e intercambio de valores socio-económicos y culturales, donde los significados y prácticas comunitarias entran en relación.

Es por ello que el concepto de territorio no solo se abordará desde sus dimensiones físicas, geográficas o desde sus recursos, ya que también se especificará desde las múltiples relaciones simbólicas que son construidas por un grupo social en un entorno.

De otro lado, Porto (2002) conceptualiza el territorio como un espacio geográfico que es apropiado y en ese proceso de apropiación (territorialización) se crean condiciones de identidad colectiva e individual, siendo por tanto dinámicas y cambiantes, generando continuamente un orden determinado, una configuración territorial y una topología social. El territorio es por tanto material y simbólico al tiempo, es todo un proceso de apropiación socio-cultural de la naturaleza y de los ecosistemas que cada grupo social efectúa desde su “cosmovisión” u “ontología”.

Se expone que el territorio es una construcción social, y más que ello, cultural. La manera en que los seres humanos ocupamos el espacio, lo representamos, lo significamos y lo usamos, define lo que somos, pensamos y cómo nos relacionamos, y, además, evidencia lo que entendemos por territorio. En este sentido el territorio no solo se visualiza bajo términos de

propiedad de tierra, sino que esta territorialización se hace efectiva a través de prácticas culturales, agrícolas, ecológicas, económicas, rituales, etc (Escobar, 2014).

Rodríguez (2010) plantea que los humanos son seres geográficos, lo cual quiere decir que los humanos transforman la tierra para convertirla en su casa pero al hacerlo se transforman ellos mismos, no sólo mediante la propia acción que implica esa transformación, sino también por los efectos que esa tierra transformada ocasiona sobre la especie y la sociedad humana. Estas acciones en el espacio tampoco suceden de manera aislada.

Menéndez y Soria (1994) en el texto *El territorio como artificio cultural*, considera al territorio a partir de su historia y su lenguaje, diciendo: “Entre las muchas aproximaciones posibles y necesarias al territorio -desde la geología, geografía, economía o ecología-, se cuenta también lo que la considera como una construcción o artificio” (p.64). Visto así, el territorio y las construcciones que se forman en este, tiene una historia y un lenguaje que hacen de él un objeto cultural.

Al presentarse la territorialización como parte de una construcción social e histórica de territorio, se entiende que las representaciones inscritas en él y la formación de sus sociedades es transitoria y dinámica, su figuración se constituye en características generacionales, culturales y conceptuales, es decir, la apropiación a un territorio y los imaginarios que influyen en su concepción pende de las vivencias que tengan las personas en él. Por ello, es importante para la investigación pensar en los componentes que han estructurado unas dinámicas sociales en las que se abarca la mujer, fijándonos en sus costumbres, tradiciones, normas, prácticas.

Todas estas determinadas en un territorio construido históricamente por una serie de eventos sociales en los cuales es preciso indagar.

Según Vladimir Montoya (2009) en el texto de Espacio e identidad: sobre el sentido del lugar y la idea de la territorialidad, plantea el territorio como parte constitutiva de los elementos simbólicos de una comunidad, expresando lo siguiente:

La conjunción entre espacio y tiempo que se produce en nuestra experiencia como seres humanos es quizás el más entrañable de los arcanos que aún compartimos. La metáfora de Proust es elocuente al escudriñar en la continuidad que alberga para nosotros el paisaje vivido y la memoria de nuestra vida. No es posible separar nuestros recuerdos de los espacios que habitamos y, a la vez, estos espacios están plagados de marcas derivadas de nuestro habitar. En estas condiciones, el entendimiento del espacio como la dimensión esencial de la existencia humana, nos invita a repensar ciertas ideas que lo han ponderado como un algo acabado o como un escenario inerte al que solo dota de sentido el accionar de individuos y sociedades. Contrario a esto, apunto a la necesidad de considerar que el espacio es la dimensión constitutiva de la vida humana, que estructura su base material y cuya apropiación simbólica propicia el desarrollo de las facultades de la representación y la abstracción. (Montoya, 2009, p.2)

Entender el territorio desde esta lógica nos permite establecer ciertas relaciones intrínsecas que suceden entre los sujetos, el territorio y la construcción de símbolos concretos que van definiendo una identidad social. Es por ello que analizar las relaciones sociales en determinado territorio, adquiere vital importancia pues se genera una interacción entre espacio-sociedad-espacio, con ello se trata de explicar que al mismo tiempo que el espacio nos delinea un comportamiento, los hombres a su vez desarrollan un “comportamiento espacial”, que es el modo cómo se acciona en un espacio lo humano. La capacidad de representar y hacer metafórica la experiencia, hace que las interacciones con el entorno no sean meramente observables o físicas, si no que a su vez el territorio va obteniendo diferentes formas y

características que permiten nombrar el espacio social, geográfico, físico, económico o político, convirtiéndose esto en una espacialidad social.

El Porvenir, al ser una vereda lejana del casco urbano, sucede una fuerte interdependencia y con ello una cadena de acciones instaurada, pues está quien hace el queso, quien tiene las vacas, quien solo se dedica a la siembra, quien hace la panela. Dentro de esta tradición se establece un orden y un intercambio constante entre ellos.

En este sentido la acepción de territorio toma una dimensión más amplia al abordar la historia, la cultura y el lenguaje que nos ubica en este concepto desde los elementos simbólicos. El territorio de la vereda El Porvenir presenta unas características socioculturales, demográficas y económicas que tienen gran diferencia con las dinámicas urbanas del municipio. Desde esta perspectiva, el territorio y las condiciones que este ha propiciado tanto de vivencia, recreación y construcción social, hace la particularidad en el tipo de interacción y organización simbólica sobre los individuos mismos y sobre su entorno. Ahora bien, el territorio forma un escenario protagónico en la configuración de las dinámicas socio-políticas y simbólicas del lugar. Teniendo en cuenta la vivencia del conflicto armado, la transformación de dinámicas sociales y culturales, las representaciones del espacio han cruzado por diversos significantes que hoy día se hace visibles en las formas comunitarias en la vereda, por ello la importancia de observarlas y brindar análisis.

Una vez entendido el territorio como parte fundamental en el desarrollo y adquisición de los símbolos socio-culturales de una comunidad, podremos comprender la ruta conceptual que

guía esta investigación; así mismo el espacio geográfico se presenta de forma holística no solo englobando desde una esfera sensible en términos perceptuales, sino que, adquiere una funcionalidad más compleja que expresa la extraordinaria dinámica e interacción social, económica y cultural de los pueblos (Rodríguez, 2010).

El espacio humano no se limita a una expresión material, sino que adquiere diversas formas y características que permiten hablar de espacio social, geográfico, físico, económico o político. Es por esta razón que se habla del espacio como una interacción, un conjunto de relaciones específicas entre los seres humanos y el espacio físico que habitan, determinando esto, la condición particular del espacio (Montoya, 2009).

Las relaciones de pertenencia al lugar no solo se refieren al vínculo establecido con la tierra de propiedad, también a los lazos sujetos de identidad, apego y afecto existentes entre la persona y el territorio. Cada sujeto o colectivo que hace parte de un lugar específico y lo reconoce, contiene una porción de poder importante para incidir en el cambio y transformación del lugar (Sánchez, 2012). Se propone entonces entender el espacio como un objeto constante de transformación que se efectúa tras las dinámicas culturales, históricas, políticas y simbólicas de la sociedad, definiendo las condiciones en que distintos grupos e individuos influyen y determinan un prototipo de vida y organización social.

El territorio para las mujeres ha representado más que un escenario de actividades, la tierra significa un espacio que las contiene a ellas mismas como parte viva y posibilitadora de su bienestar, se conforman como sujetos interdependientes, son las mujeres cuidadoras de la

tierra. Para una mayor comprensión, Escobar (2016) nos cita la voz de las mujeres de una pequeña comunidad negra en el norte del Cauca que se movilizan contra la minería ilegal de oro,

Todo esto que hemos vivido ha sido por el amor que hemos conocido en nuestros territorios. Nuestra tierra es nuestro lugar para soñar con dignidad nuestro futuro. Tal vez por eso nos persiguen, porque queremos una vida de autonomía y no de dependencia, una vida donde no nos toque mendigar, ni ser víctimas. El territorio es la vida y la vida no se vende, se ama y se defiende. “Carta abierta de Francia Márquez, líder de La Toma, abril 24 del 2015” (Escobar, 2016, p.17)

De acuerdo con este testimonio, el territorio representa entonces un lugar de interacción y vinculación con el mundo, los otros y con sí mismo, de este modo se figura como elemental en la construcción de identidad tanto individual como social.

Según lo anterior, siendo el territorio un espacio importante para la conformación de la identidad, la creación de representaciones y la estructuración simbólica del sujeto, es pertinente abordar el tema de la tenencia de tierras de las mujeres en el trayecto histórico. Pues al darse un reconocimiento sobre el territorio habitado y declararse como propio, se genera un proceso subjetivo de anclaje relativo a la identidad, y un mejor desarrollo natural y social sobre este. Es así como el proceso de territorialización para las comunidades pasa por una legitimación social y también legal, donde el reconocimiento del territorio y la importancia de sus habitantes

tendrán unos efectos específicos en su economía, participación y construcción de su identidad social y territorial.

De esta manera, el sentirse parte de un territorio tiene unos símbolos sociales y también legislativos, por tanto la identidad del lugar o identidad del territorio también se vincula al proceso de tenencia de tierras. Visualizando cómo la mujer llegó a llamar y reconocer ante los otros la tierra como suya, es importante revisar desde la historia este proceso que a su vez reconoce a las mujeres como sujeto de derechos sobre sus tierras, enmarcando unas maneras de reconocerse en su lugar, una autonomía, una participación económica y una determinación sobre sus bienes.

Guiados por un proceso histórico, la obtención y tenencia de tierras en el lugar de las mujeres ha sido invisibilizado y poco abordado, pues a pesar de tener participación activa en sus comunidades y hacer parte de procesos sociales, económicos y educativos, apenas hasta ahora el tema del acceso a la tierra se ha venido incorporado en los debates de desarrollo rural (FAO, 2018). En el libro de Gutiérrez (2015), nos cuenta que en 1936 en la Ley 200, la tenencia de tierras solo podía ser ejecutada específicamente por los hombres campesinos, arrendatarios, colonos y peones, a pesar que se consideraba que detrás de las acciones en la tierra siempre se centraba una mujer subordinada a mano de obra, nunca se consideró a la mujer como sujeto con derechos a la tierra. En la reforma agraria de 1961, se reglamentó la tenencia de tierras solo por un varón jefe de hogar, quien era el que administraba el patrimonio y la educación familiar, llevando en algunos casos, a las mujeres a inventar un compañero sentimental para no perder el derecho a la tierra.

Desde esta perspectiva histórica se manifiesta los criterios de desigualdad en temas agrarios a los que han estado sometidas las mujeres, pues a pesar de fomentar un potencial en el desarrollo social, cultural, político y económico de sus comunidades, la relación con la tierra en términos legales ha sido excluyente e inequitativa, formulando de este modo una pregunta más para la investigación presente.

La misma autora nos cuenta que estos escenarios de desigualdad entre géneros, como consecuencia, formuló movimientos campesinos femeninos en pro de obtener derechos sobre las tierras y una igualdad en el campo. Tras la independencia de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC), en el 71 se despliega una invasión de tierras alrededor de todo el país, la toma de tierras como plataforma de lucha da origen a la Organización Femenina Popular en Barrancabermeja. De este modo al incorporarse movimientos femeninos dentro de las organizaciones campesinas, la lucha por tierras por parte de las mujeres se hizo visible obligando al Estado a reconocer su importancia y legalizar la titulación de tierras de manera conjunta. Fue en el año 88 que legalmente fue reconocida la mujer dentro de la formación de saberes agrarios y se otorgó de manera obligatoria la inclusión de mujeres jefas de hogar para el acceso a la tierra (Gutiérrez, 2015).

El alcance de la igualdad legal en el desarrollo rural, se ha venido desplegando tras una lucha de visibilización de la mujer, siendo ellas mismas a partir de su activismo quienes exigen un lugar dentro de las políticas públicas. Desde esta perspectiva se afirma que la organización social en la cual se ha construido la mujer no ha formulado escenarios inclusivos, son entonces

las mujeres quienes ha luchado por conformar dentro de la sociedad espacios participativos incluyentes.

De esta manera se evidencia que históricamente han sido los movimientos femeninos los que han dado lugar a una ruralidad un poco más equitativa, pues han sido ellas las que dan cuenta de su resistencia frente el territorio, constituyendo dentro de sus comunidades y las demás mujeres una ideología política sobre el cuidado, defensa y tenencia de tierras (Gutiérrez, 2015). La historia de la mujer fue reconstruida por cuenta propia, pues han sido las voces de mujeres resistentes, que han luchado por un espacio de subjetividades en la búsqueda de un lugar de derechos comunitarios dignos y equitativos para ellas misma y para su pueblo.

La ocupación de los territorios sociales a pesar de involucrar aspectos económicos, territoriales, armados, conflictivos y culturales, su dimensión más importante es la ontológica. La presentación del espacio, el territorio y la cultura, se especifica en la afiliación con el territorio, enmarcando un espacio de multiplicidad dentro de un mundo diverso. Al encararse dentro de proyectos de globalización, son las luchas ontológicas las que preservan la diversidad social y territorial (Escobar, 2014). Por ello, la identidad sobre el territorio reside como agente de resistencia ante los escenarios de cambio en los que se expone el territorio, la apropiación hacia un espacio si bien no exenta del dinamismo social, proporciona una vinculación hacia unas formas culturales, ideológicas y políticas para el mantenimiento y desarrollo de las comunidades.

Con base a todo lo anterior, se determina el territorio como espacio importante para el desarrollo de pueblos y comunidad, se trata entonces de un lugar donde los mundos internos confluyen en relaciones y vínculos en pro de formación de cultura, representaciones y significados. El proceso social ocurre entonces como un organismo vivo en relación con los otros y solo tiene sentido en la forma en que existe con los otros, siendo entonces cada transformación una construcción colectiva.

5.3.3. Mujer, territorio y conflicto armado: mirada al contexto colombiano. Dando contexto a la vivencia colombiana, gran parte de la población rural ha experimentado el conflicto armado, la mujer campesina se ha enfrentado a los procesos de desplazamiento, retorno y mantenimiento del territorio en una lucha por sostener sus familias. Estas problemáticas de posconflicto enmarcan nuevos procesos en los territorios y unas organizaciones de mujeres víctimas, que dan lugar al reconocimiento, la memoria, la equidad y la tierra (Gutiérrez, 2015). Gran número de mujeres tras el conflicto armado, lideran procesos juveniles, campesinos, procesos políticos y sociales en defensa de la tierra, los recursos, la educación y se expresan activas ante la formación constante de procesos comunitarios que permitan el desarrollo integral en temas de derechos humanos, resistencia y reparación a víctimas.

Durante la época de violencia la participación de la mujer se ha representado desde dos focos: la primera como actores políticos y de resistencia, y la otra como víctimas de la guerra. La experiencia de la guerra podría incurrir en dos lugares; podría representar el papel que simboliza la irrupción de mujeres con educación y una formación ideológica, y la otra, irrumpe

con una mujer campesina que huye hacia espacios aparentemente más promisorios. El desplazamiento es entonces el escenario donde confluyen el papel de víctima, la jefatura, el trauma, la pobreza y la viudez. Frente a estos sucesos de guerra y despojo, han surgido movimientos de participación femenina que promueven proyectos de supervivencia económica, tolerancia, no repetición, apoyo emocional y la convivencia pacífica (Meertens, 2000).

Desde la perspectiva del paramilitarismo, en el sur colombiano a la mujer se le transfería la identidad política de sus familiares y allegados, siendo esta centro de humillaciones, sobornos, ataques, cimentando un modelo de sufrimiento más prolongado para sus enemigos (CMH, 2012). La mujer se vio envuelta durante el conflicto a asumir el lugar del dolor, mostrándose su cuerpo como un escenario de guerra donde la manipulación y el poder hacia sus cercanos entraba en disputa.

Así mismo, el cuerpo de la mujer también ha representado estereotipos de la guerra, siendo sus atributos, su forma de caminar y sus movimientos motivos de estigma. “Determinadas marcas en el cuerpo, formas de vestir, de caminar, de mirar y de ser fueron utilizadas como evidencia que permitía concluir el vínculo de la población con las FARC” (CMH, 2012, p.139). En este sentido se caracterizó el cuerpo de la mujer como enemigo guerrillero, la búsqueda de un enemigo que justificarse el horror construyó categorías que serían principio de deshumanización, vulneración y violencia.

Así pues se ha enmarcado la mujer en un punto álgido en el que la guerra se ha instaurado generando marcas, las percepciones e imaginarios sobre ellas mismas se ha deconstruido a

partir de sus vulneraciones, y la reinvencción de sí mismas a surgido de las diferentes maneras de organización que han implementado para hacer de la guerra un espacio de fortaleza, perdón y reconstrucción de su cuerpo, su sociedad, su territorio.

La representación del conflicto armado en el contexto colombiano se ha vivenciado de distintas maneras, presentando así impactos diferenciados de la guerra en las diferentes zonas del país: Andina, Pacífica, Caribe y la Amazonía. En cada una de ellas la guerra se posicionó y se dio a cabo de modo particular, estableciendo distintos mecanismos violentos, y teniendo en común todas ellas la violación sistemática de los derechos humanos, control de territorios y poblaciones a través del terror y el desplazamiento forzado. La violencia dirigida hacia las mujeres se ensañó hacia sus cuerpos, su identidad de madre y cuidadora, destruyendo sus relaciones de confianza con el entorno y sus cuerpos (RPM, 2013). De este modo, se pone en manifiesto la dominación masculina sobre las mujeres en la diversidad de la guerra, en ellas se expone las múltiples raíces de la violencia y se plasma la vulneración a su ser en diferentes ámbitos. Es así como las mujeres han sido víctimas de su contexto social y doméstico de manera simultánea.

Tras los diferentes escenarios de infracción del conflicto armado, las mujeres han liderado procesos que reconocen la diferencia de género en la vivencia del horror; sus cuerpos y la vulneración a su ser ha creado en ellas acciones de reparación y no repetición. Es así como estas organizaciones tejen un surgir a partir del diálogo y la palabra que proponen una voz libre y de no maltrato, eligiendo simbólicamente la manera adecuada de dar continuidad a su historia familiar, es decir, generar herramientas psicológicas que den soporte a sus memorias, a la

vez que permitan la estabilidad de sus familias y diseñen arraigo a su territorio (Miller, 2005). La participación activa de las mujeres dentro de las comunidades está motivada por la necesidad de generar mejores alternativas económicas para sus familias, el fortalecimiento de su tejido social, una mejor producción y arraigo con sus tierras.

El encuentro con otras mujeres, la formación de colectivos y organizaciones, se ha convertido en un acto de resistencia donde la recuperación de su identidad y dignidad es lo más importante para ellas, en un espacio que las vulnera y al mismo tiempo exige resolver sus conflictos sociales y familiares. La búsqueda de su identidad después del horror de la guerra se ha integrado de manera estructural en su resistencia, nombrando su valor en el territorio y en sus sociedades, posibilitando en cada una de ellas formas de reconocerse a sí mismas en la diversidad de ser mujer. Como nos muestran Ospina (2009), así las mujeres comparten un legado histórico no representa que cada una de ellas experimentará su manera de ser mujer de un modo similar, las condiciones y la vivencia de ser mujer se sitúan aspectos que van desde el acceso y control de sus recursos materiales hasta los escenarios sociales, políticos y simbólicos que la han atravesado a lo largo de su vida.

Por ello se hacen importantes los espacios colectivos en los escenarios de reparación, es allí donde la palabra que expone la experiencia subjetiva de la guerra que atraviesa a cada mujer, se hace motor para la formación de un discurso, una memoria grupal que moviliza a las mujeres hacia otras formas de resistencias a partir de la afirmación de ellas mismas como actores políticos. “Por ello tienen claridad, que es en la acción colectiva con otras mujeres en donde tienen la opción para salir adelante” (Miller, 2005, p.103).

En la vereda El Porvenir, el conflicto armado se ha presentado como agente de irrupción hacia la dinámicas sociales ya establecidas, generando gran número de desplazamientos y violencia hacia la integridad e identidad de las mujeres campesinas. Gran parte de la población se enfrentó al despojo de sus tierras, buscando la seguridad de sus familias y la permanencia de la vida. En la actualidad el retorno de familias hacia su territorio, muestra unos modelos distintos de ser mujer en la comunidad.

La pregunta por el impacto del conflicto hacia estas formas se hace presente en la investigación, dado el compromiso actual de ellas por la protección territorial y la riqueza de sus espacios socio-culturales. ¿De qué manera las mujeres vivieron la guerra en este territorio?, ¿qué modelos colectivos han formado para integrarse en su territorio social y espacial posterior al desplazamiento forzado?, ¿cómo ha sido el proceso de apropiación de la tierra después del despojo?, ¿cómo se ha dado el proceso de territorialización en El Porvenir?, ¿qué ha configurado la identidad de la mujer de El Porvenir con el retorno a su tierra, la vivencia de la guerra y los escenarios contemporáneo de cultura y desarrollo?, ¿cómo ha modificado el conflicto armado las dinámicas de las mujeres en este territorio?, ¿qué actividades realizan las mujeres que movilicen a habitar de nuevo el territorio?

6. Metodología

La presente investigación se desarrolla desde un punto de vista epistemológico a partir del paradigma interpretativo, buscando comprender los significados que configuran la identidad de la mujer de la vereda El Porvenir a través de sus prácticas, imaginarios (percepciones) y comportamientos (roles). Sobre estos mismos planteamientos, los diseños fenomenológicos y etnográficos son pertinentes para la comprensión de los actores sociales y los sentidos simbólicos y también para un acercamiento a la vida cotidiana de las mujeres, evidenciando una realidad subjetiva en permanente definición que actúa a consecuencia de estas representaciones (Martínez, 2011).

En vista que la presente investigación busca abordar los fenómenos sociales que acontecen en un contexto socio-histórico determinado, fue pertinente dirigirnos a una metodología cualitativa permitiendo abordar las representaciones sociales de la mujer campesina a partir de la observación de la construcción social, acercarnos conceptualmente a unas vivencias e interacciones cotidianas cambiantes y dinámicas (Martínez, 2011). Así, se logró desarrollar procesos descriptivos e interpretativos de las narrativas corporales, los roles, el lenguaje (los discursos), las formas de organización, los imaginarios sobre la mujer, los hechos históricos relevantes en el territorio y la construcción de identidad que se estructura en las mujeres en las cuales se va determinado un contexto.

Fue a partir de la fenomenología que se logró interpretar y comprender los diversos fenómenos desde de las entidades operativas y construcciones simbólicas que plantean unas representaciones acerca de las mujeres y los roles femeninos en el territorio de El Porvenir

(Rodríguez, Gil y García, 1996). Es así como este abordaje en la presente investigación, brinda unos términos precisos para el análisis de estructuras culturales, históricas y políticas que han reinterpretado y constituido la participación de la mujer en los espacios íntimos y sociales.

En este sentido, el enfoque de la etnografía nos plantea un método adecuado para comprender desde el territorio y la cotidianidad de la comunidad los símbolos como esferas estructurantes en la comunicación, las acciones y la identidad de la mujer en la comunidad de El Porvenir. De este modo, se interpretaron los significados sustentados en las acciones del ser mujer en el territorio en una línea del tiempo desde los años 60' hasta la actualidad, evidenciando un dinamismo en su identidad a través del tiempo, los hechos y coyunturas históricas. A partir de este diseño se realizaron distintas inmersiones al contexto concretando observaciones de la vida cotidiana de las mujeres, centrándose en la descripción de estas y en el lenguaje natural en el cual significan sus actividades (Galeano, 2004). Igualmente, se realizó un registro de sus oralidades a cerca de sus tradiciones, memorias e historias, indagando sobre las representaciones de las mujeres antiguas y contemporáneas (Martínez, 2011).

Teniendo esta investigación los anteriores abordajes en los cuales son relevantes las prácticas, los roles y discursos alrededor de la construcción de ser mujer en una comunidad campesina, como principal herramienta para la recolección de información, contamos con la observación participante, de la cual se tuvo una experiencia cercana e íntima a la vida cotidiana, a la realidad socialmente construida y a un territorio representado por patrones socio-históricos y culturales. De este modo, fue posible embarcarse en la búsqueda de identificar, describir, analizar e interpretar las representaciones de la mujer campesina, indagando por diversos

lenguajes y narrativas corporales y verbales, describiendo y reconstruyendo desde las tradiciones sus creencias, prácticas, comportamientos, imaginarios, sucesos y autopercepciones que fundamentan unas prácticas de nuevas feminidades adscritos al territorio (Martínez, 2011).

Cabe destacar que, en el proceso de observación participante se logró acceder desde el contexto local de enunciación a las percepciones de la comunidad sobre la mujer campesina, así como a las percepciones que tienen las mujeres de sí mismas, cobrando relevancia la significación (imaginarios) sobre el territorio y la documentación de las dinámicas naturales de las mujeres de El Porvenir. Además, se realizaron registros en medios audiovisuales (audios, fotografías y video), entrevistas semi-estructuradas, grupos focales y talleres grupales con mujeres, hombres y niños/as. A partir de allí, las perspectivas de la comunidad acerca de la mujer se integraron, generando la imagen que representa ser mujer en un área rural distante y en un contexto de posconflicto.

6.1. Contexto y población

Para llevar a cabo esta investigación sobre la identidad y las representaciones sociales de la mujer campesina de la vereda El Porvenir, fue necesario contar con diferentes actores de diversas edades, género y actividades en la comunidad. En total, se logró la participación de 37 personas con quienes se conformó el equipo investigativo, permitiendo ahondar sobre el tema y resolver participativamente los objetivos propuestos. Las mujeres y participantes no se consideraron como objeto investigativo, más bien, fueron entendidos como sujetos activos de la investigación, pues ellas y ellos en medio de esta experiencia también aprendieron e investigaron acerca de su linaje, su comunidad y de sí mismos.

Para la realización de las entrevistas semi-estructuradas participaron 5 mujeres de la vereda El Porvenir que han estado activas dentro de las dinámicas históricas del territorio, y una líder del municipio de El Carmen de Viboral, la cual ha tenido una convivencia y dinamismo muy cercano con la comunidad desde los años 90s. Es de valorar que, todas ellas ejercen dentro de la comunidad diferentes roles que modulan entre la docencia, el liderazgo comunitario y el cuidado de su hogar, con la particularidad dentro del territorio de haber sido víctimas del conflicto armado, siendo esta vivencia un matiz personal y una fractura en el proceso subjetivo de su personalidad. En la actualidad, todas las mujeres que participaron en la investigación hacen parte de la Junta de Acción Comunal (JAC) de la vereda El Porvenir, asumiendo dentro de ella distintas responsabilidades.

Es importante aclarar que las mujeres que participaron en la entrevista semiestructurada, también estuvieron presentes en los grupos focales. Dentro de los talleres y grupos focales participaron 6 niños, 3 niñas, 11 jóvenes, 9 mujeres y 5 hombres adultos, los cuales posibilitaron conocer desde las perspectivas grupales los imaginarios colectivos y la historización del lugar.

6.2. Recolección de información

Como se expuso anteriormente, para dar un abordaje idóneo al proceso investigativo se emplearon técnicas como la observación participante, los registros audiovisuales, las entrevistas semi-estructuradas, el análisis de narrativas (discursos), grupos focales y talleres grupales con

enfoque diferencial donde se logró dar solidez e interpretación a partir del contexto a los fenómenos investigados.

Observación participante. Por medio de esta técnica se logró observar, experimentar y sentir de manera cercana y desde una perspectiva subjetiva las dinámicas arraigadas en el territorio, evidenciando de este modo las características históricas y culturales que componen actualmente a la población de El Porvenir. Así, la observación de sus dinámicas cotidianas, la interacción entre los mismos y las diferentes formas en que las mujeres se desempeñan en su comunidad, permitieron entender desde el punto de vista de la comunidad las maneras en cómo se percibe a la mujer y sus roles en los diferentes escenarios sociales, culturales y políticos dentro del territorio (Galeano, 2004).

Dentro de los instrumentos utilizados en la observación participante se emplearon registros fílmicos y fotográficos, permitiendo contemplar una serie de escenarios activos donde la mujer participa y se desarrolla en sus diferentes roles y prácticas, encontrando con ello, además, una aproximación a las narrativas integradas a la acción corporal, es decir, a la manifestación de los gestos y las expresiones, siendo estas importantes para la lectura de la vivencia cotidiana de las mujeres en los diferentes espacios del territorio (Martínez, 2001).

Además, es importante señalar que la cercanía lograda con la experiencia cercana a la vida cotidiana de las mujeres de la comunidad, generó un espacio reflexivo, comunicativo y privado para la circulación de la información entre ellas y la investigación, construyendo así un espacio de memoria, conocimiento, educación y tradición narrativa que a su vez nutrió de manera significativa la investigación.

Para el registro de este material se tuvo en cuenta con el consentimiento previo e información a las personas que participaron, cuidando así de su privacidad testimonial y su imagen. Mediante estos registros se nutrirá el informe final que se va a socializar con la comunidad, presentando un video documental que visualice y narre la experiencia investigativa sobre la mujer, su comunidad y el territorio.

Entrevistas semi-estructuradas. Las entrevistas semi-estructuradas fueron un instrumento de investigación crucial para el desarrollo de esta investigación, puesto que permitieron adentrarse y profundizar de manera individual en el conocimiento, las opiniones, la historia, pensamientos y memorias de las mujeres (Martínez, 2011).

Dentro de las actividades se realizaron 7 entrevistas a distintas mujeres pertenecientes al territorio o que han estado activas en él, encontrado una manera de comprender desde lo personal (subjetivo) las experiencias del ser mujer a través de un contexto socio-histórico tan dinámico como ha sido el de la comunidad de El Porvenir, cruzado por oleadas migratorias de colonización campesina, desplazamiento forzado y retorno de población en el “posconflicto”. En este sentido, el acercamiento a la palabra y las narrativas de cada mujer, proporcionó una descripción evocativa y emocional sobre su identidad, sus transformaciones subjetivas y de orden social en el territorio (Galeano, 2012). Por ello, es de resaltar que la entrevista y el acercamiento a cada una de las mujeres presentes en la investigación, ofreció un panorama expositivo y profundo hacia las maneras de vida subjetiva en El Porvenir, interpretando sus

formas de comprenderse, reconocerse y valorarse como mujer rural o mujer campesina ante su comunidad.

Grupos Focales. Para tener un acercamiento a las narrativas orales sobre las autopercepciones expresadas por las mujeres e imaginarios sobre ellas, se generaron dos tipos de grupos focales, uno de ellos que contó con la participación solo de mujeres de distintas edades en el que se abordaron las historias de las pioneras y ancestras en el territorio, y otro, en el que participaron algunos hombres con mayor antigüedad de la vereda de El Porvenir. Al respecto, cobra relevancia la agrupación de los discursos individuales en torno a un tema colectivo y social, posibilitando así, un tejido informativo en el que se correlacionó, nutrió y se respaldó la información buscada, dando validez a los discursos y a la investigación (Galeano, 2012).

En la reunión de mujeres, sus voces permitieron consolidar las historias y encontrarse desde diferentes escenarios cronológicos en el territorio y una evocación colectiva, todo esto entorno al ser mujer antes, durante y después del conflicto armado. Además, este espacio logró generar una riqueza y veracidad dentro de la investigación, proporcionando un acercamiento entre ellas a la realidad individual.

En el grupo de discusión generado para los hombres, se abordaron las percepciones e imaginarios que ellos tienen sobre la mujer, a partir de los cambios en las temporalidades alrededor del conflicto armado, promoviendo un espacio para pensar y hablar sobre las mujeres de El Porvenir, sus roles, actividades y participación social. Los grupos focales permitieron así,

la integración de las historias hacia diferentes vectores, donde confluyen diversas memorias y discursos que entretejen una oralidad colectiva sobre el tema de la mujer y sus representaciones en la comunidad de El Porvenir.

Talleres participativos. La técnica con los grupos focales permite que se dé una reunión entre diferentes actores generando entrevistas grupales, en este caso estructurada, en este espacio se procura que los actores implicados en la investigación participen de forma activa desde su experiencia personal y fomenten espacios de discusión, intercambio de ideas y correlación en la información (Monje, 2011).

Dentro de este instrumento integrantes de la tercera edad, jóvenes, niños y niñas se convirtieron en sujetos activos dentro del objeto de la investigación. Así, los talleres realizados en este marco con los más jóvenes posibilitaron el afloramiento de saberes acerca de los imaginarios alrededor de la mujer campesina, en un entorno donde la comunicación y los medios son más fluidos y confluyen en las dinámicas naturales, y en donde la composición de las mujeres después del conflicto armado, el desplazamiento y el retorno se torna más abstracta.

Por medio de cartografías corporales, cartografía social, poesía, trovas se logró construir y recopilar colectivamente las representaciones de las mujeres en la vereda, abarcando así una perspectiva holística a partir de diferentes escenarios poblacionales, cronológicos y subjetivos de un modo más dinámico.

6.3. Sistematización y análisis

Realizar el análisis de la identidad de la mujer no es tan simple como centrarse en una sola categoría que permita visualizar la complejidad que conforma su entorno social, su desarrollo individual y las prácticas que determinan una forma de relacionamiento o vínculo con el entorno. Fue así que seleccionando datos encontrados en medio del desarrollo investigativo, nos encontramos con seis categorías que nos permitieron abordar el tema de mujer rural y su participación en la construcción de territorio.

A través del diseño principalmente narrativo se realizó análisis e interpretación de los discursos recopilados, pues desde allí se permitió acercarse a la historia particular de cada mujer, construyendo un hilo descriptivo donde se encuentran diferentes experiencias del ser mujer en el territorio durante distintas épocas cronológicas. Fue por medio de las narrativas orales y no verbales de los habitantes y las mujeres de El Porvenir que se conocieron los acontecimientos, comprendiendo desde su voz los significados que ha tenido para ellas y ellos las vivencias en el territorio (Chase, 2015).

Durante el análisis se ha elaborado una triangulación de la información correlacionando las narrativas individuales y las realizadas en colectivo (durante los grupos focales y talleres), además de emplear un método comparativo en la información obtenida en las entrevistas y los discursos narrativos de los hombres y las mujeres, encontrando así unos resultados similares y una información confiable.

7. Resultados

7.1. Transformación de la mujer en la vereda El Porvenir

Los resultados de esta investigación se abordarán a partir de cinco componentes que tendrán como eje transversal el proceso de construcción y transformación de la identidad de las mujeres del territorio de la vereda El Porvenir. Así, hablaremos de los constructos históricos y las tradiciones, los factores socioculturales, las percepciones e imaginarios de las comunidades sobre las mujeres, del territorio como espacio donde se configura, transforma y afirma la identidad, y de la participación de la mujer en la construcción de tejido comunitario y memoria colectiva. A continuación desarrollaremos cada uno de estos componentes.

7.1.1. Mujeres de El Porvenir: hogares de la montaña.

“Las mujeres de El Porvenir son aberracadas, con mucha fuerza, sin miedos y luchadoras.

Es una mujer de hogar y de monte también” **Dioselina Soto**

En la ruralidad todos los días de la mujer son diversos, cada uno trae sus responsabilidades y hay oficios que no dan espera. El ordeño, la preparación de los alimentos, la atención al esposo y los hijos para las labores que corresponden a cada uno, la siembra en muchas ocasiones y el trabajo comunitario en otras, son algunas de las actividades cotidianas que la mujer desempeña, por lo que eso podríamos considerar que son ellas el pilar del hogar de la montaña. Siendo así, contemplaremos el día de una mujer en la vereda El Porvenir y este relatará una vivencia cotidiana del territorio.



Fotografía 3. Consuelo ordeña en la mañana

La mujer que siembra el hogar.

La nueva aurora se aproxima y con ella el despertar de Consuelo, los pasos de una mujer reciben la mañana cuya aguja del reloj puesto en la pared crispada de cemento marca las cinco de la mañana. El ritual seguido es lavar su cara tras ver el reflejo ondeante en una poceta, hacer la mazamorra, instalar la máquina de moler maíz para hacer las arepas. Todos estos gestos enuncian su despertar. Moler, prender el fogón de leña, hacer pan de queso, azar las arepas, hacer agua de panela, son tareas que ella asume y deja listas hasta la hora del desayuno.

Son ya las seis pasadas, Consuelo se alista y pone sus botas; los pollos, su marrana y sus vacas aguardan por sus cuidados que a la misma hora hace todos los días. En su mano derecha lleva un balde con sobrados del día anterior y en su mano izquierda una coquita con maíz. Antecediendo la llegada de Consuelo, la marrana chilla, “eso pasa todos los días, la marrana

chilla hasta que le hablo y le sirvo la comida”, un “cutucutu” altera de repente la serenidad en el paisaje; aparecen gallinas, pollos y gallos de todos lados, y ante la gracia de ver caer puñados de maíz ocurre un cacareo que suena en todas direcciones.

Las vacas, ellas son las consentidas de Consuelo, las visita a una por una, acaricia su lomo y las separa de sus críos preparándolas para el ordeño. Hay un establo donde la labor de ordeño se hace ritual entre canecas, mangueras y tazas. “Negra, venga para acá señorita que la voy a ordeñar”, llama Consuelo a una de sus vacas. Después de aparcar sus patas, lavar sus ubres y poner un banquito al lateral izquierdo de la vaca, hala una, dos, cuatro, tal vez cinco veces cada ubre dejando leche derramada en el suelo, un río blanquecino se extiende bajo sus pies. Al poner un balde entre sus rodillas la curiosa técnica de halar y apretar al mismo ritmo, (algo que yo nunca logré) comienza a generar un sonido espumoso, y un balde y medio con suficiente leche para la mazamorra y el queso del día siguiente. Una vez finalizado, las demás vacas las ordeña su hijo de doce años que apenas se levanta.

Luego del ordeño, Consuelo regresa a la cocina y a los fogones para dar por terminada la labor del desayuno. Calienta, sirve, lava, mueve, ordena la mesa donde se comparte el desayuno. Terminado este encuentro de alimento, su esposo se va a trabajar al campo y su hijo se marcha a la escuela después de un beso y una bendición.

La tarde de ese día va a estar acompañada de frijoles, ella los toma de una mesa de madera junto a la poceta donde se está secando en vaina; los desgrana, los lava y los organiza. Mientras la preparación transcurre, ella lava la ropa, los baños, tiende las camas y ordena la

casa. Revisa sus plantas que tiene en el patio trasero, lechugas, tomates, zuchinni, pimentón y una gama de aromáticas. Mira su huerto, limpia una que otra maleza y arranca unas cebollas y tres tomates, con los que hará un guiso para los frijoles. “A mi esposo no le gusta mucho el tomate, pero en el guiso le encanta, él es feliz comiéndose los frijoles así”.

Terminando sus labores de casa toma un momento de la tarde para hacer oraciones: “Uno debe darle gracias al señor por todo lo bonito que nos da, yo vivo muy agradecida con él” exclama amorosamente, mientras se entrega a un momento de silencio y quietud que son escasos en su cotidianidad. Al desplazarse de nuevo a la cocina, deja por terminada su labor, todo lo tiene preparado para cuando lleguen sus hijos y su esposo.

A la una de la tarde es el tiempo para almorzar en la casa de Consuelo, minutos antes llega su esposo que es recibido siempre con bogadera (bebida tradicional campesina, hecha con claro de mazamorra o agua, panela y limón), pues no hay nada más que apremie la llegada a una casa campesina que el refrescar de unos labios secos por el calor y el trabajo. Su hijo también aparece de nuevo en la casa y todos nos disponemos a recibir el regalo del alimento en el que se hacían presentes todos los frutos de ese territorio y las manos agrietadas de Consuelo. Siempre es tan ameno compartir con ellos mientras se come, la reiteración de la gratitud y los gestos de placer transcurren entre risas, comentarios y unidad, el sabor y los sonidos del campo se hacen magia en una mesa con cuatro personas.

Pero no solo es el alimento y los haceres de la casa los que Consuelo desempeña, también en algunas ocasiones ella participa de otros encuentros comunitarios. “Las tardes son ligeras,

uno tiene siempre mucho por hacer, pero es a esa hora que uno va a las reuniones a tomar decisiones, va a los talleres cuando traen o se encuentra con la gente, o va uno a organizar la escuela para un comité o algo, entre todos se trabaja más fácil”. Cada tarde es diferente para ella, a veces visita a sus hijos, cuida a su nieta, va a reuniones comunitarias, es el orden de este tiempo que permite en ella una presencia tanto en su hogar como en la comunidad, pero esa tarde nos quedamos hablando mientras me enseñaba cómo ella hacía los postres y las paletas para la familia, ya que por la lejanía del territorio no venden helados y son pocos los dulces.

La aparición de colores rosas y violetas en el cielo tras la puesta del sol, llama a habitar de nuevo el comedor, manjares que parecen inagotables inundan una mesa con mantel de plástico y flores de colores. La cena es casi la misma que el almuerzo, solo que esta no tiene postre y se sirve en más abundancia. Después de la cena las tareas de su hijo son las prioridad para Consuelo, sentados bajo una luz amarilla proveniente de un foco rodeado de insectos, se dibuja en mis pupilas la imagen de una mujer paciente y protectora: “Mijo, ¿qué son esas orejas de burro en el cuaderno? Tenga cuidado y pinte así, a usted le queda muy rayado eso. Pinte suavcito para que le quede ordenado y bonito”. El acompañamiento durante las tareas de la escuela se hace más especial para Adrián, así su madre sepa poco acerca del tema del que trata la tarea, “a mí me gusta que mi mamá me ayude a hacer las tareas, las hago más rápido y me quedan mejor” dice el niño.

Antes de irnos cada uno para su cama, nos juntamos donde se junta la gente del campo, en la cocina; jugamos cartas, reímos, ponemos unas cuantas monedas sobre la mesa para hacer del azar algo más divertido. Las nueve de la noche y ya posa el cansancio en cada uno de los

rostros presentes “esta vez no nos acostamos con las gallinas pero pasamos muy bueno”, dice Argemiro el esposo de Consuelo. El cobijo y el valor puesto en el visitante hace que su cotidianidad se renueve por un instante, hacer sentir bien al foráneo se convierte para ellos en una actividad apremiante.

Consuelo es una mujer dulce y atenta de cinco de la mañana a nueve de la noche, el tiempo restante sigue siendo una mujer dulce y atenta pero con los ojos cerrados.

Cierro mis ojos y el canto de las ranas hace música de esta experiencia compartida, de la vida del campo donde la fortaleza de la familia es lo más valioso para la existencia humana.

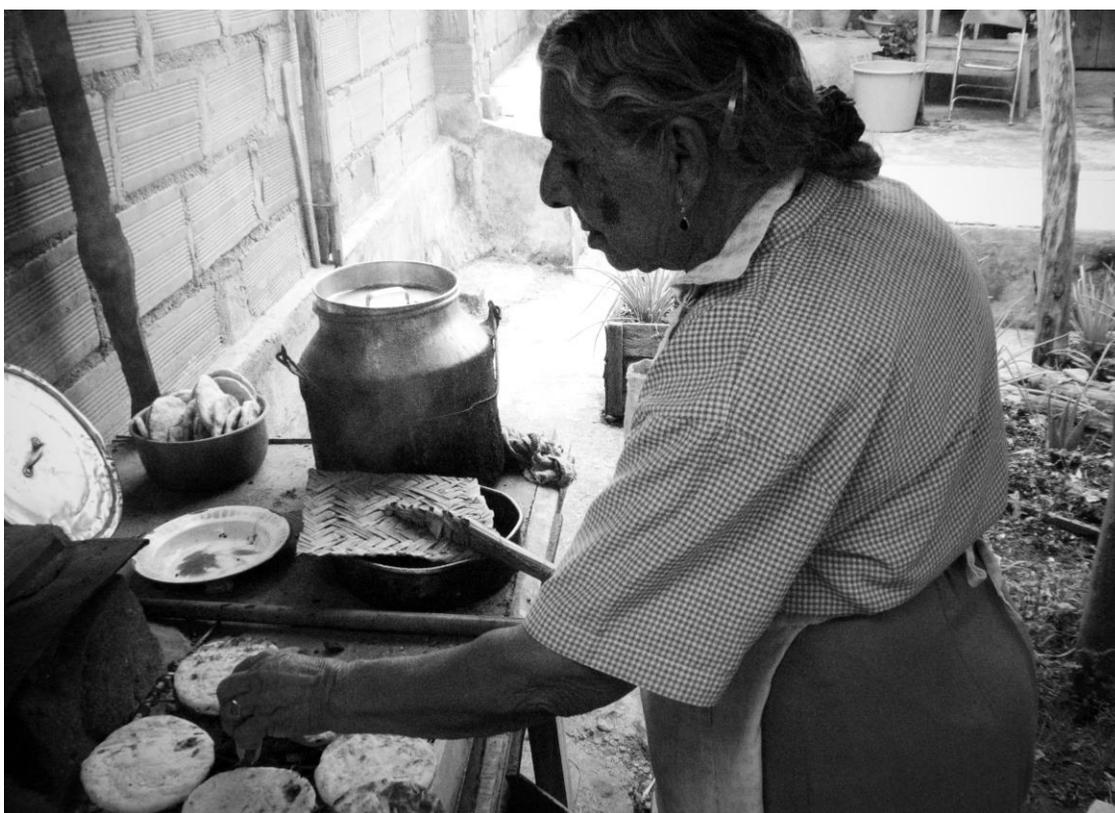
Preguntarme por lo que hacen las mujeres en esta ruralidad lejana, me permite experimentar el asombro por los tiempos y rigor que hay en sus prácticas cotidianas, pero al indagar por lo que le gusta hacer a una mujer del campo, siento que declara más cosas sobre su identidad que las mismas impuestas por su tradición:

Consuelo ama los paseos al río y comer un fiambre con su familia a orillas de él; Consuelo ama sus gallinas, ama ver a las personas complacidas por el alimento que ella hizo. Consuelo ama bailar y salir a conversar por la vereda con sus amigas, visitar a Olga; Consuelo ama ver a su hijo crecer y estudiar en un lugar tranquilo y lleno de vida; Consuelo ama hacer por la comunidad, hacer parte de los espacios de encuentro donde surgen ideas, donde pasan cosas nuevas y positivas en su territorio. Consuelo ama escuchar los pájaros y caminar entre los árboles, ama su huerto y todo lo que sigue creciendo en él, Consuelo no quiere dejar de nuevo

su casa, quiere quedarse en su territorio y seguir construyendo un espacio de paz y tranquilidad para los demás.

7.1.2. Del hogar a la comunidad: tradiciones, experiencias y transformaciones socioculturales de las mujeres.

“Para mí las mujeres son muy diversas. Las mujeres se han flexibilizado mucho, son más toderitas” **Alba Gómez**



Fotografía 4. Mujer ancestra

Para hablar de las mujeres rurales en la vereda El Porvenir, será necesario valorar a la primeras generaciones de mujeres que habitaron este territorio, indagando sobre las prácticas y

tradiciones que históricamente han desempeñado en función del núcleo familiar y el tejido social. Por ello, realizamos una retrospectiva y nos dirigimos al año de 1937, tratando de comprender las transformaciones históricas de la mujer hasta la actualidad.

Siendo esta investigación abordada desde una perspectiva psicosocial, es importante plasmar los modelos de interacción que se han dado en el territorio, conformando así unas maneras específicas en la concepción de su realidad. Se comprende así, que a partir del intercambio generacional se estructura el pensamiento de la mujer respecto a sí misma y su historia (Barra, 1998).

Mujer y matrimonio: una tradición de sometimiento patriarcal. Según la comunidad, en esta época se caminaba con los pies desnudos por un territorio boscoso, el transporte y la comunicación en la vereda eran escasos y salir de ella tomaba casi un día de distancia; la posibilidad de encuentro de la comunidad era remota pues lo separaba kilómetros, la escuela era la casa de una de las mujeres de la vereda que sabía leer y escribir, y allí se juntaban dos o tres niños a aprender.

Nos remontamos a una historia donde la mujer ha sido fuertemente sometida y cosificada, donde su cuerpo y su sexualidad fueron domesticados y castigados de nacimiento. Nos dirigimos entonces a una mujer en la historia en la que un silencio antiguo guardó la sabiduría que ahora habita cada rincón montañoso. Como lo manifiesta una mujer, durante un conversatorio al respecto,

“Ella se levantaba a las dos de la mañana a trabajar, hacer mazamorra. Cuando todos se levantaban ya había arepas, todo ya estaba listo para los trabajadores. Y por la noche el abuelo tenía una cantina, entonces para que la plata que le pagaba a los trabajadores le regresara, él hacía bailes por las noches, y eso eran también las de la cocina también al baile. Bailaban con una vitrola que tenían que bolearle que con el dedo para que funcionara, yo no sé, entonces era una un ratico, la otra otro ratico. Entonces imagine, bailaban por la noche, al otro día madrugaba y en la tarde no dormían. Mi mamá me cuenta que se iban por allá todo ese Río Verde para una fiesta y que arrancaba y al otro día eso era derecho, que era una cosa impresionante. No era que una cosa poquita, que era ordeñar, cuidar animales y que todo tan precario como ella dice, todo era muy difícil, muchos niños y nada” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).

Aproximadamente hasta los años 70s, los padres eligieron con quién casar a su hijo; su elección dependía de los buenos modales que la mujer tuviese y la eficiencia para el cuidado de su hogar; era entonces la mujer subyugada a una vida o un matrimonio que no era de su elección. Sin importar las condiciones de ese matrimonio, al tener la bendición de la iglesia era un compromiso para toda la vida. soportando muchas veces escenarios de violencia fueron generando una mujer silenciosa y sumisa que solo participaba de las labores hogareñas, sin tener ningún otro tipo de relación social o cultural con el territorio.

Entre la división de roles de género en una sociedad patriarcal y conservadora, se asigna un rol reproductivo para las mujeres, y un rol productivo para los hombres, delimitando sus oficios y funciones a un espacio socialmente determinado. En consecuencia, la casa y el espacio doméstico está destinado para ellas, y la calle y el mundo exterior es para ellos. Al respecto, Lagarde (2005) explica a partir de una mirada antropológica la separación de los géneros a partir de las diferencias sexuales, pues se llegó a desconocer a tal punto de atribuir características sociales y culturales distintas para cada sexo, “por la especialización y el

confinamiento exclusivo del género femenino en la sexualidad concebida como naturaleza, frente al despliegue social atribuido al género masculino" (p. 60).

Sobre esto, cuenta Consuelo Martínez del proceso que implicaba el matrimonio en su época:

“Entonces ya se casaba y listo, pa’ la casa a cumplir el deber y hágale hija, tengan hijos, levántelos y así el marido le pegue, la mate, usted no puede dejar a su marido porque es casado por la iglesia y eso mejor dicho, eso para la mujer ya era lo último, ya moría en la casa” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

De forma similar, nos cuenta Cecilia Gómez que en su familia donde la mayoría de integrantes eran mujeres, las normas de casa eran impartidas por su padre y estas se cumplían a cabalidad con la intención de evitar golpes hacia ellas y su madre:

“En ese tiempo las mujeres eran muy sumisas, ellas no podían hablar. Es que antes no podían salir y menos de noche, ni ella (su madre) ni nosotras, donde saliéramos, la pela que nos esperaba era horrible” (Cecilia Gómez. Grupo focal 1).

A partir de estos testimonios podemos evidenciar que, la mujer en este contexto no era un sujeto que tuviese participación en las decisiones que correspondían a la casa o incluso con aspectos de su propio desarrollo personal. Así, muchas mujeres en esta época vivieron sin tener la posibilidad de narrar o contar sus historias de vida, sus voces nunca fueron escuchadas, solo eran un objeto reproductor y mano de obra para el sustento familiar.

De otro lado, también se nombra en el encuentro con las mujeres que, para la época la mayoría del tiempo ellas permanecían en sus casas sin ningún otro contacto con las personas de la comunidad o con otros espacios. Así se retrata una mujer que permanecía confinada y en algunos casos aislada,

“Ellas nunca decían nada de lo que les pasaba, era una mujer que vivía en la casa y de ahí no se movía (...) se quedaban en casa cuidando a los hijos, haciendo de comer mientras el esposo salía a las labores del campo, pero ellas casi no tenían contacto con otra realidad, no salían casi nunca de sus casas (...) En ese tiempo no había nada, la ley era en la misma familia, los hombres de cada casa eran los que mandaban” (Lilia Martínez. Grupo focal 1).

Todas las mujeres de esta época desconocían las funciones del matrimonio, se casaban sin saber verdaderamente las implicaciones que tenía este compromiso social y religioso, creyendo que casarse solo correspondía a una responsabilidad de cuidado y alimento al cónyuge, ignorando las exigencias sexuales y la forma de concebir un hijo. Sobre esto, Natalia Martínez una de las mujeres más jóvenes y líderes de este territorio relata algunas anécdotas de sus padres que permiten entender cómo era la dinámica del matrimonio,

“Mi mamá por ejemplo me decía que el pensamiento de ella cuando se casó con mi papá, pues, ella pensaba que se casaba para cumplir con la obligación de la casa como con los hermanos. Ella no sabía que tenía que tener relaciones sexuales, a ella

nunca le hablaron de eso. Ella pensaba que era ir a hacerles de comer, eso era lo que me contaba mi mamá” (Natalia Martínez. Grupo focal 1).

La humanidad responde a situaciones históricas que construyen su porvenir en la época. Filósofos como Sartre, Foucault, Ortega y Gasset, nos dicen que el hombre está hecho y construido en su historia, más no en su naturaleza, todo pende de la época en que se habite y la cultura en que nos encontremos inmersos. ¿Son acaso estas dinámicas resultado de una época?

Cuerpo de mujer: el silencio y el tabú. Según algunas de las mujeres que participaron del grupo focal, cuentan que era común que ellas dieran a luz cada año y que incluso algunas murieron en esta práctica, puesto que no existían los conocimientos de salubridad, los recursos médicos ni el conocimiento de la forma adecuada de proceder, sumado a ello la existencia de agüeros y tradiciones religiosas que hacían de este contexto una realidad violenta para la mujer.

Los temas sexuales y los cambios biológicos de la mujer eran callados y convertidos en tabú; así la mujer creció en un espacio domesticador de lo femenino que desconocía sus procesos tanto naturales como psicológicos y emotivos. Incluso procesos como la menstruación, los encuentros sexuales y los procesos de fecundación eran sabidos solo cuando les ocurría. Son infinitas las historias que las mujeres de esta comunidad enuncian para referirse a la sorpresa, el miedo y la vergüenza de lo que significaba ser mujer en ese contexto.

Por ejemplo, Consuelo nunca fue educada para conocer su cuerpo en los diferentes estados de madurez y transformación, la verdad para ella y muchas otras mujeres de la vereda fue vedada. Así lo expresa en una de las conversaciones:

“A uno le decían que los hijos se los traía la cigüeña, dizque que por una ventana, a uno le decía muchas mentiras” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

La concepción de mujer en este contexto muta a través de las etapas de crecimiento. Mujer se llega a ser después de su primera menstruación, su concepción se inscribe en su maduración y capacidad de fecundar. Antes de ello no son mujeres, son niñas.

Su transición de niña a mujer fue confusa, la sangre para ella había representado dolor, dolor y enfermedad, siendo su primera menstruación un lugar para la sorpresa y el miedo. Enfrentándose así a algo desconocido con sus pocos significantes y representaciones hacia este tema, se creó una imagen que la tranquilizara y le diera una lógica a aquello incomprendido:

“Yo si no sabía, cuando me vino no estaba en la casa, yo me fui un tiempo al pueblo a trabajar, en ese entonces yo tenía 12 años, yo trabajaba en una casa de familia donde una señora muy querida, ella me quería mucho. Eso fue un día antes, el viernes en la noche, nosotros siempre los viernes hacíamos frijoles para el almuerzo, y bueno estuvo muy rico... cuando al otro día en la madrugada yo me miré y sucia, yo pensé que se me había regado la tinta de los frijoles, yo era asustada, sin saber qué hacer, uno bien impotente y todo asustado” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

Así mismo Lilia Martínez, tras una dinámica cotidiana de visitar el río, se visitó a sí misma como mujer madura, sin saber lo que era, sin saber lo que significaba esto para su cultura,

“Yo me empecé a bañar y cuando me estaba estregando me sale ese jabón todo ensangrado, y me volé yo para la casa donde mi mamá llorando y ella me decía “qué le pasó mija, ¿se aporreó jugando?” y yo le dije: “no sé mami, yo estoy basada en sangre, no sé cómo me clavé o con qué me aporreé y mire toda ensangrentada”. Y ya luego mi mamá como con pena me contó y me explicó todo. Yo en ese entonces no conocí las toallas. Mi mamá me cortaba trapitos y me mantenía un viaje de trapitos en una cajita, eran bastantes para ir botando” (Lilia Martínez. Grupo focal 1).

La palabra virginidad fue un constructo social opresivo que se hacía presente desde que ellas tenían memoria, siendo este un estado desconocido en el que se infundía miedo y se relacionaba con una vida inútil en caso de alterarse fuera del matrimonio. Por lo contrario, los hombres tenían permitido ser infieles, golpear a sus esposas, emplear formas violentas de crianza sin que la mujer pudiese opinar al respecto, pues de cierto modo estos comportamientos eran legitimados por la comunidad como parte de una tradición donde el hombre representaba la figura de poder. Sobre esto, Consuelo manifiesta que:

“Mi papá cogía la peinilla y me pegaba mi papá dos planazos, y esa peinilla se la había regalado Argemiro a mi papá. Eso casi me botó el forro, me duró como tres meses. En ese tiempo por todo a uno le daban muy duro, uno era como un animal. Eso era horrible, le daban a uno como si fuera un animal. Una vez dije “ay juepucha” y mi papá escuchó, ni siquiera había dicho la mala palabra y eso me cogió y me dio hasta que se le rompió la correa, todavía tengo la cicatriz (...) A uno lo tenían atemorizado con el tema de la virginidad, de llegar virgen al matrimonio, al altar. Que porque la mujer que no llegara virgen a la iglesia mejor dicho el hombre lo dejaba, no quedaba sirviendo para nada” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

Fue así como la interacción de las niñas con los niños era restringida, el contacto era nulo, no se les permitía brincar, correr, bañarse o tocarse los genitales, puesto que todo representaba un riesgo para la mujer de perder su valor, su dignidad y su identidad, pues el ser mujer entonces se resumía en llegar virgen al matrimonio y posteriormente servir a un hombre. Al respecto, la cultura en este entorno cumple una función de oprimir la sexualidad de las mujeres y sus diversas manifestaciones, pero más allá de oprimir, también controla. Dice qué hacer, cómo, cuándo, dónde y con quién hacerlo (Foucault, 1977).

Con estas normas que constreñían el libre desarrollo de la personalidad, la exploración y la creatividad en las mujeres, se perdió la infancia, los juegos, el compartir y la construcción con otros, por lo que la mujer nacía con un cuerpo culpable y la educación que recibían las mujeres era la de estar listas para casarse. Sobre esto, Lilia relata su experiencia de ser mujer en esta época:

“Las mamás le decían uno que tuviera mucho cuidado con dejarse tocar de los hombres, que porque cuando le tocaban a uno siquiera la mano, uno quedaba embarazada. Uno era con ese miedo de acercarse a los hombres porque ya uno iba a tener un muchachito, a uno casi no lo dejaban salir ni jugar con otros niños” (Lilia Martínez. Grupo focal 1).

Paralelamente, Consuelo vivió esta misma situación en su casa, al manifestar que:

“(…) le decían a uno, “ojo pues culicagada, ustedes saben que si se casan y no están vírgenes, pa' que lo sepa que la acabo, ojo con dejarse tocar”, uno no podía ni salir ni brincar mucho que porque botaba la virginidad (…) la mamá a uno le prohibía tocarse la vagina que porque se dañaba, entonces uno ni se la miraba con el miedo de quedar sirviendo para nada, uno se bañaba por encima porque uno pensaba que era algo muy delicado” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

Como hemos visto, la mujer ha estado inmersa en diferentes tradiciones y prácticas que han ido determinando maneras de ser mujer en un contexto y época específica. En la generación siguiente, se continúan replicando estos modelos de dominio en la mujer, tal cual lo evidencian las narrativas y las historias en los que se habla del poder de los padres en la toma de decisiones.

La violencia doméstica que sirvió como pauta de crianza, dominio y autoridad de los padres hacia los hijos, estuvo marcada además por una diferenciación de roles, en el que el hombre figura como el castigador y la mujer como la testigo. Sobre esto, dos mujeres manifiestan:

“(…) en la casa mi papá era el pegón, mi mamá no” (Mari Gómez. Grupo focal 1), en tanto de otro caso, “ Mi papá era quien más nos pegaba, él nos daba duro cuando no hacíamos caso” (Consuelo Martínez. Grupo focal 1).

Siendo así, se marcan fuertemente los roles de dominación asignados a los hombres, se les hace creer que poseen poder sobre los cuerpos femeninos de diferentes formas. No contentos con naturalizar la violencia, también se ha aprendido a legitimarla, se justifica las conductas violentas, que se traduce además en una culpabilización a las víctimas.

La mujer como territorio de conquista. “El cuerpo y la sexualidad femeninos no son paradigma de la humanidad, son inferiorizados y su característica es además, ser para los otros” (Lagarde, 2005, p.202).

Otra de las prácticas y tradiciones de las mujeres en esa época consistía en las prácticas de conquista que hacían los hombres. Cuenta la comunidad que los hombres llevaban cigarrillos a las mujeres como símbolo de cortejo y conquista, por lo que toda una generación de mujeres en la vereda El Porvenir, que son ahora las bisabuelas, fumaron cigarrillo por esa tradición. En la actualidad es interesante ver cómo esta práctica ya no existe, lo que refleja una transformación cultural e histórica de la mujer en el territorio.

“(…) el novio le prestaba el reloj y eso era una novedad, le dejaba el reloj cuando estaban como comprometidos. Para las visitas, el novio no llevaba mecate, sino que, le llevaba cigarrillos. Es que antes fumaban, las mujeres fumaban mucho aquí, todas las mujeres mayores fumaban mucho (...) acá ninguna mujer fuma, ya las que fumaban lo dejaron. Doña Teresa vivía pegada de la pipa, y lo veía uno y la escondía la viejita esa. Ella la guardaba, demás que ya le daba pena, pero en otra época había sido normal que fumaran” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).

También era común hasta la segunda generación de mujeres en la vereda poner una lámpara de petróleo cuando estaban en proceso de conquista, esta se ponía en medio de la pareja que se estaba conociendo, evitando de este modo el acercamiento o el contacto entre ellos. Al día siguiente, quedaba en la nariz una huella de tizne debido al hollín provocado por la lámpara. Otra de esas maneras era poner al hermano en la mitad de ellos con el propósito de vigilar y escuchar lo que ellos hablaban, todo esto como una forma de control de la mujer y como una práctica de la moral religiosa instaurada en la zona. Mari Gómez como testimonio nos relata cómo se daban estas formas:

“(…) era una mecha a la que le echaban petróleo y era un humero, esas lámparas las ponían en la mitad del novio y la novia cuidando de que no hicieran nada en las visitas, al otro día amanecía con las narices negras, o ponían al hermanito a vigilar cuando era la cita.” (Mari Gómez. Grupo focal 1).

La mujer y los rituales religiosos. Otras de las prácticas culturales que desempeñaban las mujeres en este territorio corresponde a los rituales religiosos. Esta zona tiene una influencia determinante de la religión católica por la visita de muchos padres a esta zona. Se cuenta que anteriormente rezar el rosario era un ritual de la comunidad, todas las noches o todas las mañanas la familia se reunía para llevar a cabo esa práctica. Y eran las mujeres quienes sostenían esta práctica religiosa que paulatinamente se fue perdiendo, pues las madres dejaron de imponerlo, lo que generó una transformación en estos aspectos de la religiosidad de la mujer.

Esto se reafirma con las narrativas encontradas, en las cuales se evidencia que antiguamente existía una gran influencia de la religión en la moral construida alrededor de la mujer y lo femenino, y que en la actualidad ya no es tan enfática pues existe hoy en día una mayor autonomía y valoración al ser mujer, que no solo las limitan al campo religioso.

“En la casa también con el rosario era sagrado pero era por la noche, bueno, después era el rosario y el evangelio, después le empezamos a decir a mamá y la conquistamos para que solamente el evangelio y un rosario más cortico que ella hacía, después que no, que solamente el padre nuestro y el evangelio y después es que nada. Mi mamá dijo que ella se cansó de tenernos que llamar para que rezáramos, que si nos íbamos a condenar que nos condenáramos, entonces ella todas las noches se va y coge esos libro y se va a leer sola, y yo le digo que entonces ella se va a condenar porque no nos llama “usted era la que tenía que mantenernos ahí, si usted no pone problema nosotros no rezamos” (...) Yo le digo una cosa, las mujeres son las que sostienen esas tradiciones, si ellas renuncian eso se pierde, porque los hombres nunca van a ser ese punto ahí de que van a manejar y sostener una tradición. Cuando las mujeres renuncian eso se pierde” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).



Fotografía 5. Mujer antigua, mujer sabia del territorio

Como vemos, son diversos los factores que han generado transformaciones en la manera de ser mujer, que han oscilado desde aspectos como la religión, la moral católica y conservadora, la instauración de un poder hegemónico que han sido en parte determinantes (estructurantes) en la construcción de la feminidad en la comunidad de El Porvenir.

La mujer en la educación. Además de ello es importante mencionar los procesos educativos como parte de las rupturas que han configurado en las mujeres otras formas de representarse y ser. En el caso de la educación es necesario mencionar que muchas de las mujeres de la segunda generación se han interesado por romper ciertos esquemas tradicionales. Uno de estos procesos de transformación corresponden a la posibilidad que algunas mujeres

empezaron a gestar en el seno de la comunidad, buscando educarse y formarse académicamente, lo que generó grandes rupturas sociales y culturales, pues anteriormente la mujer solo estaba limitada a las labores hogareñas como lo referenciamos anteriormente.

Es el caso de la Magister Gabriela Hernández, docente de la escuela de la verdad El Porvenir, quien nos relata que gracias a la educación ha generado un proceso de autonomía, construcción de sí misma y de su libertad, al mismo tiempo que ha aportado a la construcción de la estructura social en la comunidad. En la entrevista Gabriela narra que tuvo inconvenientes con su padre al querer continuar el bachillerato:

“Sin embargo yo quise y no sé cómo hice, y enfrenté a mi papá y le dije que quería estudiar y lo hice. Yo inicié mi bachillerato cuando tenía 15 años, de hecho yo me casé sin terminar el bachillerato, y mi esposo sí siempre me ha apoyado, de hecho después de que me casé teniendo mi primer hijo, inicié la licenciatura y ya ahorita hice la maestría teniendo mis tres hijos. El apoyo de mi esposo ha sido muy favorable en mi proceso académico y comunitario también, porque el hecho de que yo tenga que dejar la casa para atender reuniones de la comunidad, para ir a veces a otras veredas y hacer otras actividades como líder, eso hace que uno necesite el respaldo de la familia y si no, no fuese posible o sería un caos” (Gabriela Hernández. E2).

Desde esta perspectiva, la educación y la reconstrucción de los roles familiares les ha permitido a algunas de las mujeres de la vereda romper con ciertos esquemas patriarcales que vulneran los derechos sociales, sexuales y reproductivos de la mujer, para así aportar al tejido social, cultural y diverso de este territorio. Esto evidencia que las mujeres a través de sus cambios de rol, influyen en el control y en la interacción de todo su entorno social (Solano, 2007).

Líderes y colectividades que transforman a la mujer. También y en este mismo sentido de las transformaciones que ha tenido la identidad de la mujer históricamente en el territorio, la comunidad resalta el papel que han desempeñado algunos colectivos y en especial el aporte al conocimiento y ejemplo de construcción comunitaria que generó el grupo Aluna (colectivo que se desempeñó en el fortalecimiento social y comunitario de espacios rurales) desde el año de 1984.

Esta organización fue fundamental para generar una identidad colectiva dentro del territorio, formar espacios sociales de encuentro y particularmente en el caso de las mujeres, influyó para generar los procesos de participación comunitaria, estableciendo diálogos formativos e integradores con otras mujeres, encontrando así nuevas feminidades que ampliaron su perspectiva de ser mujer y dieron nuevos sentidos a su identidad. Es así como las situaciones ocurridas en un territorio moldean un Yo que no es estático e inamovible, pues las construcciones históricas determinan características de la identidad (Rocha, 2009). Al respecto, una mujer recuerda de esta época que,

“ (...) desde que yo era muy niña nos hemos caracterizado porque nos ha gustado mucho el trabajo en comunidad. Yo he creído que ese legado nos lo ha dejado el grupo Aluna. Ellos empezaron a hacer trabajo comunitario y ahí se involucraron las mujeres, tanto desde allá (El Carmen de Viboral) como de la vereda (El Porvenir), pienso que desde ahí se generó la confianza en la mujer que ser capaz, de poder, porque desde ese entonces, incluso antes del conflicto ya las mujeres luchábamos y trabajamos por la comunidad” (Gabriela Hernández. E1).

De otro lado, es importante considerar el aporte de algunas líderes comunitarias del territorio quienes han sido referentes vitales para la transformación de la mujer de la vereda, como es el caso de Cruz Eliza quien fue una de las líderes de la comunidad que más incidió en el trabajo comunitario, por lo que muchas de las mujeres en la vereda reconocen en ella una fuente de saberes, aperturas políticas y sociales de la mujer. Según cuenta Consuelo Martínez al respecto,

“Ella hacía resistencia y ella donde hablaba a ella se le escuchaba y se sabía desenvolver. Ella fue una gran persona con muchos valores, mejor dicho, ella era como la mamá de toda esta comunidad aquí era lo que ella dijera y fue una mujer muy trabajadora en la comunidad, muy echada para adelante y sacaba muchos proyectos pa’ la gente y toda una líder. Como ella no volvemos a ver, con ella fue que aprendimos a proteger los bosques, las aguas y uno al principio pensaba que eso era una bobada, pero de ella tanto echarnos carreta nosotros ya empezamos a proteger como las aguas y cuidar bien todo eso y más que todo a proteger el bosque, y fue algo muy bonito que aprendimos de ella y que eso nos sirve mucho hoy en día” (Consuelo Martínez. E4).

7.1.3. La mujer en el conflicto armado. Finalmente y no menos importante, en este apartado es necesario hacer mención del conflicto armado como otro de los factores socio-históricos relevantes en el proceso de transformación de identidad en la mujer campesina de El Porvenir, pues este evento modificó las prácticas y tradiciones de las mujeres en el territorio (Gutiérrez, 2015). Este fenómeno se fue dando desde finales de los años ochenta, recrudesciendo

a finales de los años noventa, en los que diversos grupos armados se disputaron el territorio y generaron de igual manera cambios determinantes en las dinámicas individuales, familiares y colectivas que desencadenaron a su vez de manera particular en las mujeres de la comunidad.

Sobre este fatídico momento, Yoli Orozco relata algunos de los sucesos vividos en esta época:

“Yo me acuerdo que mucho tiempo después vino las FARC, desde los ochenta entraron grupos acá, lo que pasa es que ellos estuvieron cuarenta años muy silenciados y nosotros aprendimos a convivir con ellos, pero la cosa nunca se alarmó ni pasó a mayores, ellos conciliaban. Ellos tenían su campamento, respetaban mucho las familias, no se metían con nadie, ellos no eran abusivos, pedían favores, pero nada, todo muy normal; eran como los de ELN, eran más pasivos, más conciliadores, lo más miedoso fue cuando llegaron los de las FARC ellos si eran terribles” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).



Fotografía 6. Huellas de la guerra, zona minada

Dentro de estas dinámicas que se fueron transformando, los grupos que ingresaron al territorio, generaron dentro de él unos mecanismos de poder, controlando e incidiendo de una manera distinta la vida cotidiana y la convivencia en la comunidad (Araya, 2002). Fue así como el patriarcado conocido en la comunidad se fue volviendo menos opresor con el poder fungido por los actores armados, permitiendo otros discursos para ellas, además un respaldo ante su seguridad. Así, Lilia narra frente a esta situación lo que a ella le ocurrió una vez ingresaron los primeros grupos armados a la comunidad.

"A mí me pasó cuando vivíamos por acá que empezaron a llegar los primeros, que los tales Socios y ellos empezaron a hacer reuniones y nosotros no bajábamos a las reuniones, y ya un día nos encontramos con esa gente en el río, nos estábamos bañando. Cuando nos dijeron, "oigan, los tenemos en la mira, han pasado tres

reuniones y ustedes no han ido, y ya los tenemos en la mira (...) ya después de eso nos tocó empezar a ir a las reuniones, cuando empezamos a ir llegó otro grupo a la comunidad que no me acuerdo cómo se llamaban y también nos citaban a reuniones, ellos nos decían que querían resolver los problemas de la comunidad, los problemas que tenga con su esposo, o los problemas que tengan nosotros se los vamos a organizar. Y me acuerdo que Onorio una vez me pegó unos juetazos duros y yo bajé y hablé con un Socio de esos y le dije que mi esposo me había pegado. Ellos eran como la autoridad, eran la máxima autoridad” (Lilia Martínez. Grupo focal 1).

De la misma manera, Cecilia Gómez cuenta una experiencia vivida en comunidad donde los grupos guerrilleros ejercían dominación sobre las actitudes machistas de los hombres de la vereda:

“(...) aquí en el quiosco amarraron a Alberto Soto, eso fue en un festival, él ya estaba prendidito pues y le tocó una nalga a una de nosotras, y el mandón de la guerrilla vio que le habían tocado la nalga y estaba cansoniando mucho, entonces lo cogieron y lo amarraron a un árbol toda la noche y nosotras bailando. Él decía, que lo largaran y ellos le decían que eso no se hacía, que eso tenía cárcel, que tenía que aprender a respetar. Y eso se quedo toda la noche amarrado con un aguacero” (Cecilia Gómez. Grupo Focal 1).

Así mismo, los hombres consideran que las mujeres comenzaron a tener más carácter y libertad sobre ellas mismas a partir de la vivencia del conflicto armado. Como se ha enfatizado anteriormente, la mujer se dedicaba a *ser* lo que los hombres querían sobre ellas (Ospina 2009), fue entonces a partir de la llegada de los grupos armados que ellas sintieron respaldo y seguridad, pues ya las normas no solo operaban sobre ellas, también se impartieron unas normas bastante estrictas sobre los hombres. Al respecto, Martiano Gómez y Gerardo Martínez nos cuentan que a pesar de las huellas irremediables y trágicas que dejó la guerra, de manera paradójica esta permitió a su vez el surgimiento de una mujer empoderada, autónoma y sin miedo.

“De la guerra para acá ellas quedaron con un poder del que no han querido bajarse”

(Gerardo Martínez. Grupo focal 2).

“Porque llegaban guerrilleros y le decían a la mujer “ah, que el marido me está regañando, me está pegando, me está amenazando” y ellos le decían: “cuéntenme, cuéntenme cuando la vuelva a amenazar o le vuelva a pegar que yo voy y la defiendo o lo mando a matar”. Así fue que pasó, entonces ellas fueron cogiendo más fuerza a coger más poder, (...) se volvieron más ñonas” (Martiano Gómez. Grupo focal 2).

Fue entonces que, esta serie de cambios vividos en el territorio fueron configurando enfáticamente en la tercera generación de la población de este territorio, unas maneras de feminidad con más carácter, mayor autonomía y empoderamiento (Meertens, 2000). Así, este

grupo de mujeres construyeron durante el recrudeciendo de la guerra en el 2001, un urdimbre de fortaleza y apoyo para la comunidad atemorizada por las fuerzas paramilitares.

“(…) en la época del conflicto armado y cuando se agudizó, las mujeres fuimos las que trabajamos fuertemente, nosotros tuvimos una señora que fue presidente de la junta y en ese entonces ya habíamos otras mujeres que trabajábamos, yo ya era docente. Nos tocó enfrentar, digamos que de lleno, por qué en una época en que entraron los paramilitares nos enfrentamos a ellos cuando se nos iban a llevar un ganado de la gente y ellos no tenían porqué llevárselo, y ellos al vernos tan arriesgadas no se lo llevaron. Ellos llegaron al Retiro diciendo que esas mujeres de El Porvenir eran muy bravas” (Gabriela Hernández. E2).

Sobre la resistencia de las mujeres en medio de la guerra, Yoli nos cuenta su experiencia de secuestro durante el recrudecimiento del conflicto armado:

“(…) a mí las FARC me secuestró, me sacó de la escuela, cuando eso yo dormía ahí. Me tocaron la puerta por la noche y me taparon los ojos y me hicieron caminar y caminar hasta llegar a una casa vieja (…) allá nos quedamos amaneciendo todo la noche. (…) luego llegamos donde había una avanzada que es donde tienen como una barrera antes del campamento y vino el jefe guerrillero. Lo que pasó fue que después de la hablada con él quedamos más tranquilos, porque pensábamos que nos iban a matar. (…) vea es que a mí me llevaron por otra cosa, ellos pensaron que yo era la que estaba mandando unas cartas a los guerrilleros de parte de los desertados

para que ellos se salieran, y los mandos de la guerrilla cogieron esas cartas y dijeron que yo se las llevaba (...) era súper delicado, que yo no entiendo porqué él me creyó, es que era mi palabra en contra de la de sus hombres (...) y él tenía fama de sangriento y yo ya lo había visto en una navidad que fue horrible (...) entonces él ya me conocía porque era la profesora y ya se calmó un poquito (...) me dijo que qué pena las condiciones en que me había traído y yo le dije: “ah no, es que no se preocupe que yo también necesito hablar con usted”. Ay, yo no me explico de donde le sale a uno esa fuerza (...) él me dijo lo de las cartas, yo le dije que no tenía nada que ver y me creyó y me dijo que me quedara tranquila (...) y yo ya le dije que los hombres de él nos estaban robando, nos tenían con miedo y él me dijo que no estaba dando esas órdenes, que le daba mucha vergüenza eso que cuánto nos debía, y yo: “y que nos va a deber, pues nada, ya que nos diga que usted que no está ordenando eso, ya quedamos tranquilos porque nos queremos ir” (...) a la final me pidió disculpas y me dijo que no le iba a hacer nada a la comunidad (...) a mí me llevaron y me metieron por unos montes arriba, lejos y ellos me trajeron pero en el caminos nos encontramos con un grupo de milicianos que eran Peluchín y Rigo Rojas que estaban alarmados, nos dijeron que me estaban buscando, que la comunidad estaba enloquecida y ahí me agarra a mí la chilladera (...) entonces Rigo y Peluchín me trajeron y la guerrilla se devolvió, imagínense yo con semejantes personajes (...) en el camino nos encontramos con unos Elenos y también: “que porqué se la llevaron que vea, la comunidad está muy preocupada” (...) Cuando llegué donde papito, todos estaban allá. La comunidad eso ya estaban todos juntos buscándome (...) mi mamá ya estaba llorando” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).

La vivencia del conflicto desde la perspectiva de una mujer conlleva al desarraigo de sí misma y se representa al dejar sus prácticas en la tierra, a la construcción de su familia y la relación con su territorio (Miller, 2005). El despojo no solo se experimentó al marcharse de un espacio territorial, sino también en el abandono de los símbolos que sostenían la identidad y la construcción como mujer en dicho lugar determina una dimensión de su identidad que se pierde al abandonar el hábitat, modificar sus acciones que hasta entonces eran en el campo, las formas de comunicarse con una comunidad identificada y la forma de verse así misma fuera de su hogar. Es así como la forma de vivir en un territorio determinado fija un modelo de identidad que abarca lo social y también lo individual (Carbajal, 2019).

Desde la perspectiva de una víctima del desplazamiento forzado, Dioselina temió por la seguridad de su familia, por ello se marchó de la vereda sin despedirse y sin esperanzas de regreso. Ella narra desde su biografía de la guerra la experiencia que tuvo cuando se agudizó la confrontación armada, cuando su casa también fue un escenario del conflicto.



Fotografía 7. Dioselina y Eugenio cantan "Mi vereda", canción que narra su experiencia del desplazamiento

“(...) cuando estuvo esa gente, tanta guerrilla por acá eso era muy horrible porque amanecían hasta sesenta ahí en un corredor, ahí donde está Eugenio. Eso dormían y venían a pedir comida, uno cómo les decía que no, cuando eso la casa era pequeña. Una vez me hicieron matar siete de mis gallinas y cocinarles para ellos y eso me acosté como a la una (...). Que pesar y por eso fue nos fuimos, eso era muy maluco, vivía uno nervioso que se le llevaran un hijo o que uno no amaneciera cuando venían a dormir acá, o que viniera un helicóptero. Una vez me dijeron que me colaboraban dándome pollos de engorde, que me daban comida pero que mi esposo y yo teníamos que colaborarles, y yo dije que no, que el esposo mío era muy miedoso, él no coge un arma” (Dioselina Soto. E6).

Consuelo Martínez y Dioselina Soto, cuentan que durante la situación de conflicto el rol de las mujeres consistía en fortalecer los vínculos que quedaban en el territorio, adoptando una

red de apoyo y resistencia, evitando así más desplazamiento y el despojo de sus tierras. Posteriormente, en la época del retorno ayudaron a las familias a establecerse nuevamente mientras recuperaban la cosecha y volvían a reconstruir sus hogares.

“Nosotros no nos fuimos, nosotros nos quedamos aquí pero vivíamos miados, nosotros vivíamos con la maleta empacada (...). Hicimos resistencia, porque uno se ponía a pensar que uno se iba y después para volver (...) era más difícil para uno volver (...). Quedamos muy poquitos la vereda era como de treinta y seis habitantes y quedaron siete. Eliza fue muy importante para quedarnos, ella nos daba mucho ánimo para seguir adelante” (Consuelo Martínez. E4).

“Oiga y a mí me daba una angustia irme, vender los animalitos, dejar todo por acá. Cuando eso Eliza hizo una reunión (...) me dijo que no me fuera, que teníamos que luchar pero a la final a mí me dio mucho miedo por mis muchachos y me resulté yendo” (Dioselina Soto. E6).

Fue entonces el arraigo al territorio (territorialización) lo que posibilitó que estas mujeres se quedaran cuidando su tierra y las representaciones puestas en ella, lo que a su vez permitió que después de mucho tiempo fuera de este pudieran retornar para recuperar sus prácticas y las formas de ser mujer en el territorio (Pons, 2002).

“Yo fui la que empujó para acá (...). Yo me aburrí por allá, 8 años mucho por allá (San Pedro). Yo me aburrí por allá con la familia y yo: ¡eh!, me voy. A mí me

hacían dar rabia porque yo soy muy rabiosa y les decía: “yo me voy, ya me voy a ir que es que estoy muy aburrida”, y entonces me decía un hijo mío que si me iba, me iba sola porque yo los niños no se los dejo llevar porque se mueren de hambre por allá, y yo le dije: “¿cómo?, no ve que la gallina anda con los pollos” y nada hasta que me fui y les dije que si no me seguían yo por allá conseguía quien me colaborara y vea, siempre se vinieron. Nos tocó sufrir por acá, a comenzar de cero, sin nada sembrado, puro rastrojero, la casa vacía, porque uno cuando se iba los paras le desocupaban todo, le dejaban solo el coco a uno (...). Yo me vine a vivir casi que en el piso, por allá al tiempo levantamos unas vigas y conseguí unos colchones sola, porque Eugenio (su esposo) se quedó en San Pedro, me fui haciendo la cocina (...) y así fui parando la casa con latas de guadua (...). Y sufrimos al comienzo mucho, nos regalaban frijoles y mercado y mientras tanto comíamos era plátano. Luego fui y hablé para que los muchachos estudiaran y ya yo llamé a Eliza para que me ayudara y ella me consiguió la comida en el restaurante para los niños (...) decía que como así que la gente se venía por acá sin nada, que había que colaborarles, me colaboró mucho (...) yo era contenta por aquí, yo no me aburría, yo era contenta por aquí y bueno” (Dioselina Soto. E6).

Fue así como tras la modificación de estancias socio-históricas, las generaciones de mujeres en el territorio de El Porvenir fueron mutando, siendo la vivencia del conflicto armado la que más incidió en el fortalecimiento y cambio de las dinámicas existentes, pues la ausencia de masculinidades por causa del asesinato y el desplazamiento, también causó una exploración

de la mujer asumiendo prácticas que eran consideradas exclusivas de los hombres, convirtiéndose así en recolectoras y al mismo tiempo cuidadoras de sus hogares.

Una vez reconstruidos y modificados sus roles comunitarios y el lugar ocupado en sus hogares por los factores antes descritos, la guerra fue un lugar donde su carácter, el cuidado por su familia (siendo esto lo que por tradición las definía), desató una actitud de lucha y defensa por su identidad, enmarcada en lo social y territorial (Montoya, 1994). Ciertamente, durante el retorno luego del desplazamiento la mujer tuvo un papel fundamental en la restitución del lugar de las mujeres dentro de sus familias en la vereda.

“(...) el conflicto influyó un poco porque las mujeres (...) por ejemplo las madres que salieron a otros lugares, vieron también otro panorama (...) La guerra lo que hizo fue mostrar otras posibilidades en el sentido de que se podía ser más independiente, las mujeres podían trabajar y hacer otras cosas que normalmente no hacía, entonces eso generó que los hogares después del conflicto tengan uno, ¿cómo decirlo?, las familias siempre estaban constituidas por un papá, una mamá y unos hijos antes del conflicto, después del conflicto armado esa no es la tradicional familiar de El Porvenir porque ya hay muchos hombres solos, mujeres que viven solas con sus hijos y han desempeñado actividades diferente por esos cambios (...) yo creo que ahí pudo haber influenciado, ahí la mujer empezó a integrarse más en esos problemas.” (Yoli Orozco. E1).

Con todo, la presencia de mujeres combatientes en las fuerzas armadas, la visibilización de ellas como sujetos activos de la comunidad y no objetos de la cocina, la oportunidad de escolarizarse más allá del grado tercero, y la disminución de cargas religiosas, permitió tras una serie de eventos multicausales la re-significación de la mujer actual en la vereda construida con viveza y libertad. Así, si bien dentro de las mujeres de El Porvenir existen una gama amplia de lo que significa ser mujer en el territorio, la esencia en todas ellas es el tesón, la sensibilidad y la fuerza inagotable en el mantenimiento, el cuidado y protección de su familia, siendo cada una de estas habilidades un espacio del recuerdo y un lugar para la tradición.



Fotografía 8. Dioselina habita su territorio

Posterior al conflicto armado, hoy en la comunidad hay mujeres cabeza de hogar que se dedican a la agricultura, el cuidado de los hijos y a la participación de la comunidad, hay mujeres ganaderas, madres y líderes que ven la comunidad como un escenario familiar.

Igualmente, están las mujeres que caminan todos los días, atraviesan montañas para cuidar su cafetal, declarando el cuidado como medio de propiedad, “ese café es mío porque yo soy quien lo cuida” (Dioselina Soto. E6). De otro lado, hay mujeres docentes que se quedaron para reconstruir su comunidad, hay mujeres que aman la cocina y la muestra de su amor se exhibe en cada uno de los platos servidos y agradecidos; mujeres que son canciones y cantan historias de su cultura y tradiciones, haciendo de su existencia un puente para la memoria y su identidad campesina. Hay mujeres que son ramajes y se extienden haciendo puentes con otras comunidades, con otros seres, conformando en su centro unicidad y fortaleza; en el Porvenir hay mujeres que aún guardan silencio y que arde en ellas una llama inconsumible de dolor, hay mujeres que la enfermedad y el cansancio les ocurre para mostrarse a sí mismas que la vida se representa en diferentes estados, que la vida es la alegría y la lucha, haciendo de estas formas un lugar memorable para sus prácticas, su tiempo y sus cuerpos.

En la diversidad de mujeres existentes en El Porvenir se teje una arista de cambio, una perspectiva de la mujer libre, empoderada y capaz de transformarse y transformar, ellas renuevan la historia y la mutan. Por ello, es el momento de ver el mundo con un sentido volcado a la feminidad, de conocer la historia a través de las mujeres y sus roles en la sociedad. Al respecto, Lagarde (2005) habla de la necesidad e importancia de abordar desde una perspectiva antropológica la historia de las mujeres, desde las mujeres. Así, "una antropología cuyo sentido profundo sea el conocimiento para construir sociedades y culturas sin opresión. Crear una realidad humana compleja y plural articulada en torno a la diferencia. La configuración de la humanidad como la unidad en la diversidad" (p. 75).

7.2. Imaginarios de las mujeres de la vereda El Porvenir, una perspectiva de la comunidad

“Las mujeres trabajando todo el día y no se les ven, hacen muchas cosa, que los animales,
y no se les ve” **Gerardo Martínez**



Fotografía 9. Magdalena la madre, ella manda en casa

Esta investigación pretende reconocer enfáticamente lo que representa una mujer en un entorno rural abatido por la guerra, alejado y escondido entre las montañas, sin pretender desconocer el trabajo que han realizado los hombres en este territorio, pues dentro de las narrativas que se analizarán a continuación, se percibe un trabajo conjunto en la construcción de

comunidad, siendo ambos géneros indispensables en el reconocimiento de lo que es hoy la vereda de El Porvenir.

Indagando por la pregunta sobre la mujer en el territorio El Porvenir, se llegan a un número de percepciones relacionadas con el significado para el desarrollo y sostenimiento de la comunidad. Tanto hombres como jóvenes y visitantes (foráneos), tienen una gama diversa de lo que atraviesa esa vivencia con unas mujeres nacidas en la montaña. Preguntarse entonces por el significado de la mujer y lo femenino para la comunidad, ha generado una diversidad de respuestas, ya que según la forma en cómo ella se vincula con los otros y la manera en que se percibe a sí misma y es percibida por otras personas de su entorno, genera un proceso de intersubjetividad que constantemente dinamiza el ser-hacer mujer en su contexto particular.

Como hemos visto, las mujeres de la comunidad se han re-adaptando debido a una serie de transformaciones culturales a través de sus experiencias en el territorio, aspecto que abordaremos más adelante. A pesar de esta multiplicidad de formas que la rodean, ellas siguen teniendo su importancia en el espacio a partir de sus actividades hogareñas, donde renueva la fuerza de trabajo, sirve a sus hijo y esposos.

“El trabajo de la mujer acá es muy agradecido, uno saber que viene del trabajo cansado todo el día y saber que viene la señora con un traguito de claro, un almuercito, una comidita, la mujer es lo las bello que hay” (Martiniano Gómez. Grupo focal 2).

El ser mujer en un contexto rural implica trabajos desmedidos frente a diferentes tareas que transcurren en ambientes comunitarios y familiares, siendo las funciones comunitarias un campo que se ha fortalecido por las mujeres de este territorio. Con ello, ha ocurrido un tránsito de la mujer del espacio doméstico y privado, al escenario político, organizativo y público. Pese a la importancia que tiene para una comunidad la incidencia de las mujeres en la organización social, los hombres de esta vereda contemplan la importancia de la mujer en el sentido en que continúa sirviendo al hombre, haciendo de la cotidianidad de este algo más fácil.

“Ella es importante en el territorio porque es la compañía de uno, la que está entreverando en todas las cosas, porque está con el marido y funcionando todos dos” (Gerardo Martínez. Grupo focal 2).

“En la comunidad la mujer es muy importante porque son los seres que no nos dejan morir de hambre” (Taller con jóvenes).

De esta manera se desconoce y se le resta importancia al papel que cumple la mujer en los escenarios públicos y su capacidad de desarrollo en espacios distintos a sus hogares, se traduce esto en un tipo de violencia simbólica, donde coarta la autonomía de la mujer y solo se le reconoce desde una figura servil para el hombre (Ospina, 2009). Todas las funciones operantes en la comunidad son de vital importancia para el mantenimiento de su cultura, pero vemos que desde la narrativa de los hombres se tiene una consideración de importancia volcada a ellos mismos, replicando otras formas de machismo,

“(…) a la mujer de esta vereda si le toca trabajar mucho pero como es a la sombrita pues no es tan duro, en cambio uno si es al sol y al agua y eso sí es muy berraco”
(Gerardo Martínez. Grupo focal 2).

“Sin mujeres en la vereda, no hubiera quien lave la casa, la cocina, la ropa ni quien hiciera de comer mientras los hombres salen a trabajar” (Taller con jóvenes).

Desde esta perspectiva, representar un género en una sociedad implica un proceso social de peripecias mágicas que implican volver invisible las labores que realizan las mujeres, siendo ellas el grupo social que realiza sus labores de manera constante, diferenciándose de los hombres quienes a causa de la fuerza de trabajo se la pasan el mayor tiempo de sus vidas sin crear (Lagarde, 2005).

Pese a los cambios en los roles en las últimas décadas, todavía en el discurso y la práctica permanece de manera reiterada “la utilidad” o cualidades clásicas que por defecto cultural debe tener una mujer y que son representadas en su servicio a la casa, pues la vida de ella se ve realizada bajo un matrimonio y unos haceres domésticos a lo que ellos denominan como la idealización o el imaginario de una mujer perfecta,

“A nosotros nos gusta las mujeres bonitas, que sean tratables, que sean sencillas y caseras, que no alegue mucho, que sea bien garbosa, ella bien peinadita, organizada, esa es una mujer que vale la pena, que no sea muy viciosa, que tenga el pelo largo. Es que la presencia de una mujer es el pelo, una mujer peli cortica es como un

hombre. Que sea amorosa, que se quede en la casa y colabore con la casa, que ellas no manejen la plata, que la plata la maneje el hombre” (Grupo focal 2).

En la actualidad, si bien es menos visible e intolerable la violencia hacia las mujeres en la vereda, hombres y mujeres han logrado espacios sociales, donde las formas de violencia explícitas han menguado y las masculinidades presentes también ejercen algún tipo de presión para que esto no suceda,

“Por acá se ve que maltratan a las mujeres, antes sí, ahora de vez en cuando por ahí (...) cuando nos damos cuenta que le pegan a la mujer uno les dice que eso no se hace (...) uno defiende a las mujeres acá ya (...) las mujeres que le pegan acá se quedan calladitas, ellas no dicen nada como para uno defenderlas, uno ni se da cuenta” (Gerardo Martínez. Grupo focal 2).

Sin embargo, al decir que estas maneras de violación y vulneración de los derechos de la mujer ya no son tan marcados como antes, no desdibuja un panorama de violencia simbólica e implícita que continúa de manera cotidiana y soterrada hacia las mujeres de esta vereda, pues la forma en que se piensa sobre ellas incide en cómo son tratadas desde aspectos económicos y otras tareas que ellas realizan además de servir a los hombres. Por ejemplo, la participación de ellas en las acciones comunitarias, desde la perspectiva de algunos hombres de la vereda es vista como reuniones las cuales prescinden de importancia alguna,

“(...) ellas asisten a reuniones por ahí cuando las llaman, van al centro, a la escuela, lo ayudan a organizar, a ver qué más van a hacer, no tienen nada más que hacer”

(Carlos Ciro. Grupo focal 2).

Así, sus atributos sociales no son considerados como importantes para ellos ni para los jóvenes, puesto que la visibilización de los roles de la mujer se efectúan en su hacer doméstico, por lo cual la formación académica no hace parte de las consideraciones que hace a una mujer más valiosa, empoderada y determinante para el desarrollo de sus hogares y su comunidad.

Pese al encuentro de este panorama sobre el hacer de la mujer en la ruralidad, también nos encontramos con otras perspectivas en las que se inscriben las mujeres, donde las labores del campo también son compartidas hombro a hombro con los hombres,

“Acá hay mujeres como Mary que cogen un machete y se van a trabajar a la finca, coge café, se mantiene por ahí desyerbando, aguantando sol. Son mujeres muy berracas” (Martiniano Gómez. Grupo focal 2).

“Mi mujer trabaja mucho, ella siembra de todo, yuca, maíz, es una barraca (...) tiene una matas y otras matas por allá y eso es dele. Ella es muy mayor y eso es dele, vaya y verá, de mayor a menor mantiene yuca, trabaja mucho” (Hector Quintero. Grupo focal 2).

Si bien se conoce sobre las funciones que tienen las mujeres en El Porvenir en sus hogares, poco se visualiza un reconocimiento, a diferencia de las funciones de los hombres que se lleva a cabo en el campo. La siembra en este sentido se hace más visible que el hacer doméstico, y a pensar que las mujeres también tienen funciones de labranza en la comunidad, las actividades desempeñadas en el hogar son las que priman y cobran más valor socialmente.

En los discursos de los hombres, jóvenes y niños de la vereda se evidencia la necesidad de convivencia con las mujeres, puesto que son vistas de una manera utilitaria, más como una garantía para asegurar la supervivencia, la alimentación y el cuidado en un contexto tan remoto como es El Porvenir. Bajo esta percepción, se enuncia entonces que una mujer entre más trabaje en su casa es más mujer, por lo que es más útil y ha desarrollado su vida de una manera más digna.

La mujer en la vereda representa vida, diversidad y fuerza de trabajo, entre ellas es más fácil reconocer la función que desempeña su congénere, pero visualizar su importancia frente al sostenimiento de la comunidad se hace escaso. Visiones externas a las narradas por la comunidad representan una experiencia distinta de la mujer. Este es el caso de Alba Gómez, quien convivió intermitentemente con la comunidad por muchos años, nos comparte su percepción frente a la mujer y sus cambios en el espacio.

“O sea, para mí es más diversa y tiene más potencial la mujer que el hombre, el hombre está en la condición de coger la bestia, ir a ver el ganado, ir y hacer sus labores en el campo y súper dependientes totalmente de las mujeres... que le echen

la bogadera, que le echen la coca y el fiambre. En cambio las mujeres uno las ve revolver más fácil (...) A los hombres les cuesta mucho reconocer que ellas se pueden meter en esos espacios y hacerlo bien, no lo quieren admitir, es un poco amenazante para lo que ellos han ocupado y en el reconocimiento las reconocen en los roles tradicionales, pero meterse en otros asuntos que han sido masculino, ellos tienen sus prevenciones y descalifican” (Alba Gómez. E7).

Paradójicamente, los hombres reconocen en sus mujeres ancestras (madres y abuelas) unas capacidades que los hombres no poseen como lo son la paciencia, el saber, la inteligencia, la experiencia en el campo de la salud, la sanación y el hacer comunitario.

“Las mujeres siempre han sido las maestras, Anita enseñaba por allá, (...) a ellas les pagaban un sueldito que recogían entre las familias y enseñaban en una casa (...) Tenían mucha experiencia y sabían de plantas. Mi mamá tuvo sesenta años de partera y murió de noventa y siete años, (...) le enseñó la mamá a ser partera y en el tiempo en que ella estuvo atendiendo partos no se murió ni uno ni tuvieron que echarla para el pueblo” (Martiniano Gómez. Grupo focal 2).

Así mismo, se reconoce en las mujeres una suficiencia en la organización social, pese a que de esta manera también se califica con recelo estas capacidades en las mujeres actuales,

“Las mujeres acá son más avispadas. Tiene más experiencia la mujer porque el hombre es muy tupido, que no tiene la inteligencia que tiene la mujer, son más

tímidos. Hay mujeres que le quitan el poder a los hombres, pero siempre es mejor que tenga el poder un hombre” (Gerardo Martínez. Grupo Focal 2).

De las narrativas de los hombres se aprecia gratitud hacia lo que representa la mujer para ellos, acciones como tener la casa limpia, la tranquilidad de llegar a casa y estén los alimentos en disposición y al salir del trabajo poder llevar su alimento, y según esto se clasifica a una mujer como buena o mala, y la búsqueda de ellas se especifica en hallar un prototipo que haga sus vidas más cómodas.

“Son importantes porque de todas maneras acompañan a uno de todas maneras y uno está más animado ahí al lado de ellas, ellas son la felicidad” (Alfonso Osorio. Grupo Focal 2).

“Mi mujer es la más guapa, eso hace todo en la casa. La mujer, mi mujer, eso es lo más lindo que hay. Yo vivo como recién casado a toda hora” (Carlos Ciro. Grupo focal 2).

“Un hombre sin mujer no vale nada. Que lo acompañen a uno es muy importante. La mujer es la vida de la casa” (Martiniano Gómez. Grupo focal 2).

Considerando la permanencia de estas percepciones, cobra relevancia resignificar el rol femenino, donde la importancia del ser mujer no resida en el reconocimiento de la comunidad

ni de los hombres, sino, en autoreconocerse en esa universalidad que construyen cuando creen en sí mismas.

Algunas formas de libertad, a diferencia de otras épocas de la comunidad, son admitidas por los hombres en el comportamiento las mujeres. Aunque las maneras de dominación hacia la mujer no han sido totalmente erradicadas, existen espacios para ellas que se promueven y son respetados por los hombres, permitiendo otras dinámicas actuales de respeto y tolerancia en la familia. Al respecto, un hombre manifiesta que,

“Que lince que le guste que tomen, de todas manera quién las va a atajar, el trago se hizo para tomar y no para bañar caballos (...) acá celosos nada ni que bailen con otros, que pasen bueno (...)

Que la mujer haga lo que quiera, muy bueno que participen y hagan bastantes cosas. Ellas les gusta salir mucho al pueblo y se van más de ocho días pa’ donde los hijos y uno se queda tranquilo” (Martiniano Gómez. Grupo focal 2).

Para finalizar este capítulo, cabe destacar que las transformaciones que ha tenido la mujer en la comunidad y la expansión lograda a los escenarios públicos, no ha representado incomodidades o conflictos para los hombres y jóvenes de la vereda. Así, el empoderamiento que se ha venido dando en los espacios sociales y en sus casas, se ha dado por la constancia de ellas en sus hogares, puesto que a pesar de la participación y otras acciones que se ha logrado fuera del espacio doméstico, las mujeres no abandonan su cargo de mujer en los hogares (Martínez, 2015). Es decir, pese a estos cambios generacionales los hombres apoyan el

empoderamiento comunitario de las mujeres, siempre y cuando ellas no se desentiendan de sus labores en la casa .

“Hoy son las mejores las que mandan, pa’ qué son bobadas, acá hay que hacerles caso porque si uno las toca allá vamos a la fiscalía y allá lo zambullen a uno. Hay que sobarlas con mañita, pero las mujeres en este cañón son las que mandan, uno acá sabe que ellas son las que mandan” (Carlos Ciro. Grupo focal 2).

El lugar que ocupan socialmente la mujer se ha originado por acciones propias del género (Gutiérrez, 2015), y han modificado paulatinamente modelos de relacionamiento al interior de la familia y su comunidad, y frente a los cuales el hombre ha tenido que re-adaptarse a partir del discurso, la práctica y el imaginario asociado a las mujeres. Como resultado, el campo de la inclusión de la mujer es así conquistado por ella, es un lugar que se reclama y se toma.

7.3. Autopercepciones del ser mujer: identidades diversas

“La mujer campesina para mí es una mujer berraca, yo digo que es una mujer echada para adelante que no se asusta con nada, cuando queremos algo lo hacemos” **Gabriela Hernández**

Al establecer un plano comparativo entre autoconcepto y los imaginarios, es posible realizar una triangulación y correlacionar la información en un aspecto general de la comunidad, plasmando así la identidad de la mujer en este territorio como constructor histórico y social. Indagando por las auto-percepciones o las maneras en que ellas visualizan sus roles y la importancia de estos en el tejido de la familia y comunidad, se esclarecen las formas en que

ellas conciben lo que hacen por su territorio, la ayuda hacia las actividades de su cónyuge, la conservación y mantenimiento de los trabajadores.



Fotografía 10. Dioselina puede ahora cuidar de sus gallinas

De esta manera se indaga por la identidad individual que han construido estas mujeres a lo largo de su historia, creando unas narrativas y unas categorías de lo que representa ser mujer en su comunidad. Son las experiencias y las interacciones desde su entorno, los que modifican las formas particulares en las cuales cada una de ellas se lee (Valera y Pol, 1994).

La mujer teje la familia. El reconocimiento por sus roles en el mantenimiento de la familia, solo se representa en algunas de ellas, puesto que no todas las mujeres de esta vereda reconocen su papel dentro de las dinámicas de la comunidad ni ven en ellas trascendencia o un legado importante para sus familias y por ende para la comunidad. En un aspecto general, al ser

algunas actividades como la cocina y el orden de la casa, impartidas únicamente por la mujer, se genera en ellas una percepción de ser indispensables dentro del orden familiar, al igual que una concepción de hombres dependientes, pues sin ellas en la vereda el ordenamiento familiar y comunitario no existiría.



Fotografía 11. Mujer y maternidad

Al respecto de esta concepción, expresa Ximena Valencia, una de las habitantes más jóvenes del territorio el valor hacia la mujer y su ser indispensable en el territorio:

“Donde nosotras no hagamos esto, esto estaría como un diablo, este territorio no sería como es (...) usted va a las casas y no son de patas arriba, usted no ve la cama en el techo ni el techo en el suelo. La escuela es ordenada, vivimos mejor. Si

nosotras no estuviéramos no habría felicidad, no sería tan lindo el lugar” (Ximena Valencia. E5).

De igual modo, Dioselina destaca la importancia de las actividades que ella desempeña en su casa al igual que en los escenarios comunitarios, al manifestar que:

“La casa es principalmente la mujer, no cree usted. Es que cuando yo me fui como tres meses de la casa para la costa, cuando volví encontré el mero rastrojo acá en esta esquina, encontré el gallinero vuelto una nada, no lo lavaban, por que yo todo lo lavo. Cuando llegué todo muy horrible, los hombres hacen todo como por encimita.

(...) Acá a veces hay mucha cosa por hablar y yo no tengo pelos en la lengua, yo digo todo como me parece, sin faltarle el respeto a nadie hija pero uno tiene que hablar, cada rato se lo quieren pasar por la galleta a uno que con platas o quitándole los negocios a otros, y yo ahí si me pongo furiosa, a mí no me gusta que se pasen por la galleta a nadie, aquí todo es por igual” (Dioselina Soto. E6).

Dentro de las narrativas locales se encontró que la percepción de la mujer perteneciente a la ruralidad es una mujer fuerte, imparable, que hace lo que le toque hacer y no le queda grande ningún asunto familiar, individual o comunitario. La lucha es su día a día, y el miedo las ha movilizadas a conquistarse como territorio potente, firme y valioso. Al respecto, Consuelo Martínez describe a la mujer rural de este territorio de la siguiente manera:

“Es una mujer guapa, no hay comparación de una mujer del pueblo a una de El Porvenir, si le tocó arrancar yuca lo hace, o llevar leña o cualquier trabajo. Somos mujeres muy resistentes y echadas pa’ delante y luchar por el territorio de nosotras. No nos da miedo de nada y no nos cansamos tan rápido. Somos unas mujeres muy luchadoras, lo que nos toque” (Consuelo Martínez. E4).

La mujer, un cántaro de saberes. La mujer es así mismo, el sujeto que promueve a la unión familiar, la autosuficiencia y la convivencia entre todos, pues ellas son quienes vigilan y acompañan en la comunidad, permiten que el desarrollo de las actividades se dé de una manera más organizada, puntuando en detalles y pensando en el beneficio de todos. El mantenimiento de los saberes autóctonos de cada familia, pues saberes como los gastronómicos y los cultivos, son percibidos por las mujeres como pertenecientes a su estructura como mujer; por ejemplo, el conocimiento sobre los tiempos de recolección de los productos de la tierra son vigentes gracias a la existencia de la mujer en el territorio (Gutiérrez, 2015).

“Dentro de este territorio se encuentra un legado, una tradición, entonces es un papel que se ha conservado a través de los años y esto permite a la mujer ejercer cierto poder (...). En las tradiciones podríamos hablar de la gastronomía, pues es un tema que ha permanecido a través de esa presencia de las mujeres. La educación de los hijos también han sido las mujeres las que están ahí, en las reuniones de la escuela, en la casa, ellas han estado más pendientes (...) son las mujeres las que están más al tanto, acompañan y vigilan que por ejemplo la escuela esté bien, incluso diría yo que al hablar del tema de gastronomía también las prácticas de

cultivo y todo también permanecen por que la mujer tiene una incidencia importante” (Yoli Orozco. E1).



Fotografía 12. Mujer y tradición gastronómica

Las mujeres reconocen que sus prácticas carecen de reconocimiento ante sus cónyuges y la comunidad, pues son concebidas bajo la obligación y el deber, normalizando su esfuerzo; además de esto, sienten que cuando ejercen actividades que tienen vínculo con lo económico son focos de señalamiento y vigilancia, pues la estructura patriarcal duda de que una mujer pueda tener un dominio idóneo del dinero y los recursos.

“Las mujeres hacen un papel muy importante y ejercen un montón de actividades que sería importante resaltar, pero todavía no es admitido, entonces uno sabe que hacen muchas actividades importantes y que siempre están ahí ejerciendo ese papel

de liderar, de construir y de permitir que muchos procesos educativos y políticos avancen, pero en realidad no es tan conocido por la misma comunidad. El que ha tenido el papel y ha sido el jefe de la casa son los hombres, entonces las mujeres hacen un montón de actividades pero en realidad no son como tan valoradas, porque ellas terminan siendo como más bien sometidas a una obligación (...) Las mujeres siguen teniendo mucho miedo del qué dirán y siempre están presionadas por un montón de cosas, la presión de los hijos, del esposo, la presión de la otra persona; entonces en realidad nunca se dan el valor que deberían darse, como que les da miedo ver en ella su importancia” (Yoli Orozco. E1).

Sobre esto, es evidente que predomina una vigilancia y un señalamiento hacia la formación de la mujer, siendo foco de opiniones y cargas del deber social establecido en el territorio. De alguna manera, la mujer es moldeada a las instancias permitidas y aceptadas socialmente, pero a su vez ellas son las que modifican estos patrones y transgreden esas formas de percepción sobre ellas mismas.

De este modo, enfrentarse con la ayuda de otras mujeres hacia un escenario de posibilidades que permiten su libertad y autonomía ha demostrado que ellas tienen una diversidad de capacidades que una vez se conocen no hay retorno. Por ello, cuando una mujer se apropia de sí misma, inevitablemente surgen otras significaciones sobre lo que ella es y representa, aún cuando estas ganancias para ellas se han dado de fondo por un acto de rebeldía y omisión de las estructuras sociales, como un gesto de su propio bienestar, su familia y el futuro de su comunidad. Desde esta perspectiva, una líder de la comunidad expresa que,

“(…) las mujeres siempre son más vigiladas, porque lo hombres pueden hacer un montón de cosas y finalmente no pasa nada, pero si es una mujer la cosa es muy diferente. Además, uno siente que siempre las mujeres van a tener una posibilidad de que no puede hacer algo, que es una actividad que no puede desarrollar, pero también he sentido que las mujeres poco a poco demuestran un montón de capacidades que pueden asumir, pero también ha sido desde el fondo como un acto de rebeldía en muchos casos” (Yoli Orozco. E1).

Además de su innegable presencia en los escenarios domésticos y su indispensable saber para el ordenamiento de los hogares, las mujeres visualizan en ellas un tesón y una fuerza admirable, capaz de extenderse y proporcionar de manera colectiva un cuidado, una transformación y unos procesos sociales, siendo la mujer la promotora del trabajo en equipo, las ganancias equitativas y el funcionamiento colectivo (Gutiérrez, 2015). A pesar del poco reconocimiento y admiración por sus habilidades tienen la confianza de ser capaces con lo que les acontezca. La inquietud y el ánimo por el bienestar, la actividad constante y la diversidad de sus tareas hace parte de lo que es considerado una mujer de El Porvenir, ella construye lugares, construye familia, vida y comunidad.

“Es una mujer aberracada, con berraquera, con mucha fuerza, sin miedos, luchadora, una mujer de hogar, de casa, de monte también, una mujer sin pereza y trabajadora. Así se aporree no le importa ella sigue trabajando. Que ama mucho a su familia” (Dioselina Soto. E6).

Yoli Orozco interpreta el sometimiento de las mujeres en el territorio como una carencia de poder desde lo biológico del hombre al no poder dar vida, y cómo este aspecto le permite a la mujer darse de ciertas maneras a su comunidad. Así, desde su punto de vista manifiesta que,

“(…) somos las mujeres las que damos vida, entonces porqué es tan difícil que las mujeres opinemos, lideremos, gobernemos ciertas cosas, los hombres se sienten en mucha desventaja y se sienten inferiores (…) entonces yo creo que por eso hay tantas barreras para uno a veces poder cumplir los sueños y las metas, que diría yo que siempre están en beneficio de todos, o sea, y las mujeres sí tenemos un pensamiento muy colectivo, entonces eso hace que sea complicado” (Yoli Orozco. E3).

Dentro de las percepciones del ser mujer se muestra el dar la vida, poseedora de la creación, la protección y el cuidado de los suyos, así mismo una fuerza móvil que puede transformar y salvaguardar todo lo existente, la energía imparable de cambio es aquello que las habita y la necesidad de hacerlo consciente es el esfuerzo por el cual atraviesa cada una. La historia ha hecho que el ser mujer se oculte solo en la cocina, disminuyendo la capacidad unificadora, dadora de vida y esperanza que cada una posee en la naturaleza en su género. De este modo, piensan que los hombre se comportan desde el dominio de ellas por el hecho de sentirse en desventaja biológicamente, y que es una tarea de ellas recuperar el equilibrio perdido para que tanto hombres como mujeres se miren como iguales.



Fotografía 13. Mujer y elaboración de licores artesanales

No hay entonces una perspectiva de venganza ante la historia de sumisión que ha tenido la mujer en el territorio, por el contrario, hay una concepción más colectiva que armoniza el lugar y las intenciones en él. En este sentido, las mujeres piensan el perdón, la igualdad y la distribución de roles como la única forma en que la mujer se hará libre. Las mujeres piensan colectivamente, y así mismo, son el colectivo, todo esto permitido por la sensibilidad que las atraviesa como mujeres.

La mujer y su rol comunitario. La mujer es considerada por ella misma como un representante de la acción social y comunitaria. Posee más preocupación porque todo en la comunidad tengan ingresos equitativos y se encuentren viviendo dignamente, la mujer en la comunidad recibe la descripción de una líder desinteresada, una mujer que ve a la comunidad

como una gran familia a la cual ordenan y cuidan (Buendía y Carrasco, 2013). Así mismo se consideran esenciales para las iniciativas, los puestos de movilidad dados en sus casas y se extrapolan en los ámbitos comunitarios y sociales, por lo que su mirada es considerada más aguda y capaz de ver necesidades, dinámica, creativa, ordenada y sobre todo comprometida.



Fotografía 14. Muestra gastronómica tradicional en El Festival de la Montaña

“Siempre uno es más preocupado por que todos ganen igual, que sea como más equilibradas las ganancias, las platas que llegan por actividades comunitarias, las mujeres nos preocupamos más porque todo esté más organizado comunitariamente y hacemos cosas para que se dé de esta manera. (...) las mujeres tienen una capacidad increíble para desenvolverse, para hablar, son muy ordenadas, muy creativas, muy comprometidas (...) las mujeres si tenemos un pensamiento muy colectivo (...) somos todo corazón, queremos para todos, seguimos intentando,

venga distribuyamos las cosas, todos tenemos la confianza de todos, los hombres son más pícaros mirando cómo se sacan el mejor partido” (Yoli Orozco. E3).

La presencia estética de la mujer. Dentro de la mujer y su interpretación de lo que es el campo, ven la frondosidad de árboles y montañas como parte de la vida que tiene la tierra y que de este modo las habita. Es importante para ellas el mantenimiento de esta diversidad, al mismo tiempo conservan una memoria de sí mismas, siendo tanto la mujer como el territorio una unicidad (Escobar, 2016). Sobre esta perspectiva, se menciona que “A pesar de la sujeción, de la disciplina de su cuerpo, de su subjetividad y de su ser todo, las experiencias vitales que experimentan las mujeres en su cuerpo son tan extraordinarias que desbordan el destino de la anestesia pecaminosa. Aun en esas condiciones la búsqueda del placer y el despliegue del erotismo rebasan los cautiverios mutilantes y el mundo es muy especial y diferente de la óptica masculina, desde un cuerpo que se transforma, desde un cuerpo de mariposa” (Lagarde, 2005, p. 2001).

El territorio, además de determinar las prácticas puestas en él, señala unas formas de relacionarse desde el cuerpo, una interacción física y una estética de lo femenino. De esta manera, luego de indagar a las mujeres por la importancia que tenía para ellas su territorio, también fue enfático observar las narrativas corporales que tienen ellas en medio de su espacio productivo, hogareño, comunitario y familiar.

Así, nos encontramos así con una mujer de cuerpo firme, que posee el equilibrio entre la fuerza, la delicadeza, la suavidad y la coquetería. Ellas hablan como cantando, cada historia y

conversación carga un ritmo campesino que evoca a las montañas y sus lejanías. Son de cuerpos gruesos y fuertes, sus pies se visten entre pasos de botas, de tenis y chanclas para la casa. El sombrero es infaltable para sus salidas al territorio y su trabajo de campo.



Fotografía 15. Magdalena y el descanso del camino

En casa se ven mujeres tranquilas y ágiles, que hacen compases en corchea mientras toman un tronco de madera, prenden un fogón y preparan todos los alimentos; de la máquina de moler hacia la hornilla, de la hornilla hacia la olla, de la olla hacia el pilón. Por lo general, mantienen sus piernas expuestas, los shorts les es más cómodo debido a la temperatura del lugar y las cocinas. Su trabajo de pie ha marcado en sus piernas ríos verdosos, de esos que también

portan las abuelas, su pelo es recogido en cascada y las chanclas dejan ver las uñas rosas, moradas o azul claro. La belleza se proyecta en todo lo que sus manos hacen.

La mujer en comunidad se presenta de manera florecida, los pendientes que utiliza son grandes y de colores brillantes, el sombrero siempre hace juego con botas cortas o botas pantaneras. El transporte mular hace que su presencia se dé con ímpetu en estos espacios, aquí ella es fuerte, sus expresiones se ensanchan, se comunica asertivamente con los presentes y son mujeres de buen humor y carácter.

Entre las festividades, los convites y las noches de merendería (encuentros hogareños tradicionales en la ruralidad donde se baila, se canta y se toma al son de las guitarras), las mujeres bailan con todos los presentes, toman tapetuzá (destilado de caña artesanal) y conversan entre ellas. Así, la forma en que se presentan las mujeres a este tipo de encuentros comunitarios obedece en cierto modo a estereotipos de la feminidad en la mujer, por lo que el maquillaje, los cabellos planchados y ordenados, las uñas pintadas y en esto una manifestación de la mujer coqueta, que pese a la distancia que la separa de los espacios urbanos, porta algo de ello.

La mujer de este territorio se conecta estrechamente con la naturaleza; los animales salvajes y domésticos hacen parte de los elementos con los cuales interactúan. Expresan gran importancia en el mantenimiento de un ecosistema sostenible y en el cuidado de los seres vivos si no hay un fin de autoabastecimiento para el sostén de su familia. Le gusta los paisajes verdes, las grandes montañas, los pájaros y el camino.

La vanidad en este lugar tiene diversas manifestaciones, sus maneras rudas de moverse y cierto aire masculino se forman en sus cuerpos por la dificultad y esfuerzo que trae vivir en este territorio, pero aún siendo así, la mujer se arregla para las fiestas y se maquilla. Cuida de sí en todos los escenarios, ahora no tiene miedo en denunciar, ahora no tiene miedo al hablar. En sus cuerpos hay marcas de enseñanza, marcas de labranza, marcas morales, es una mujer que lleva consigo todas sus ancestras, las recuerda para admirarlas y hacer de la historia de la mujer un giro.

Toda la construcción histórica de la mujer está puesta en un entorno de socialización, creando para sí mismas una identidad que se expresa en cada una de las acciones que realiza individualmente y socialmente, construyendo un carácter con el que abordan la vida (Ospina, 2009). Con lo planteado anteriormente, vemos que las mujeres de El Porvenir son seres que pese al gusto por las actividades en casa, la cocina, la limpieza y el sometimiento histórico vivenciado en la comunidad, son mujeres que han resistido diferentes situaciones que a su vez han posibilitado el surgimiento de un modelo diferente de la feminidad en la vereda. Son mujeres que están muy prestas al aprendizaje de cosas nuevas, son participativas y comprometidas con los intercambios de saberes que ocurren en su vereda. Ser una mujer amable que recibe con los abrazos abiertos a los desconocidos, brindar cobijo y bienestar, es por antonomasia la mujer de la vereda El Porvenir.

7.4. El territorio como escenario formador y de transformación. ¿Qué significa el territorio para las mujeres?

“Este territorio para nosotras significa la vida. Yo pienso que un pedacito de mí está acá”

Gabriela Hernández



Fotografía 16. Mujer en su exploración como territorio

La mujer de El Porvenir se percibe con una relación muy estrecha a su territorio de origen, desarrollando en ella una serie de representaciones identitarias sobre su lugar, proponiendo una serie de prácticas que se hacen posibles y particulares gracias al contexto geográfico y comunitario, configurando de este modo unas formas propias de llevar a cabo sus actividades de supervivencia y acciones colectivas.

El territorio como memoria ancestral. El espacio físico y geográfico se re-significa con una apropiación territorial, donde la experiencia propia y la de sus antepasados juega un papel bastante importante en el arraigo, la permanencia y en el cuidado de los espacios, pues a medida de que preexiste un territorio, existe la memoria de quienes lo han habitado durante varias generaciones. Al respecto, durante la visita a su casa de infancia, Yoli Orozco nos cuenta lo que este lugar significa para ella:



Fotografía 17. El estar y la memoria del río

“(...) este lugar es muy especial porque pues porque representa la infancia, entonces si logra uno como que recordar que vivía cuando vivíamos con mamá, papá y todos los hermanos pequeños, entonces aquí eran como los juegos entonces si recuerda uno mucho y eso se queda muy marcado (...) porque aquí era como un lugar muy guardadito y nosotros siempre estábamos aquí muy solos y la familia, éramos como

un núcleo familiar. (...) esta casa es hermosa, yo amo mucho este lugar, fue lo primero que uno conoció, donde muchos de mis hermanos se levantaron. (...) uno se va apegando a las cosas que construyeron mis papás, mi mamá quiere mucho este lugar. Pues no sé, yo vengo a esta casa y siento todo muy tranquilo, me desestreso, pues me siento más tranquila. Yo sí quisiera que Maria del Mar sintiera lo mismo que yo siento por estas tierras para que las cuide y las valore” (Yoli Orozco. E3).

La vereda El Porvenir geográficamente tiene sus complejidades de acuerdo a su ubicación en el poco explorado cañón del Río Melcocho y al emplazamiento de múltiples quebradas que cruzan todo este territorio. Para las mujeres este lugar representa una serie de dificultades en tiempos de invierno, ya que las quebradas se crecen impidiendo un tránsito fluido entre las fincas, los espacios comunitarios de la vereda, por lo que se dificulta la entrada y salida de personas y productos. Frente a las enfermedades se hace difícil el trayecto de los individuos, puesto que es bastante complejo cuando es una emergencia médica que se tiene que atender con prioridad.

“A veces en la vereda es complejo sobre todo por las quebradas, porque en tiempos de invierno se crecen y entonces no permite como el paso de una finca a otra, o por el mismo camino del pueblo a la vereda y la distancia también es larga y a veces es complicado en el tema de entrada o salida de los productos, o cuando alguien se enferma también se hace problemático en ese tema” (Yoli Orozco. E1).

Sin embargo, frente a las dificultades percibidas, la comunidad ha generado alternativas donde logran resolver situaciones con base al mismo territorio que los rodea. Elementos que el mismo entorno les provee han posibilitado el saber de las plantas medicinales, su preparación y el tratamiento de enfermedades de menor grado, al igual que la presencia de parteras en los años 80, recetas para la contra de las serpientes y experiencia para la cura de fracturas y contracturas en la comunidad, lo cual han llevado tanto a hombres como mujeres a un relacionamiento consciente y estrecho con la biodiversidad de su territorio.

“(…) en el sentido de darle valor a las plantas, de tener sus recetas, sus medicinas, uno lo ve muy compartido. Las mujeres sí son las que manejan su huertica y mantienen las planticas, cierto. Yo me acuerdo que Don Raúl era el que manejaba la contra de las picadas de culebra. Todos tienen unos saberes muy lindos de las plantas en el campo que le ayuda a mantenerse sanos y recurrir solo cuando es muy urgente al hospital. El mismo conocimiento de flores, fauna y diversidad lo han tenido más fácil los hombres porque como ellos mantiene más afuera, conocen más nombre de plantas, nombres de árboles, sitios y puntos geográficos, todas esas cosas y las mujeres son las que mantienen, ellas conservan en la casa. Aunque las mujeres de ahora, las jóvenes se desenvuelven de una manera, cogen su caballo, salen para el monte, va y baja para donde quiera” (Alba Gómez. E7).

Así, siendo la distancia geográfica un elemento que genera dificultad para algunas prácticas comunes, esta también representa un garante de tranquilidad, un buen vivir, un conocimiento profundo de las dinámicas sociales y familiares de la comunidad, a diferencia de

los espacios urbanizados en veredas más cercanas al casco urbano. De este modo, el aislamiento geográfico si bien ha constreñido a la comunidad a unas formas de vida, en algunos casos económicamente precarias, de otro lado ha representado la posibilidad de permanecer de cierta manera “inmutables” socialmente en el territorio, conservando prácticas y saberes tradicionales asociados al arraigo territorial y a la exuberancia del entorno natural.



Fotografía 18. Compartir comunitario a orillas del río

“(…) dentro de las ventajas es que igual es un lugar muy sano, muy tranquilo para vivir, la gente es del mismo territorio y que siempre ha permanecido y que también está alejado de la violencia actual y de muchas otras cosas que a veces es muy complicado. Con la geografía siempre se ha dicho que El Porvenir es como muy particular, porque está cubierto de muchas montañas y es un cañón demasiado estrecho por donde pasa el río, entonces hace que estemos como asentados en un

lugar cubiertos por muchas montañas altas, pero que también da la posibilidad de caminar muy poco para poder llegar a ver un panorama muy diferente. (...) La población que es como la misma, entonces hay mucha vida en comunidad, mucha ayuda entre todos y sí, toda gente se conoce entre sí” (Yoli Orozco. E1).

La relación que la comunidad tiene con el río Melcocho y sus quebradas es bastante estrecha, ya que hay un conocimiento de cada una de ellas y de su emplazamiento en el territorio de la vereda. La comunidad conoce bien las casas que hay alrededor, los límites que instaure con las fincas, los espacios dispuestos para la ganadería y los cultivos y la función de las aguas para llevar a cabo estas prácticas, la importancia de estas aguas para la alimentación de cada núcleo familiar y consumo humano.

“El río es solamente uno que es el Melcocho y nace en el Porvenir, pero en realidad hay quebradas muy importantes como Chilguetes, El Lorial, El Salado, la quebrada de La Aguada, la del Purgatorio, la de La Cristalina; son muy importantes porque cada una cumple una función representativa dentro de cada una de las fincas porque primero alimentan el Río y otra cosa importante es que también es como el límite de muchas fincas o es alrededor de estas quebradas donde se encuentran los cultivos o la zona ganadera, es también donde se recoge el agua para las viviendas y el consumo humano” (Yoli Orozco. E1).

El arraigo y la permanencia en el territorio ha permitido en la comunidad un depósito de tradiciones y símbolos de identidad que se siguen guardando y conservando. Por tanto, el

territorio es un soporte identitario y de este modo es además un lugar que porta la memoria de los abuelos y las primeras familias que se desplegaron allí, permitiendo un conocimiento, apropiación de él y un dominio frente a la forma en cómo se dan las actividades (Escobar, 2015). Es así como este territorio es parte fundamental para el desarrollo de las prácticas de la mujer, ya que sus características determinan unas formas de hacer-ser, es decir, moldea la identidad y las prácticas de las mujeres asociadas a él. En este sentido, dos testimonios de mujeres dan cuenta del nivel de arraigo y apropiación social que han construido de forma umbilical en relación con su territorio,

“Yo quiero verlo siempre lleno de árboles, no me gusta que talen los árboles. Que este territorio siempre esté lleno de árboles y con el río limpio. Es que con los árboles talados no se ve como un campo, (...) A mí me gusta salir a nadar con mi familia, subirme a los árboles, me gusta cantarle a los pájaros, me gusta mucho ordeñar, ir a la escuela, coger guayabas. Siempre que voy al río lo dejo limpio, le canto a los pajaritos, cuido los animales y así, no le tumbo la casa a los pajaritos ni a los animales, así los protejo. (...) Yo no dejaría que entrara nadie que quiera hacerle mal a mi tierra, yo la cuido y la defiendo porque yo la amo y no quiero que los animalejos sufran” (Ximena Valencia. E5).

“(...) sin ese territorio hay cosas que no podrían ser igual, porque acá es donde hemos conservado los saberes, puede que sí, pero en toda esta población campesina existe que las mujeres hagan esas actividades, pero no serían realizadas de la misma manera” (Yoli Orozco. E1).

El territorio como la vida misma. El territorio para las mujeres de El Porvenir representa la vida, una suspensión de ellas mismas se instala allí, pedacitos de recuerdos son puestos en rocas, caminos, espacios del río y llevan su identidad a estancias del territorio. La vida que se rodea de gallinas, dinámicas lecheras y bobinas, el fogón de leña que hace nacer humo, da un lugar de abrigo, calor y armonía, construyendo lo que para ellas significa hogar, significa la vida.



Fotografía 19. Mujer, contemplación y memoria

Yoli expresa una fuerte identidad con este territorio, representando en él características de su propia construcción.

“(…) quiero agradecerle al territorio porque en sus distintas formas y manifestaciones logra deslumbrarme cada día. A la montaña que con su fuerza y

vitalidad me ha enseñado la grandeza de la vida y a no temer de quien quiere hacerme daño. Al río sereno, transparente y apacible que me enseñó estar serena y humilde en la adversidad y en el triunfo, y agradezco a este territorio además porque me ha dado la posibilidad de ver caras felices y agradecidas todos los días, reconociendo el valor cultural y humano de los seres que lo habitan, para entender el significado de ser campesino” (Yoli Orozco. E3).

Los trabajos en el campo: manos a la tierra. Es el territorio en la actualidad para las mujeres, un espacio donde se distribuyen normas de convivencia y orden en sus hogares. El trabajo en el campo trae como consecuencia un saber amplio acerca del proceso biológico de las plantas y los animales domésticos. Al forjar su identidad en este lugar, es allí donde su razón de ser es instaurada. Es una mujer apegada a su territorio y a sus prácticas (Pons, 2002). Pues a pesar del rigor que trae las tareas del campo, ella prefiere quedarse allí que tener una vida con menos obligaciones.

“Mamá fue muy enfermiza, antes mamá duro mucho, como le tocó de duro con todos los muchachos y ella no se iba de acá. Mija le decían que dejara de trabajar tanto que se fuera mejor pa'l pueblo porque acá le tocaba muy duro y ella no, ella gustaba era trabajar por acá. (...) Yo hice también todos dos gallineros, bien lindos para mis gallinas, acá pongo mis pollitos, vea lo lindo este negrito, acá les doy comida. Yo desde que esté aliviada hago de todo. (...) cuando me toca ir a la finca (...) me voy y allá como tengo fogón, yo lo prendo para ver salir humo allá. Como es de bueno ver salir humo” (Dioselina Soto. E6).



Fotografía 20. Mujeres que cuidan la tierra

También este territorio es parte viva de las mujeres, representando un vínculo con su vida que posibilita su salud mental y física, conformándose de cierta manera como sujetos interdependientes (Escobar, 2016). Sobre esto, Consuelo Martínez nos narra su concepción acerca de su territorio.

“(…) por aquí hay menos contaminación, menos enfermedades, más tranquilo y pueden tener de todo como los animales, sino, que por aquí trabajar es muy duro, pero la vida no se puede comparar... acá es muy duro, uno trabaja mucho desde muy temprano hasta tarde, pero acá uno vive muy aliviado y contento” (Consuelo Martínez. E4).

La forma en que habitan el territorio es coherente con la manera en que describen lo que significa para ellas, es un modo de integrarse a un espacio con respeto, compromiso, cuidado y amor, siendo el territorio y la comunidad conformada en él una muestra de lo que es ser mujer en el lugar, en esta diversidad. Por su parte, Ximena expone la forma en que siente su territorio recordando su infancia,

“Si tálamos árboles y si dejamos que nos dañan la tierra, si dejáramos que nos sequen en río, se acaba el oxígeno, los animales. Yo evitaría que los ríos se sequen, que los pececitos puedan nadar, que todos nosotros también podamos nadar. Es que por ejemplo si uno tumba los árboles, los animalitos son los que más sufren, más que uno. Es como a uno tumbarle la casita y a los animales a veces les tumban la casita y eso es muy malo. Yo no dejaría que entrara nadie que quiera hacerle mal a mi tierra, yo la cuido y la defiendo porque yo la amo y no quiero que los animalejos sufran. (...) cuando yo escuché un pajarito no sé, me llenó la cabeza de muchos más pajaritos, y yo ya me empecé a cantar las canciones de pájaros y yo soy feliz escuchar los pájaros cantar, por eso me voy cantándoles cuando voy a la escuela. (...) Yo no sé, yo como que tengo una, yo me concentro con los pájaros y como que hablo con ellos, les cuento cosas, cantamos, y así” (Ximena Valencia. E5).

Al ser una comunidad construida por sus propias manos, las casas, los patios los jardines se configuran como artefactos que develan, se construye fuertemente la identidad de la comunidad en todas sus dimensiones: territorial, social, familiar e individual. Así pues, ha sido

el ser de cada uno el que se manifiesta en cada elemento que conforma el espacio (Pons, 2002). Desde esta perspectiva, por ejemplo el relato acerca en cómo Consuelo y su familia construyeron en conjunto el espacio que es ahora su hogar, de nuevo evidencia que la identidad local se ha forjado con esfuerzo y se ha arraigado al territorio, es decir, que la identidad se ha territorializado cultural y socialmente.

“(…) nosotros compramos la tierrita pero la casita que había era muy malita, nosotros vivimos en esa casita y nos mojábamos miya. Y salimos en un proyecto de esta casita y se demoraron casi 10 años, y ya nos dieron esa casita y ya empezamos a entrar el material. Y era de cuenta suya el material de playa, era de cuenta suya pero ya los niños eran muy grandes entonces le colaboraron mucho al papá y a mí, entonces ahí fuimos desbaratando esa casa y eso estaba pero malo, y luego gracias a Dios hicimos la casita entonces uno piensa algo que uno hizo con su propio sudor de su frente” (Consuelo Martínez. E4).

Así mismo, dentro del material audiovisual vemos la expresión de todo el territorio en los jardines de las fincas, se convierten en espacios donde se proyectan identidad territorial, pues expresa el vínculo con su entorno, una evocación de lo que se encuentra afuera. La belleza de colores y diversidad de especies que han domesticado de los caminos hacia la vereda, representa un espacio con vida, un espacio habitado. También entre ellas mismas van intercambiando las especies de plantas que tienen, son entonces unas coleccionistas de flores.

La valoración del territorio, además de efectuarse desde la diversidad de su ecosistema, de flora y fauna, se hace importante para las mujeres debido al notable apoyo mutuo que se ha generado en la comunidad, el pensamiento sobre el bienestar del otro hace que la comunidad se convierta en el mismo ecosistema que los rodea, un espacio donde hay un lugar para todos y donde se vive bien siempre y cuando el otro también lo esté. A continuación, Gabriela nos cuenta acerca de los dinamismos comunitarios que ha convertido a su vereda en un espacio socialmente fortalecido.

“El Porvenir es eso, donde yo encuentro lo que necesito, si hay un enfermo, en cualquier sentido que usted diga, hace una llamada y ya todo el mundo llega; a mí es eso, esa armonía, apoyo mutuo entre toda la comunidad, es un tejido social que hace que nos sintamos bien por qué yo pienso que los que estamos acá es porque amamos el territorio y queremos estar y por eso estamos acá” (Gabriela Hernández. E2).

Es así como el territorio se crea como un espacio para el vivir comunitario, donde la naturaleza y las dinámicas humanas se equilibran y representan, generando diferentes transformaciones a lo largo de la historia. Al respecto, Yoli Orozco nos cuenta que por ejemplo la comunidad ha sido receptiva frente una serie de cambios experimentados en las dinámicas territoriales.

“Sabe que me parece a mí muy teso con la comunidad, y es la capacidad de cambio, porque imagínate que fue a raíz de decir que eso era dañino, por ahí empezó la

gente a decir que si era dañino trataban de no fumar y todo el mundo empezó a dejar el cigarrillo” (Yoli Orozco. Grupo focal 1).



Fotografía 21. Mujer manos de tierra

Dentro del marco del conflicto armado la comunidad tuvo un estancamiento en sus las dinámicas económicas, políticas y sociales, el miedo se hizo sombra en todo el territorio, las casas, el río y los caminos se volvieron una amenaza que amedrentaba constantemente a las familias. Las mujeres temían por el bienestar de sus familias y muchas de ellas se marcharon buscando proteger la vida de sus hijos. Durante el proceso de retorno las iniciativas de las mujeres se enfocaron en reestructurar la comunidad destruida, reiniciar una etapa de procesos comunitarios y en unir de nuevo los tejidos rotos por la guerra y el desplazamiento.

Como hemos visto hasta ahora, la capacidad de organización comunitaria en el territorio ha devenido de colectivos que comparten ideologías del vivir en comunidad y el liderazgo ejercido por una de las mujeres del territorio, pero que a su vez la experiencia del conflicto armado ha permitido en la actualidad la participación de las mujeres en la reconstrucción de su entorno, generando espacios de reunión y resignificación del territorio que ellas habitan. Como resultado, la unión de la comunidad en estos procesos conserva el valor que tiene la comunidad como una tradición a pesar de que muchas de sus dinámicas antiguas hayan cambiado en el tiempo.

“(...) las mujeres han sido líderes y han acompañado, pero obviamente que en los últimos tiempos, ha sido mayor la representación de las mujeres, han estado más presentes, han participado más, se han interesado más por el bienestar de la comunidad, eso sí me parece que ha cambiado y que se ve mucho” (Yoli Orozco. E1).

Alba, líder del municipio de El Carmen de Viboral e integrante del colectivo Aluna, nos muestra su perspectiva frente al trabajo comunitario que realiza la mujer en el territorio de El Porvenir.

“Para mí la educación se ha mantenido ahí es por las mujeres, casi todas de allá. La parte organizativa de los convites y eso y de los sancochos comunitarios son las mujeres. Yo creo que las mujeres impulsan muchas cosas que se sostienen todavía, los festivales. Diríamos que todos, pero la iniciativa en eso de organizar, de puntualizar, de ordenar, de

mover... claro los chicos participan y ponen su trabajo y dan sus ideas, pero uno las ve a ellas muy emprendedoras y en la iniciativa” (Alba Gómez. E7).



Fotografía 22. Linaje y memoria. Dolly, segunda generación en el territorio y Maria de Mar su nieta, cuarta generación

Frente a lo anterior es posible comprender que la representación que tiene una mujer sobre su territorio no es la constancia en un espacio, sino por el contrario, el significado de construir desde lo íntimo un vínculo con el lugar, poner allí una imagen sobre su vida y la vida de sus parientes. De este modo se manifiesta un sentido de pertenencia y arraigo a su territorio y su comunidad (Buendía y Carrasco, 2013). Es así como la exploración de otros lugares no se expone como riesgo, desterritorialización ni desarraigo cultural, ya que para ellas es importante tener unas raíces sin olvido, saberse y sentirse parte del lugar y regresar a él con una mirada de cuidado, respeto y protección.

“la responsabilidad también con los hijos y con las generaciones, es darles la oportunidad de sentir, amamos este lugar porque nuestros papás estuvieron aquí conectados del corazón y ellos en ese vivir sin decir mucho nos enseñaron” (Yoli Orozco. E3).

Así, el territorio toma para las mujeres una connotación distinta a la productiva y desarrollista, pues la memoria hace parte fundamental para el cimiento de lo que ellas llaman ahora territorio. La presencia de un pasado inmerso en el territorio significa la vivencia de una eterna memoria, donde los legados, las historias, la cotidianidad, los deseos e ideales se encuentran en un mismo espacio. La sensación de autonomía que tienen las mujeres es debido a las capacidades desarrolladas en el territorio. Es así como las características que posee un espacio territorial permite el desarrollo de dinámicas y prácticas de manera particular, de este modo el territorio y las prácticas puestas en él tienen una relación dependiente, cimentando así una manera de vida.

Durante la investigación ha sido importante responder a la pregunta por las prácticas que tiene una mujer en los ámbitos familiares, individuales y comunitarios. Aunque tácitamente estos ya han sido abordados, es importante prestar detalle, ya que a partir de las prácticas es posible acercarse a la cultura, la identidad y la apropiación social del espacio que tiene la mujer en dicha vereda.

7.4.1. Habitando el territorio: saberes y prácticas de la mujer.

“A las mujeres de esta vereda nos les queda grande nada, ellas pueden con todo” **Alba**

Gómez



Fotografía 23. Ganadería y cuidado de los animales

Tradicionalmente la mujer de El Porvenir ha sido ama de casa, se han dedicado al cuidado de los hijos y sus casa, las labores domésticas como la limpieza cuidar de los animales en la finca y la transformación del alimento es lo que fundamentalmente ha simbolizado a la mujer rural durante la historia.

Es así como los fogones se han convertido en un elemento identitario de la mujer en esta vereda. Durante años la tradición de las comidas se ha desplegado en los roles femeninos, haciéndolas casi aisladas de las funciones de los hombres. La recolección de leña, la cosecha, la organización de los fogones, el cuidado de las gallinas, el ordeño son entonces acciones que ella emplea para hacer de una cocina un lugar de experimentación, creación y cuidado. Tal cual lo señalan algunas mujeres de la comunidad, los roles y actividades que realizan son fundamentales en la economía del cuidado propia de una familia campesina,

“La mujer normalmente es la ama de casa, entonces hace todas las tareas de hogar, cuidar los hijos, mandarlos a la escuela, cuidar los animales que están ahí en la finca, porque siempre hay gallinas, hay peces, hay vacas, cerdos, caballos, perros, entonces normalmente las mujeres hacen esa tarea de cuidado y fuera de hacer esa función en el hogar también ayudan a los esposos en las tareas del campo” (Yoli Orozco. E1).

“Mi mamá trabajaba y le daban más bastante, ganaba más. Mi papá sacaba caña más que todo, mi mamá era la que jornaliaba. Avemaría, mi mamá era muy guapa, ella tenía una ramada por ella arriba para sacar panela” (Dioselina Soto. E6).

Los múltiples roles y actividades que realizan las mujeres en el territorio, son descritos brevemente por Ximena Valencia, destacando puntualmente las actitudes, comportamientos y oficio que cumplen de manera cotidiana las mujeres en el espacio doméstico y privado, así como en los espacios públicos y de socialización.

“Las mujeres de este territorio bailan mucho, corren, nadan, ríen, cantan. La mujer cuida a la familia, a la tierra y a los animales, sube a un guayabo, a un árbol, camina, coquetea, hace pereza, trapea, barre, se peina, lo arreglan a uno, organiza fiestas. Recoge huevos, recoge basuras. Las mujeres enseñan, van a la escuela, se encargan de la salud, son profesoras, mamás y líderes, van a reuniones, son presidentes, son directoras. Recogen café, siembra matas, organizan el jardín, recogen leña, pica leña, lava ropa, son gritonas y alegan, estregan la casa, hacen comida; tumba árboles a veces para hacer leña, monta mucho la bestia, ensilla bestias, agrega bogao’, cuida a las bestias, ordeña, va a El Retiro, vende mecato, es vendedora. Cuida las vacas, pila mazamorra, hace arepas, hazza chócolo, coge los chócolos, recoge maíz, planta maíz. Se viste, se reúne con otras mujeres para hablar de cosas de la vereda, ellas reciben visitas. Las mujeres también lloran por hombres, por los hijos, porque la aporrean. Una mujer grita porque quiere desahogarse” (Ximena Valencia. E5).

Vemos entonces que las mujeres dentro de sus roles sociales y familiares pueden abarcar casi todas las posibilidades de acción, pues ellas jornalean, siembran, cosechan, educan, curan, lideran procesos sociales, construyen físicamente y simbólicamente sus lugares, se desempeña en labores económicas. Siendo estas labores adoptadas por el género masculino, ellas se han empoderado de la mayoría de acciones existentes en este territorio, mientras que los hombres no han asumido las tareas que han sido impuestas socialmente a las mujeres. Alba que ha sido partícipe de este proceso de la mujer en el territorio evidencia la transformación que ella ha tenido frente a sus roles desempeñados en la comunidad.

“Entonces yo creo que esta generación de profesoras, de trabajadoras sociales, algunas madres comunitarias, esas mujeres que han podido salir, van abriendo esa brecha para las otras (...) Ahora pueden estar las mujeres de tú a tú con los hombres. (...) Uno ve a las chicas comprando ganado y yendo a caballo a salar el ganado montaña atrás y los hombres medio miran despabilados y medio asustados pero se dan cuenta que ellas son capaces de comparar ganado, de ir a salarlo y a echarle lo que le tiene que echar y de hacer sus negocios, cosa que era solamente de los hombres. Son habilidosas para estudiar, son habilidosas para lo que tiene que ver con la cocina y la alimentación, esos los platos que se han inventado son muchos, tienen muchas habilidades” (Alba Gómez. E7).



Fotografía 24. Comida tradicional del territorio

Las actividades que realizan las mujeres en la comunidad y en sus familias, tiende a ser bastantes parecidas, aunque algunas enfatizan más en unas prácticas que otras. Por ejemplo Dioselina nos narra un día de trabajo cotidiano para ella.

“Cuando tengo todo el ánimo y estoy aliviada, cierto...me levanto, me lavo la cara, prendo el fogón, hago la agua de panela, pongo a secar el arroz. Enseguida me pongo a moler el maíz para las arepas y hago arepas. Después a lavar, cuando tengo que trabajar después de lavar, me levanto a las 4:30 am. Y ya después de eso a cuidar los pollitos, a lavar los corrales y a cuidar los perros y enseguida después de dejar las casa organizada, me voy a trabajar, yo briego a dejar el almuerzo listo y cocinado antes de irme... Yo hice también todos dos gallineros, bien lindos para mis gallinas, acá pongo mis pollitos, vea lo lindo este negrito, acá les doy comida. Yo desde que esté aliviada hago de todo... Yo también voy a las reuniones de tercera edad, esa ponen mucha cosa buena por hacer y todo lo que uno aprenda mijita eso así es. Hay que sacar tiempo pa’ todo” (Dioselina Soto. E6).

Alba desde su experiencia en la comunidad durante tanto tiempo, nos cuenta un poco acerca de las prácticas de las mujeres en El Porvenir a partir de su vivencia.

“Ella ordeña, prensa el queso, va y le da aliento a los marranos, a las gallinas, bueno, todo eso. Además tiene que cuidar al niño, tiene que lavar la casa, tiene que lavar la ropa, tiene que hacer de comer, tenaz. El hombre hace su rol afuera, llega y descansa, sube los pies, se quitó las botas y listo. Uno ve que las mujeres son de una

guapura tremenda, la mujer no le queda cortico la labor del campo, para coger el machete, para organizar la tierra, para coger el ganado, para lo que usted quiera, para cultivar y ponen jardines y tiene bonito los jardines de las casa, es increíble, pero adentro les toca todo. Todo lo que es alimentación y sostén de apoyo, de renovar ahí el descanso y la fuerza de trabajo, eso lo hace la mujer” (Alba Gómez. E7).



Fotografía 25. Sancocho en las “trojas”. Lugar donde se guarda la semilla y la cosecha

Sin embargo, en la vereda el Porvenir las mujeres sin aislarse de su función doméstica, poseen prácticas externas relacionadas con los escenarios educativos, políticos, de salud,

agrícolas y bovinos. Al tiempo en que mantienen un equilibrio dentro de sus hogares y establecen con carácter unas normas sociales, también se desempeñan con facilidad en otros escenarios sociales y comunitarios, desarrollando dentro de estas dinámicas unas formas de participación política en las que se construye territorio, sociedad y tejido comunitario.

7.5. Participación de la mujer en el territorio: mujeres que unen memorias

“Juntas podemos dignificar la vida de hombres y mujeres, juntas podemos enseñar que vale la pena luchar, porque los territorios se respeten y perduren para las generaciones futuras”

Yoli Orozco



Fotografía 26. Mujeres, cantos y memoria

A partir de la psicología social se comprende los fenómenos organizativos que han permitido a esta comunidad comprender y determinar unos modelos participativos que su vez dan lugar a sus acciones y sus pensamientos comunitarios (Barra, 1998). El territorio de El Porvenir ha sido entonces un escenario donde los roles de la mujer, a diferencia de los hombres, ha tenido un giro importante ante la apropiación y la participación política comunitaria. Ha existido un camino entre el silencio de las abuelas hacia la indispensable presencia de la mujer ante iniciativas de construcción comunitaria.

“Las mujeres siempre están en la junta de acción comunal que es lo más representativo, las mujeres siempre están ahí liderando y cumpliendo papeles muy importantes, el papel de las mujeres es de pensar y diseñar cómo se va a llevar a cabo algo importante para la comunidad y lo ideal para afrontar las problemáticas que normalmente se tienen” (Yoli Orozco. E1).

Como podemos deducir, las actividades sociales y participativas que han tenido las mujeres en el territorio en la última década ha sido un espacio que ellas mismas han luchado y construido para el bienestar comunitario y el de ellas mismas. Como resultado, ha sido una construcción histórica en la que cada generación de mujeres ha representado un momento fundamental en esta construcción.

“ (...) ellas son unas viejas muy líderes y que han sido capaces de ir reconstruyendo cosas sin entrar a pelear muy frontalmente con sus compañeros y con sus hombres, sino, ganándosela mucho con su berraquerita y con los méritos que ellas mismas se

lo van consiguiendo es sus espacios desde sus propios estudios. Tienen sus profesora propia que tiene maestría, que han hecho especializaciones y que todo ese saber vuelve al Melcocho para seguir construyendo desde allá. Todo lo que allá ha surgido es una cosa muy linda, muy especial y que sean las mujeres tan protagónicas en eso, en esos saberes” (Alba Gómez. E7).



Fotografía 27. Intercambio de tradiciones

Es así como la mujer se ha ganado un espacio en la comunidad para la realización de actividades contributivas tanto económicamente, como en material social y de memoria colectiva. Siendo este papel legitimado por la comunidad, ellas se han convertido en una esencia vital para el mejoramiento del espacio y la visibilización de necesidades en la

comunidad. Es así como su participación en espacios políticos, permite oportunidades de inclusión e igualdad, además de unas sociedades más justas (García, 2003). Pese a esta función, ellas siguen sin ser realmente reconocidas ante una labor tan visible, es decir, existe un apoyo por la comunidad, ellas son escuchadas y se hace lo que ellas proponen, pero es todavía el hombre quien da la aprobación a las iniciativas que ellas generan.

“Uno diría que es la comunidad pero realmente las propuestas iniciales son hechas por las mujeres, ellas son las que se inquietan, son las que a veces se preocupan por ciertas cosas y los hombres realmente los que deciden, eso tiene que ver con el machismo, pero uno siente que El Porvenir ha evolucionado porque de alguna manera el hecho de que se permitan ciertas cosas y que las proponga una mujer pues es muy significativo. (...) Es que uno siempre espera como líder que se generen cosas, que se resultan cosas, pero si las mujeres no toman la iniciativa no pasa nada. (...) Con las mujeres se pone la idea, el problema y la posible solución y hay que esperar a que ellos pongan los pesos, que digan sí, que digan no y que ellos decidan” (Yoli Orozco. E1).

A pesar de la diversidad de espacios sociales, territoriales y económicos obtenidos por las mujeres, nos queda aún procesos que visibilicen su rol, fortaleciendo así sus capacidades en el entorno social y aportando a un mejoramiento en temas de equidad de género en la comunidad (Baró, 1983).

La mujer y el liderazgo. Para el desarrollo de comunidades igualitarias e inclusivas no solo es importante que la mujer esté en los procesos de liderazgo, el hecho en que ellas tengan participación activa en la toma de decisiones de la comunidad y que su perspectiva se haga presente y considerada, fomenta espacios donde la mujer tiene un lugar y empoderamiento sobre sus deseos y necesidades (Carbajal, 2019). En el caso de Dioselina quien no es una líder social, su participación en las actividades comunitarias y en la JAC de la vereda, crea un espacio donde su voz es escuchada.



Fotografía 28. Comité de mujeres y organización para el Día del Campesino

“Yo voy a todas la reuniones que ponen por acá, que para esto de turismo, que para las reuniones de los muchachos, que para los festivales, yo estoy muy pendiente de eso. También en la Junta, yo soy socia de la Junta, yo hablo como un berraco, acá a

veces hay mucha cosa por hablar y yo no tengo pelos en la lengua, yo digo todo como me parece, sin faltarle el respeto a nadie mijita pero uno tiene que hablar, cada rato se lo quieren pasar por la galleta a uno que con platas o quitándole los negocios a otros, y yo ahí si me pongo furiosa, a mí no me gusta que se pasen por la galleta a nadie, aquí todo es por igual. (...) hablo lo que tenga que hablar, uno no molesta por todo y por eso es que cuando uno habla lo escuchan y también lo respetan.(...) Yo también voy a las reuniones de tercera edad, esa ponen mucha cosa buena por hacer y todo lo que uno aprenda mijita eso así es. Hay que sacar tiempo pa' todo”

(Dioselina Soto. E6).

El empoderamiento de las mujeres en esta comunidad ha propiciado un reconocimiento y fortalecimiento de toda la vereda en términos políticos, económicos y sociales. Ellas proyectan su fuerza e iniciativas para hacer visible las necesidades de otras familias y trabajar en conjunto por el mejoramiento de la comunidad en general, construyendo así una de las comunidades rurales y campesinas más organizadas del municipio y un tejido de confianza y comunicación entre ellos.

“Hay un dicho que dice que “nadie es profeta en su propia tierra” y de pronto yo con la comunidad no lo he vivido porque la comunidad me ha apoyado, a creído en mí. (...) yo siento que liderazgo que he hecho, lo he hecho porque la gente cree, cree lo que uno hace, lo apoya, porque uno solo no podría ser nada pero he sentido mucho pero mucho respaldo en la comunidad, toda la gente creen uno. Por ejemplo, los presidentes de las acciones comunales muchos han sido hombres, sin embargo

uno está ahí con ellos apoyándolos cuando hay que hacer un proyecto, cuando hay que una gestión, uno está pendiente de apoyarlos y ellos buscan que los apoyen, entonces eso ha sido muy bonito porque no siente que la comunidad cree en la mujer, y creen que uno puede hacer muchas cosas” (Gabriela Hernandez. E2).



Fotografía 29. Mujeres y organización de festivales

Las actividades participativas y de impacto social realizadas por ellas en la vereda abarcan todos los escenarios. Las lideresas proyectan sus actividades hacia todos los escenarios públicos y educativos, creando movimientos colectivos que permiten fortalecer la identidad de la ruralidad y la memoria histórica de la vereda. Dentro de sus percepciones consideran que para construir una comunidad inclusiva es importante que entre las mujeres exista un reconocimiento y un mejoramiento de vínculos que posibilite una fortaleza dentro de lo

femenino que permita enfocarse hacia acciones contra el maltrato intrafamiliar y las demás necesidades sentidas de la comunidad.

“Los cambios siempre será muy lentos y muy difícil, pero yo digo que entre las mujeres tenemos que apoyarnos y ser solidarias, porque es muy teso, tenemos que unirnos, es que no soportamos que la otra triunfe, que le esté yendo bien. Si yo aprendo como mujer a respaldar a la otra mujer y a trabajar en equipo, seguro que las cosas se presentan también muy diferentes” (Yoli Orozco. E3).

La organización de festivales, convites y tertulias familiares que articulan a otras veredas y así mismo, la unión de la comunidad, son iniciativas que coordinan las mujeres de este territorio, fomentando el intercambio de saberes de la comunidad y un fortalecimiento en el desarrollo de las ruralidades.

Identifican así su ser mujer en la manera en cómo es visto su territorio, hay una apropiación una proyección de su Yo (una identidad de territorio) que hace en ellas unas maneras de sentirse con el territorio y desarrollarse en él.

“En el territorio queda en la esencia de lo que uno es esos lugares que uno habitó siempre” (Yoli Orozco. E3).

Cierta parte de ellas se ha formado con su territorio, se sienten mujeres de agua y de montañas, las cuales dan a sus vidas un carácter de apropiación, fuerza y vitalidad. Su cuerpo es

así una representación geográfica de valles, cauces y cordilleras, donde el habitarlas al igual que la tierra, ha generado una transformación de su paisaje y ha generado un ímpetu de lucha y protección, pues al mismo tiempo que defienden su cuerpo y liberan sus ser mujer, se apropian de la tierra y las dinámicas impresas en ella.

Es así como la mujer se moviliza más a la construcción conjunta en comunidad, nutre lo ya realizado e ingenia iniciativas que dan lugar a la memoria, el saber, el reconocimiento, la unidad y el trabajo en equipo, así mismo, los hombres han aprendido a escucharlas y a seguir la voz que se ha venido legislando. Gabriela Hernández se refiere a este contexto resaltando la participación de la mujer y su liderazgo en diferentes procesos. Al respecto ella se refiere a la mujer de la siguiente manera:

“Las mujeres somos muy empoderadas de lo que hacemos, yo pienso que cuando nosotras nos entregamos hacer algo lo hacemos con el corazón, y tratamos de hacer las cosas lo mejor posible, de que todo nos salga muy bien” (Gabriela Hernandez. E2).

En el caso particular de una de ellas, enfrentarse a la imposición social de ser mujer ama de casa representado en su padre y el apoyo de su esposo posteriormente, fue lo que permitió que ella se desempeñe ahora como líder en la comunidad. Es innegable que la mujer de la vereda El Porvenir ha venido implementando movimientos colectivos que permiten la integración de la comunidad y la transformación de los espacios, haciendo de esta vereda una extensión de su hogar, donde ellas cuidan, organizan, mantienen sus tradiciones y la comunidad

unida. También al estar inmersas en las dinámicas participativas, han tejido para las futuras mujeres diversas posibilidades educativas, sociales y políticas, construyendo para su legado un escenario más equitativo.

7.5.1. Un panorama nuevo de participación de la mujer. Debido a la defensa de su territorio y al mantenimiento de sus recursos ecosistémicos, las mujeres de El Porvenir actualmente vienen liderando procesos de turismo comunitario, buscando otras formas económicas que permitan el desarrollo de su comunidad y que al mismo tiempo esté en su veeduría el cuidado del lugar que las habita. Es una comunidad que tiene muy buena comunicación entre ellos y logran organizar unas dinámicas de empleo para esta iniciativa de manera horizontal y equilibrada.

“Siempre uno es más preocupado por que todos ganen igual (...) pero a ellos muchas veces no les gusta, quieren todo para acá y nada para el otro. Eso ha pasado mucho con las actividades de turismo, todos quieren que le elijan la mula, que se queden en la casa de ellos, y eso no puede ser así (...) Yo tengo una hoja en la que tengo todo organizado los precios son los mismos en cada casa y yo sé cuánto gana cada uno” (Yoli Orozco. E3).

El ser mujer ha sido una enseñanza adquirida por la matrilinealidad y al mismo tiempo un lanzarse al territorio, aprender de las circunstancias, inventar otros caminos y hacer honor a la construcción que las abarca como mujeres. El arraigo a su tierra y las creencias que han erigido allí, ha permitido que su desempeño permanezca en su comunidad sin que factores económicos

incidan, pues lo formado en el territorio pertenece a su identidad, promoviendo una actitud de cuidado, defensa, protección y desarrollo de su tierra.



Fotografía 30. Mujeres y su porvenir

“(...) yo pienso que ese territorio para la nosotros significa la vida, y de hecho yo pienso que muchas de las mujeres que vivimos acá hemos tenido la posibilidad de irnos para otro lugar, yo con el trabajo he tenido la posibilidad de salir de acá pero no le querido hacer, porque para mí, o sea, yo pienso que un pedacito de mi está acá, para mí irme sería difícil, porque yo nací aquí, me crié acá y mi comunidad ha creído en mí” (Gabriela Hernandez. E2).

En el tránsito de tantos eventos en el territorio, tantas prácticas arraigadas que se conservan y otras que se intentan recuperar, para las mujeres más jóvenes de la comunidad

significan cambio, unión y resistencia. A pesar de sus tradiciones machistas que un son bastante vigentes en el territorio, otras formas de reconocer a la mujer se van gestando a la par que emergen mujeres más empoderadas desde el aspecto económico y social, que habitan la palabra y se tejen junto con la otra. Es importante para la comunidad en estas iniciativas nuevas, replantear los roles dentro de las familias, pues ellas experimentan frente a la participación comunitaria una sobre carga de sus acciones

“Ella participa, tiene mucha voz y voto dentro de las decisiones de la vereda, pero mantiene llena de oficios por hacer, igual si va a una reunión tiene que dejar todo listo en la casa. (...) El trabajo tiene que ser más distribuido, los hombres tienen que ayudar más en la casa, eso tiene que ser vital porque de lo contrario es imposible que la mujer esté la misma condición” (Yoli Orozco. E3).

A pesar de sentir un apoyo por la comunidad en las iniciativas que se vienen gestando en el territorio, también perciben un agotamiento frente a las prácticas sociales y familiares pues su responsabilidad en casa no mengua, pues las acciones de las mujeres en el ámbito comunitario es visto como un pasatiempo más no como una parte de su trabajo. Por ello es importante el reconocimiento de la vitalidad de sus acciones desde el aspecto social, pues permite en ellas una disposición diferente de sus tiempos y una libertad frente a ellos, además de un fortalecimiento en el desarrollo social y económico (Villegas y Rojas, 2017).

“El poder femenino pertenece al género, al grupo social de las mujeres. Cada mujer desarrolla de manera diferencial, como todos los oprimidos, el potencial de poder surgido de lo

que da al opresor. Así, bajo la dominación, los oprimidos son poderosos porque tienen aquello de lo cual carece, a la vez que necesita, quien tiene atributos considerados esencia del poder” (Lagarde, 2005, p.199). La mujer es un escenario político que ha sido disciplinado y controlado para servir al orden patriarcal, a su vez que son sometidas y adoctrinadas, su poder está en su cuerpo, un cuerpo que se reconstruye simbólicamente hacia una lucha irrenunciable.

La mujer ha sido la que ha trabajado fuertemente por el tejido de la comunidad, por mantener las familias unidas, la comunicación entre ellos, la unidad en colectivo. La apertura en las prácticas sociales y educativas de las mujeres en el territorio han sido a causa de su rebeldía y su intención de querer salirse del cajón operante, pues la centralidad de la mujer es su hogar, la compañía y el apoyo de algún otro individuo perteneciente a su territorio ha sido el impulso para el logro de lo que es hoy ser una mujer de El Porvenir.

8. Conclusiones

La transformación en la identidad de la mujer de El Porvenir se da a través de situaciones multicausales, representando una diversidad de factores como lo son la educación, la religión, la presencia de mujeres líderes, colectivos y enfáticamente, la vivencia del conflicto armado en el territorio. De tal manera estos factores inciden en la configuración de unas mujeres con una apertura al campo social comunitario y político.

Pese a la figura social que posee ahora la mujer en la vereda, estas formas aún no son reconocidas para los hombres y jóvenes de este lugar. Se presenta la participación política de la mujer como un pasatiempo y no como un trabajo de vital importancia que impacta a toda la comunidad, siendo visibilizado únicamente el trabajo doméstico. De este modo, aunque las formas de violencia explícita han disminuido en El Porvenir, se presentan unos mecanismos de violencia simbólica que niegan la importancia del rol de la mujer en espacios públicos y privados.

El territorio y el arraigo al lugar permite a la comunidad un relacionamiento simbólico donde se expresan tradiciones y memorias ancestrales. Siendo así, el territorio es convertido en un soporte identitario donde se determina el desarrollo de prácticas que conservan la memoria de los abuelos y las abuelas. Considerando las vivencias en el territorio, estas también inciden en las transformaciones sociales modificando la forma de habitarlo. Se permite entonces un conocimiento, apropiación de él y un dominio frente a la forma en cómo se dan las actividades.

La participación política y social de las mujeres en El Porvenir ha permitido una forma de organización comunitaria que ha contribuido a escenarios de equidad de género, memorias colectivas y fortalecimiento comunitario durante el posconflicto. Siendo su comunidad una extensión de sus hogares, las mujeres han trabajado de manera comprometida, organizada y apasionada para la visibilización de la violencia y al mejoramiento de la convivencia, quedando aún un importante trayecto a recorrer respecto al reconocimiento de su rol en la comunidad.

Bibliografía

- Álvaro, J y Fernández, B. (2006). Representaciones sociales de la mujer. *Athenea Digital*, 9, 65-77. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num9/alvaro.pdf>
- Araya, S. (2002). *Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión*. Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Barra, E. (1998). *Psicología social*. Concepción : Universidad de concepción.
- Bautista, A., Capacho, B., Cruz, F., Martínez, M., Pereira, I., & Ramírez, L., (2018). *Voces del cocal: Mujeres que construyen territorio*. Bogotá D.C, Colombia: Dejusticia.
- Baylina, M. & Salamaña, I. (2006). El lugar del género en Geografía rural. *Boletín de la A.G.E*, (41), 99-112.
- Blumer, Herbert. (1982). *Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y método*. España : Hora
- Buelga, S. (2007). *El empowerment: la potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria*. Valencia : Universidad de Valencia
- Buendía-Martínez, I., & Carrasco, I. (2013). Mujer, actividad emprendedora y desarrollo rural en América Latina y el Caribe. *Cuadernos de desarrollo rural*, 10 (72), 21-45.

Carvajal, B. (2019). Identidad ambiental, actitud y comportamiento de conservación de agua en la comunidad campesina de Chillca-Pitumarca-Canchis-Cusco (Tesis de pregrado).

Universidad nacional de San Antonio Abad del Cusco, Cusco - Perú.

Centro de memoria histórica. (2012). El placer: mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo.

Bogotá: Taurus.

Chose, S. (2015). Investigación narrativa: multiplicidad de enfoques, perspectivas y voces. En :

Rodríguez Gómez, G. ; Gil Flores, J. ; García Jiménez, E. (1996). Metodología de la investigación cualitativa. España : Aljibe

Colombia. Ministerio de Salud. (2010). Economía del Cuidado. Disponible en

<https://www.minsalud.gov.co/proteccionsocial/promocion-social/Paginas/Economia-del-cuidado.aspx>

Datos recopilados de la página de la alcaldía del municipio El Carmen de Viboral

<http://www.elcarmendeviboral-antioquia.gov.co/tema/municipio>

Díaz, D. (2002). Situación de la mujer rural colombiana: perspectiva de género. Bogotá,

Colombia: Cuadernos tierra y justicia.

Entrevista con A. Gómez. Entrevista personal. Líder social del El Carmen e integrante del Colectivo Aluna. 13 de enero de 2019. El Carmen de Viboral. (E7)

Entrevista con C. Martínez. Entrevista personal. Habitante de la vereda. 7 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (E4)

Entrevista con D. Soto. Entrevista personal. Habitante de la vereda. 27 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (E6)

Entrevista con G. Hernández. Entrevista personal. Líder social de la vereda. 8 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (E2)

Entrevista con X. Valencia. Entrevista personal. Habitante de la vereda. 27 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (E5)

Entrevista con Y. Orozco. Entrevista personal. Líder social de la vereda. 26 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (E3)

Entrevista con Y. Orozco. Entrevista telefónica. Líder social de la vereda. 24 de noviembre de 2018. El Carmen de Viboral.(E1)

-
- Escobar, A. (2000). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?. *En libro: La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas.*
- Escobar, A. (2014). Sentipensar con la tierra : nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia. Medellín: Pensamiento vivo
- Escobar, A. (2015). Sentipensar con la Tierra: Las Luchas Territoriales y la Dimensión Ontológica de las Epistemologías del Sur. *Revista de Antropología Iberoamericana*, (11), 11-32
- Escobar, A. (2016). Desde abajo, por la izquierda y con la tierra. Recuperado de: blogs.elpais.com. 17 enero.
- FAO. (2018). Manual y caja de herramientas de perspectiva de género para talleres comunitarios. Ciudad de México: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- Farah, P., & Pérez, M. (2004). Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (51), 137-160.
- Fischer, G. (1990). Psicología social, conceptos fundamentales. Madrid: Narcea

Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad, 1- la voluntad de saber*. París: Siglo veintiuno Editores.

Galeano, M. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín, Colombia: Fondo editorial Universidad EAFIT

Galeano, M. (2012). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. Bogotá: La Carreta Editores

García, B. (2003). La mujer rural en los procesos de desarrollo de los pueblos. *Revista del ministerio de trabajo y asuntos sociales*, (55), 107-120.

González, E. (2014). Las mujeres en la industria colombiana de las flores. *Omal*, (11),

Grupo focal de hombres. Cinco asistentes, hombres de la comunidad de diversas edades. 15 de julio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (Grupo Focal 2)

Grupo focal de mujeres. Ocho asistentes, mujeres de la comunidad de diversas edades. 16 de julio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral. (Grupo Focal 1)

Gutiérrez, M. (2015). *Mujeres indígenas y campesinas. Transicionalidad, justicia y resistencia en Colombia y Guatemala*. Bogotá, D.C: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

In: N. Denzin, ed., *Manual de Investigación Cualitativa Volumen IV*, 1st ed. Barcelona, p.544.

Jaramillo, O. (2009). El ejercicio del poder en las Juntas de Acción Comunal rurales: El caso del municipio de Sonsón Antioquia (Tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana, Santa fe de Bogotá. 1-78.

Lagarde, M. (2005). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Lander, E. (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. p. 246.

Marín, H. (2017). La mujer agricultura: cambio de percepción y tendencia cultural. *Pensamiento y acción cultural para la paz y la participación ciudadana*. 2° Congreso Latinoamericano de Gestión Cultural. Congreso llevado a cabo en Cali, Colombia

Martín-Baró, Ignacio (1983). Acción e ideología: Psicología social desde Centroamérica. San Salvador, EL Salvador: UCA Editores.

Martínez, A. (2015). *Mujeres campesinas en el Carmen de Viboral: Análisis de las prácticas y discursos cotidianos de las mujeres en la vereda Rivera* (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Colombia.

-
- Martínez, J. (2011). Métodos de investigación cualitativa . *Silogismo*, (8), 1-33,
- Materán, A. (2008). Las representaciones sociales: un referente teórico para la investigación educativa. *Geoenseñanza*, 13 (2), 243-248.
- Mead, G. (1932 / 1985) *Espíritu, Persona y sociedad*. Buenos Aires : Paidós
- Medrano, D y Villar, R. (1988). *Mujer campesina y organización rural en Colombia*. Tres estudios de caso. Bogotá: CEREC.
- Meertens, D. (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia 1930-1990*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia Centro de Estudios Sociales.
- Menéndez, R y Soria, A. (1994). El territorio como artificio cultural. *Corografía histórica del Norte de la Península Ibérica*. *CyTET*, 2, 63-94.
- Mercado, A y Zaragoza, L. (2011). La interacción social en el pensamiento sociológico de Erving Goffman. *Espacios Públicos*, 14, 158-175.
- Miller, A. (2005). Palabras y Resistencias de Mujeres del Putumayo en el Contexto del Conflicto Armado Colombiano. *Convergencia*, (37), 85-114.

- Monje, C. (2011). *Metodología de la investigación cuantitativa y cualitativa*. Neiva-Colombia: Universidad Surcolombiana
- Montoya, V. (2009). "Espacio e identidad: sobre el sentido de lugar y la idea de la territorialidad " En: Colombia. Cátedra Abierta. Universidad, Cultura Y Sociedad.
- Mora, M. (2002). La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. *Athenea Digital*, (2), 1-25.
- Moscovici, S. (1961). El psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires: Huemul
- Orozco, Y., Zuluaga, J., y Restrepo G., (2014). Diagnóstico comunitaria. S.l. : s.n.
- Ortíz, B. (1999). El Empowerment como Alternativa Teórica para la Psicología de Comunidad en América Latina. *Revista Interamericana de Psicología*, 33 (2), 49-65.
- Ospina, A. (2009). "Las sin olvido y olvidadas" El papel de las mujeres en la recuperación de las memorias colectivas. (Tesis Maestria). Universidad de Martin Baró
- Pons, J. (2010). La aportación a la psicología social del interaccionismo simbólico. *EduPsykhé: Revista de psicología y psicopedagogía*. 9 (1); 23-42

- Porto, A., Villarino, M., Baylina, M., García, M., & Salamaña, I. (2015). Formación de las mujeres, empoderamiento e innovación rural. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (68), 385-406.
- Rangel, M. (2009). Teoría de la representación social: Revisión de enfoques significativos para la investigación. *Revista Xihmai IV*, (07), 3-46.
- Rocha, T. (2009). Desarrollo de la Identidad de Género desde una Perspectiva Psico-Socio-Cultural: Un Recorrido Conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, (43), 250-259.
- Rodríguez, D. (2010). Territorio y territorialidad Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la Geografía. *Uni-pluri/versidad*, 10, 1-11.
- Rodríguez, G. Gil, J. y García, E. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Granada-España: Aljibe
- Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). *La Verdad de las Mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá : Ruta Pacífica de las Mujeres
- Sabucedo, J., D'Adamo, O y García, V. (1997). *Fundamentos de psicología social*. Madrid: España.

Salve la selva. (2012). Mujeres, territorio y vida en Colombia. Salve la selva.: Recuperado de <https://www.salvalaselva.org/noticias/4123/territorios-y-vidas-con-nombre-de-mujer-en-colombia>

Sánchez, P. (2012). La experiencia vinculante afectiva del sujeto adolescente infractor. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10 (1), pp. 453-465.

Sánchez, P., & Jiménez Rodrigo, M.L. (2013). Mujeres rurales y participación social: análisis del asociacionismo femenino en la provincia de Granada (España). *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 10 (72), 223-242.

Seidmann, S. (2003) Historia de la Psicología Social. Disponible en : https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/035_psicologia_social1/material/descargas/historia_psico_social.pdf

Seidmann, S. (2006). *Psicología social*. Buenos Aires : UBA

Shmite, S. (2009). Las mujeres rurales y su participación en los escenarios productivos actuales. *La Aljaba*, (13), 1-15,

Solano, Y. (2006). *Regionalización y movimiento de mujeres: procesos en el Caribe colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Sede Caribe e Instituto de estudios caribeños.

Solano, Y. (2007). Participación de las mujeres en la construcción social del territorio y el proceso de regionalización del Caribe colombiano. *Territorios*, 16(17), 71-90.

Taller con Jóvenes. Nueve jóvenes de la vereda. 10 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral.

Taller con niños. Ocho niños de la vereda. 16 de julio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral.

Taller grupo de la tercera edad. Cinco asistentes. 8 de junio de 2019. El Porvenir - El Carmen de Viboral.

Trujillo, A. (2019). *Entre el río y la montaña los hombres cantan para espantar la guerra*. Medellín, Colombia: Rocco gráficas.

Valera, S y Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de psicología*, (62), 5-24.

Vera, J y Valenzuela, J. (2012). El concepto de identidad como recurso para el estudio de transiciones. *Psicología y Sociedades*, (2), 272-282.

Villegas, C., & Rojas, Y. (2017). *Contribución de la Asociación Mujeres Campesinas: Buscando Futuro (AMCABF) al desarrollo endógeno del Oriente de Antioquia* (Tesis de maestría). Universidad EAFIT Medellín, Antioquia.

Zuluaga, G. (2011). El Acceso a la Tierra Asunto Clave para las Mujeres Campesinas en Antioquia, Colombia. *Revista Facultad Nacional de Agronomía-Medellín*, (64), 5949-5960.

Anexos

Tabla 1: Población participante del proyecto de investigación

Técnica de recolección	Participantes	Edades
Entrevistas semi-estructuradas	<ul style="list-style-type: none"> • 5 mujeres de la vereda El Porvenir. • 1 mujer del municipio de El Carmen de Viboral. 	Entre los 13 años, hasta los 62.
Grupos focales	<ul style="list-style-type: none"> • 8 mujeres de la comunidad. • 5 hombres de la comunidad. 	<ul style="list-style-type: none"> • Desde los 13 años, hasta los 65. • Desde los 44, hasta los 72 años.
Talleres participativos	<ul style="list-style-type: none"> • Grupo de 9 jóvenes • Grupo de 5 niños y 3 niñas de la vereda El Porvenir. • Grupo de la tercera edad, conformado por 2 hombres y 3 mujeres. 	<ul style="list-style-type: none"> • A partir de los 14, hasta los 17 años. • Desde los 8 años hasta los 13. • A partir de los 57 años, hasta los 70.